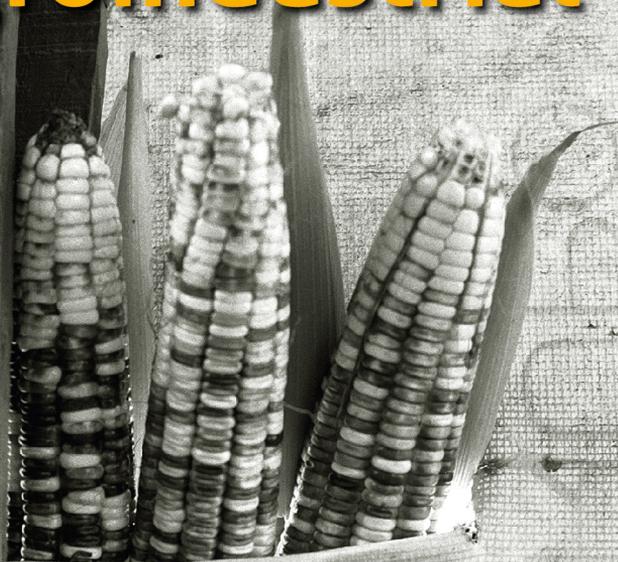


La vida campesina frente al gigante agroindustrial



Evangelina Robles
José Godoy
COMPILADORES

La vida campesina frente al gigante agroindustrial

EVANGELINA ROBLES / JOSÉ GODOY
COMPILADORES



colectivo por la autonomía
saberes locales a. c.

Primera edición México 2020

La vida campesina frente al gigante agroindustrial

Es una publicación del Colectivo por la Autonomía / Saberes Locales A. C.

Compilación: José Godoy / Evangelina Robles

Edición: Colectivo por la Autonomía

Cuidado de la edición: Ramón Vera-Herrera

Imagen de la portada: Graciela Iturbide, de la serie San Isidro, Jalisco, 2017

Diseño de la portada y diagramación: Postof

Foto de contraportada: Francisco Meza, tomada de la cosecha de una milpa del colectivo por la autonomía con colectivos punks y urbanos en Guadalajara, Jalisco

Todas las fotos de interiores fueron tomadas en el sur de Jalisco por: Graciela Iturbide de la serie *San Isidro, Jalisco, 2017*, Oswaldo Ruíz de su serie *Nos han dado la tierra* (<http://oswaldoruiz.net/es/proyectos/nos-han-dado-la-tierra/>), Patricio Meza Opazo de su cariñosa mirada del sur de Jalisco y del amplio registro y admiración de la vida campesina de Rodolfo González Figueroa. Una de las fotos de mujeres y semillas fue tomada por Verónica Villa en la fiesta de semillas de Cherán, Michoacán.

La vida campesina frente al gigante agroindustrial es una edición de El Colectivo por la Autonomía. Nuestra publicación fue posible gracias al apoyo de CSfund y El Fondo de Acción Urgente / América Latina y El Caribe. Los textos son responsabilidad de los autores, no mantenemos ningún derecho reservado. Pueden citar el material aquí contenido y fomentar la recirculación libre de las ideas, mucho agradeceremos que citen la fuente.

ISBN: Por motivos de pandemia en nuestro país, INDAUTOR cerró trámites por toda vía hasta nuevo aviso. DOF mediante acuerdos publicados en el Diario Oficial de la Federación en fechas 10. y 17 de abril, 11 y 29 de mayo, y 11 de junio, todos de 2020, se estableció la suspensión de actividades en este Instituto, incluida la atención al público de forma presencial, por correo tradicional y por vía telefónica, hasta que las autoridades sanitarias dicten las medidas necesarias para su reanudación y determine que no existe un riesgo epidemiológico, de conformidad con el sistema de semáforo por regiones.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Campesinas y campesinos del mundo somos pueblos, comunidades, organizaciones y familias altamente diversas. Representamos distintas culturas y visiones del mundo.

El proceso de discusión y debate sobre la soberanía alimentaria, nos permitió el reconocimiento y valoración de nuestros haceres campesinos, es decir; que las mujeres hemos sido fundamentales para el desarrollo de la agricultura y seguimos siendo clave para la producción de los alimentos y su transformación.

Hemos impulsado con fuerza el tema de la agricultura y de la agroecología, no como algo nuevo que emerge, sino que recuperamos las prácticas ancestrales de hacer agricultura, las que se han venido desarrollando desde los pueblos originarios hasta ahora.

Nunca en la historia nos habíamos dado cuenta del valor que tenía el campo para la sobrevivencia de la humanidad misma, somos las guardianas de la tierra, vivimos donde están los recursos, y nuestra tarea es luchar y preservarlos mirando hacia las futuras generaciones.

Nos enorgullecemos de ser lo que somos, no queremos migrar forzadamente a las ciudades o al extranjero, queremos seguir cumpliendo nuestro papel fundamental: alimentar a la humanidad con nuestro trabajo, nuestros saberes y nuestros bienes naturales, asegurando que el derecho a la alimentación se cumpla para todos y todas sin excepción, y que la Madre Tierra sea cuidada mientras de ella obtenemos el sustento.

FRANCISCA RODRÍGUEZ
ANAMURI / La Vía Campesina

Índice

Agradecimientos	6
Presentación	
EVANGELINA ROBLES	7

CAPITULO I

El fraude del gigante agroalimentario en Jalisco.

El fraude de los gigantes agroalimentarios	
JOSÉ GODOY, EVANGELINA ROBLES, DAVID SÁNCHEZ	
COLECTIVO POR LA AUTONOMÍA	11
Dos imágenes de la agricultura transnacional: ¿gigantes y ecológicos?	
YESSICA ALQUICIRAS, JOSÉ GODOY, EVANGELINA ROBLES	
COLECTIVO POR LA AUTONOMÍA	19
Cañonazos a las nubes	
EVANGELINA ROBLES Y FERNANDA VALLEJO	23
Niños orinan agrotóxicos en Jalisco	
SILVIA RIBEIRO / GRUPO ETC	27
El Mentidero (o cómo querer disuadir a la gente de que no hay contaminación extrema)	
RAMÓN VERA-HERRERA	31
El sistema alimentario vigente: enemigo de la salud	
JOSÉ GODOY Y BENJAMÍN MACAS	37

CAPITULO II

La Vida Campesina: una historia de saberes y cuidados.

Agroecología: una atención adicional	
COLECTIVO POR LA AUTONOMÍA Y GRAIN	43
De la inviable agroindustria a la agricultura post-industrial	
José Godoy / COLECTIVO POR LA AUTONOMÍA	51
Quienes cuidan el mundo viven en el monte	
José Godoy / Colectivo por la Autonomía	59
La agricultura: sus saberes y cuidados	
GRAIN	63
Una breve historia de los orígenes de la agricultura, la domesticación y la diversidad de los cultivos	
Vía Campesina	69

CAPITULO III

El sistema agroalimentario industrial: una guerra contra la comunalidad, el territorio y la vida digna.

Las mujeres frente al agronegocio	
CLAUDIA KOROL	91
La memoria de un futuro campesino	
RAMÓN VERA-HERRERA / GRAIN	97
El círculo vicioso de la agroindustria	
GRAIN	113

CAPITULO IV

Necesidades y equívocos alimentarios. La lucha por el maíz y contra la chatarra.

Hay tiempo, pero es urgente y posible detener los transgénicos	
ADAZAHIRA CHÁVEZ Y CAMILA MONTECINOS	117
Libre comercio y la epidemia de comida chatarra en México	
GRAIN	119
Los peligros del maíz industrial y sus productos comestibles procesados	
GRAIN	133
Necesidades y equívocos alimentarios	
VERÓNICA VILLA / / GRUPO ETC	143
Los cuidados que sostienen al mundo	
VERÓNICA VILLA / GRUPO ETC	153

CAPITULO V

Nuestras semillas nuestros saberes.

Nuestras semillas, que son saberes, que son semillas	
REVISTA BIODIVERSIDAD	163
Epílogo	173

Agradecimientos

Agradecemos a las mujeres del sur de Jalisco que están generando alternativas ante tanta devastación, a las compañeras y compañeros de la Red en Defensa del Maíz, a la Alianza Biodiversidad, a la Vía Campesina y a quienes colaboraron para hacer este material: Yessica Alquiciras, Adazahira Chávez, Claudia Korol, Benjamín Macas, Camila Montecinos, Silvia Ribeiro, David Sánchez, Fernanda Vallejo y Verónica Villa. Al grupo GRAIN y Grupo ETC. A Paola Uribe por su apoyo en la lectura y selección de textos.

A todas aquellas personas con quienes cotidianamente construimos y cotejamos nuestro pensamiento, entre ellas: Sergio Robles Manzo, Antonia González Cid, Patricia Berrueta González, Carmen Aggí, Dora Lucy Arias, Ricardo Balderas, Andrés Barreda, Laura Bello, Andrés Carrasco, Rocío de Aguinaga, Eutimio Díaz, Norma Escalante, Irma Galindo, Beatriz Godoy, Humberto González, Rodolfo González Figueroa, Helen Juárez, Ingrid Kossman, Ana Patricia López, Alicia Massarini, Patricio Meza Opazo, Diana Milena Murcia, Dolly Cristina Ojeda, Gabriela de la Paz, José Paredes, Iván Puig, Jaime Torres Guillen, Heber Uc, Mayra Vargas y Carlos Alberto Vicente. Especialmente a Ramón Vera-Herrera por cuidar la edición de este libro con la dedicación, cariño y compromiso que siempre lo caracteriza y a Graciela Iturbide, Oswaldo Ruiz, Rodolfo González, Francisco Meza, Patricio Meza y Verónica Villa por compartirnos su mirada a través de su fotografía.

Presentación

EVANGELINA ROBLES

En el sur de Jalisco hay una situación que se agrava día con día relacionada con la tenencia de la tierra y su uso intensivo para la producción industrial de mercancías de consumo humano y animal. Esta manera de producir mercancías agrícolas ha generado una serie de problemas regionales que impactan en la vida cotidiana de nuestras comunidades, porque la agroindustria acapara tierras de uso común, parcelas, manantiales, sobreexplota las aguas profundas, desmonta los bosques afectando la biodiversidad de flora y fauna silvestre y con ello sus usos comunitarios tradicionales, como la recolección de frutos silvestres de temporada.

Este problema se ha profundizado en los últimos diez años y es causa importante de la precariedad en el acceso al agua para uso doméstico, del surgimiento o incremento de enfermedades nuevas o raras en la región, del aumento de conflictos agrarios por la tenencia de la tierra que incluye despojo, del desplazamiento de la población a otras regiones o países en busca de mejores condiciones de vida y de trabajo, y en general es causante de la merma en la calidad de la vida. Esta crisis es provocada por la obsesión oficial por promover y financiar la agroindustria o el agronegocio, ahora también llamada engañosamente por las empresas "agricultura moderna". Todo en detrimento de la vida campesina y rural.

Ésta es una mirada desde el Colectivo por la Autonomía y compañeras y compañeros de la Red en Defensa del Maíz, de la Alianza Biodiversidad de America Latina y de múlti-

ples colectivos hermanos como GRAIN y el Grupo ETC, además de compañeras entrañables como Camila Montecinos, quien desde más de quince años nos ha acompañado con una confianza incomparable en el saber campesino. Vivimos colectivamente esta preocupación, la queremos compartir y estudiar con ustedes a detalle y conocer más cuál es su opinión ante este problema. Consideramos que las mujeres del sur de Jalisco, desde diferentes ámbitos, están haciendo acciones y pensando soluciones ante esta situación, y que evidenciar cómo participan y dirigen la transformación comunitaria y regional ante los impactos nocivos de la producción industrial en nuestra región es de suma importancia para una vida digna y feliz, por eso dedicamos este esfuerzo especialmente a ellas, con quienes aspiramos a pensar en conjunto los caminos que deba seguir la red alimentaria campesina.

La pandemia evidenció la crisis de salud que genera industrializar la producción de alimentos y su alta disponibilidad en todos lados, es muy importante analizarlo juntas para fortalecer los procesos locales y su capacidad de incidencia y visibilización en la región para defender la vida campesina como alternativa central para el cuidado de las semillas, la soberanía alimentaria y el medio ambiente, a través de los espacios organizativos rurales del sur de Jalisco.

Este material surge como apoyo al proceso de “Mujeres: Comunalidad, Territorio y Vida Digna” convocado por El Colectivo por la Autonomía para describir las afectaciones de la agroindustria e identificar propuestas y alternativas desde la agricultura campesina, la agroecología y la economía de los cuidados y apoyarnos en las acciones locales de las personas, comunidades y colectivos.

CAPITULO I

El fraude del gigante agroalimentario en Jalisco

*Sean molinos o gigantes, Sancho, lo único seguro es que allí
hay gente en peligro.*

FERNANDO SAVATER
El gran laberinto



Fotografía: Oswaldo Ruiz

El fraude de los gigantes agroalimentarios

JOSÉ GODOY, EVANGELINA ROBLES Y DAVID SÁNCHEZ

Colectivo por la Autonomía

Existe el mito oficial de que la agroindustria y todo su paquete tecnológico son la solución para alimentar a la población mundial y “salvarnos de la hambruna”. Ya la Vía Campesina y organizaciones internacionales como GRAIN y el Grupo ETC se han dedicado a demostrar y difundir que “los campesinos somos los que alimentamos al mundo” y que “los campesinos podemos enfriar el planeta”.

Pero los supuestos esfuerzos por “remediar el hambre” por parte de las corporaciones no cotejan contra los esfuerzos reales por dismantelar —en beneficio de las grandes corporaciones de la agroindustria— todo el andamiaje de saberes, estrategias, cuidados y esfuerzos individuales, familiares y colectivos que conforman eso que sueltamente llamamos agricultura campesina.

En los últimos seis años el gobierno ha promovido al estado de Jalisco, en México, como “el gigante agroalimentario” dando prioridad a pocos productos de exportación, como “moras”, frambuesas, tequila, limón, azúcar y aguacate, mientras cada vez comemos alimentos de menor calidad y más caros, con costos de producción ambiental y de salud humana muy altos y efectos nocivos de largo aliento.

Entre tanto, las comunidades indígenas y campesinas tienen clarísimo el resultado de su esfuerzo, “siempre el campesino es el que produce la comida. Aunque, la gente de la ciudad no se dé cuenta. El hambre será general si la cultura campesina desaparece, por eso la importancia por la lucha de

la vida campesina”.¹La variedad, calidad y cercanía del alimento depende de los campesinos. No puede depender del flujo del capital, del mercado y del petróleo.

En México, el Estado justifica el fracasado programa de “cruzada contra el hambre” mientras la agroindustria devasta impunemente el territorio y el saber campesino ofreciendo nutrir a la población con los desechos de la alimentación industrializada.

Mientras, en asambleas, talleres y denuncias, los campesinos identifican los efectos de la agroindustria promovida por “Jalisco, el Gigante Agroalimentario”: aumento de plagas y enfermedades, erosión de suelos, desabasto de agua, cambio de clima y múltiples afectaciones sociales. Proponen hacer agroecología como una vía, como una caja de herramientas prácticas para rescatar la agricultura, que en la concepción cíclica de la historia siempre está en el horizonte, sobre todo desde que este ataque inició con la Revolución Verde. Por eso en los talleres de la Red en Defensa del Maíz en el sur de Jalisco se propuso: “convivir con lo silvestre, cuidar comunitariamente la naturaleza, conocer bien el territorio, recuperar la memoria de los viejos y la historia ambiental del entorno, ser menos dependientes de la tecnología, recuperar y usar técnicas propias, hacer parcelas comunitarias con las generaciones mayores, jóvenes, niños y el resto de la comunidad con agricultura tradicional e involucrar a la gente de la ciudad”. E insisten en que “se hace necesaria la agroecología hoy. Es una manera de remontar lo que nos han quitado, despreciado y prohibido, incluida la criminalización por usar semillas campesinas y el libre intercambio; es crucial usar estas herramientas, pero ponerlas en su lugar, no como receta: porque justamente la destrucción de nuestra confianza, de nuestros saberes, de la rentabilidad en el campo hacen que sea muy difícil, pues el discurso ha ido desacreditando la agricultura”.²Los jóvenes denuncian que “este gigante viola el derecho de las futuras generaciones a un medio ambiente sano, al suelo, al agua, al monte” y añaden: “queremos vivir dignamente en el campo, cubriendo nuestras necesidades de subsistencia y recreación personal y comunitaria”.³

Desde el año 2000, en el contexto del Plan Puebla Panamá, ¿ahora llamado Tren Maya?, se viene diciendo que en México se tiene que reducir de 20 millones a 2 millones de campesinos. No quiere decir que se vayan a ir a tener una vida mejor, quieren que la gente deje su territorio y se vaya a las ciudades u otros países a servir a los campos agrícolas, de jornaleros u obreros de la industria y la maquila, ya no campesinos dueños de su tierra y de su autonomía.

Camila Montecinos relata el fenómeno de "Chile potencia alimentaria". Esto comenzó en 1984 y es muy parecido a lo que ocurre en México. Después de treinta años de potencia agroalimentaria, el resultado es que la producción de alimentos prácticamente no ha aumentado, pero ahora el 80 por ciento de la producción agrícola de Chile se va al extranjero, "ahora somos un país totalmente dependiente de lo que llega de fuera, incluso de las hortalizas; muchas vienen de China. En Chile había un ajo local que fue desplazado por el chino. Es absurdo traer ajo de China. Y las utilidades de esas exportaciones se gastan en comida".

Esto sólo empodera el sector empresarial y afecta a las comunidades rurales. El precio de los alimentos aumenta. La calidad nutrimental y la variedad de la alimentación local se reducen. La huella de carbono es inmensa, pues las empresas del agronegocio exportan, importan, contaminan, desechan, refrigeran, congelan, especulan y desperdician.

En el boom agroindustrial la cantidad de gente empleada en producir no ha aumentado, sólo ha migrado del trabajo campesino al trabajo proletariado o explotado y desregularizado, incluso cayendo en situación esclavizada.⁴ Esto deja secuelas de enfermedades crónicas o terminales, drogadicción, intoxicación y muerte.

En Chile, como en toda América Latina, se vive un acaparamiento de tierras por arrendamiento, invasión y contaminación. Desplazando la población campesina y destruyendo las fuentes naturales de vida en todas las regiones.

En el "Encuentro de Personas Afectadas por los Agronegocios en Costa Rica" las y los participantes realizaron un análisis sobre las problemáticas que enfrentan en sus comunidades a consecuencia de la expansión de los monocultivos de banano, piña, arroz y palma africana: falta acceso a agua potable, hay contaminación de las fuentes de agua a causa de los plaguicidas, un excesivo uso de agroquímicos y fumigaciones aéreas más conflictos territoriales que provocan que cada vez más personas sean peones sin propiedad. Las empresas convencen a las poblaciones de que generarán fuentes de empleo. También impacta en las formas de producción y en la economía familiar: algunos campesinos apuestan por usar paquetes de agroquímicos, dejan de producir lo suyo, olvidan el conocimiento tradicional y deciden vender sus fincas a las grandes corporaciones". "La piña ocupa el segundo lugar de cultivos en los que se usan más plaguicidas".

Las ganancias no quedan en el país ni en los trabajadores; 43 por ciento de las ganancias se van a los supermercados europeos.

El 80 por ciento de las importaciones que hace Costa Rica de plaguicidas son altamente peligrosos, y pueden generar efectos o síntomas graves de intoxi-

cación a las pocas horas de trabajar con ellos si entran al organismo e incluso causar la muerte. Costa Rica importa unos 12 millones de kilogramos de ingredientes activos y formulaciones de plaguicidas por año, provenientes principalmente de China, India y Estados Unidos. La gran mayoría se aplican en cultivos a lo largo y ancho de todo el territorio costarricense.⁵

En México el caso del aguacate (otro cultivo agroindustrial), lo documentó a detalle la preaudiencia del Tribunal Permanente de los Pueblos celebrada en Michoacán, encontrando violaciones a derechos de carácter internacional con repercusiones locales que resultan de un sistema caracterizado por acuerdos de libre comercio que benefician sólo a los propietarios del capital y a los gobiernos que son cómplices en su implementación, violando los derechos de trabajadores, mujeres, campesinos, pueblos indígenas y comunidades locales. En particular el TLCAN es responsable “de la intensificación del desarrollo industrial, la devastación ambiental y la violación de los derechos humanos asociada con ellos en Michoacán”, así como “la expropiación de tierras para cultivos intensivos de productos para la exportación” como aguacates, fresas, frambuesas y otros similares lo que, a su vez facilita la expropiación de tierras indígenas y el cambio de uso del suelo de agricultura tradicional a agricultura industrial, el uso de pesticidas altamente peligrosos —prohibidos en otros países, pero considerados legales en México— y la contaminación intensiva de las fuentes de agua.

En esa sesión se denunció que jornaleras y jornaleros no sólo están expuestos a los plaguicidas de todo tipo durante las horas de trabajo, sino que, también el resto del tiempo, al estar sus viviendas cerca de las zonas de cultivo. “A los agroquímicos se les atribuye una mayor frecuencia de abortos, de niños con espina bífida mutaciones y descerebrados, con leucemia, enfermedades renales y una relación directa con el cáncer, así como la diabetes. La aplicación en promedio de 900 mil 450 toneladas de pesticidas al año, además de 30 mil toneladas de fertilizantes químicos en la zona aguacatera contamina los mantos freáticos”.⁶

“Dados los agravios y mecanismos utilizados por el Estado en general, los dictaminadores consideramos que hay una clara desviación de poder de manos del pueblo hacia empresas transnacionales y algunas nacionales, que imponen una estructura económica-productiva favorecedora de sus intereses, pero, a la vez, provocadora de todos los daños socio-ambientales denunciados. Las resistencias colectivas, comunitarias y ciudadanas llaman la atención porque actúan del lado de la conservación, protección y buen uso de los recursos de la naturaleza, y porque vuelven visibles nuevos derechos no contemplados aún por la le-

gislación vigente, tales como: los derechos a la autodeterminación o autogestión política, social y cultural, a la autodefensa, generando sus propios cuerpos de seguridad local o comunitaria, así como a la soberanía en todas sus vertientes: alimentaria, energética, financiera, tecnológica, comunicadora y cultural”.⁷

El cultivo del aguacate se expande hacia Jalisco, que importa las crisis del modelo michoacano. Se expanden los infernales invernaderos hiper-tecnificados de todo tipo de bayas: “moras” (azules, zarzamoras, arándanos, frambuesas y fresas) y el emblemático agave azul tequilero que utiliza en su proceso de producción al menos 18 agroquímicos. “Es grave que la incidencia de plagas y enfermedades en el agave azul se acentúe con los ciclos de sobreproducción” y dañe profundamente los suelos. Pese a todo, el “Paisaje Agavero” es declarado patrimonio de la humanidad por la UNESCO desde 2006.⁸

El imaginario agroindustrial es la “monopolización industrial de los valores personales” del que habla Ivan Illich. Pensar equivocadamente que las fábricas agrotóxicas pueden producir alimentos sanos en equidad social y equilibrio ambiental. El “ordenado” paisaje agroindustrial, que sustituye lo silvestre, está más alto en la escala de valores que la salud o la alimentación sana, e invade todo el espacio de la ruralidad. Esto es una confusión de orden vital que privilegia invernaderos y criaderos con la más avanzada tecnología “inteligente y de precisión”, derrochando energía y polución, por encima de todas las variantes que definen la calidad de vida de los seres humanos. El neoliberalismo pretende invadirnos con su solución tecnocrática de la necesidad alimentaria y todas las necesidades humanas.

“La agricultura tradicional y la soberanía alimentaria que existía antes de la firma del TLCAN fue suplantada por una reconstrucción deformada de una agricultura de exportación. México perdió la soberanía en la mayoría de sus áreas básicas: granos, leguminosas, hortalizas, frutas, carne, alimentos procesados, etcétera. Hoy el país importa diez millones de toneladas de maíz, a la vez que subordina la nueva producción agropecuaria a los gustos del mercado estadounidense: hortalizas, ‘berries’, aguacates, frutas tropicales, marihuana, amapola, etcétera”.⁹ Como lo señala la sentencia final del Tribunal Permanente de los Pueblos, capítulo México, todos los programas de apoyo a la producción rural fueron desmantelados, así como las principales leyes que protegían la propiedad ejidal (colectiva) de la tierra, fomentando su privatización. Aun así, la mayor parte de la propiedad rural de la tierra se mantiene, en la mitad del país, en manos de propietarios colectivos que se resisten a registrar de forma privada sus tierras.

En realidad, lo que se visibiliza es una intención de acabar con la capacidad de los pueblos y comunidades de asegurar de manera autónoma su subsistencia y formas de vida, para imponerles su integración en el mercado industrial globalizado.

Como se señaló en el Dictamen de la Audiencia sobre Violencia contra el Maíz, la Soberanía Alimentaria y la Autonomía de los Pueblos (19-21 de noviembre de 2013): “La pérdida de soberanía alimentaria que esta política ha provocado tiene como uno de sus componentes principales una modificación inducida de la dieta mexicana con efectos catastróficos. México padece uno de los más altos índices del mundo de obesidad, diabetes e hipertensión. Ocupa el primer lugar mundial en el consumo por persona de refrescos y uno de los primeros lugares en el consumo de la llamada ‘comida basura’. Al mismo tiempo, ha empezado a disminuir el consumo de productos de maíz por primera vez en la historia. A ello se ha unido la estrategia de penetración del maíz transgénico”.

Dicen los campesinos de Jalisco en reunión estatal: Con el gobierno de López Obrador hay un cambio de discurso, hablan de reactivar el campo con subsidios y reactivar las plantas oficiales de fertilizantes. No hay, por ningún lado, reconfiguración de la vida campesina. Se está promoviendo un nuevo extensio-nismo rural del que resurgirá más dependencia de semillas, técnicos e insumos. El monocultivo es la política de Estado. Lo chiquito e integral no cuenta para ellos, aunque sea lo que realmente llega a las mesas de la gente y lo de mejor calidad. La población no está en su horizonte.¹⁰

Notas

¹ Taller: “Práctica crítica de la agroecología; desde una visión comunitaria y el saber campesino frente a la agroindustria” GRAIN: Camila Montecinos Urbina y Ramón Vera-Herrera. Ejido San Isidro, Jalisco, México. Marzo 2017

² Ibidem

³ Ibidem

⁴ <https://www.proceso.com.mx/344623/empresa-mantenencia-como-esclavos-a-270-jornaleros-en-jalisco>

⁵ Fabiola Pomareda García, Memoria del Encuentro de Personas Afectadas por los Agronegocios en Costa Rica. 21 y 22 de junio, 2017. San José, Costa Rica.

⁶ Silvia Rodríguez Cervantes (Costa Rica), Richard Girard (Canadá), Víctor M. Toledo (México) Tribunal Permanente de los Pueblos, Capítulo México, Preaudiencia sobre la Devastación Ambiental y Derechos de los Pueblos. San Francisco Cherán, Michoacán, 9 de noviembre de 2012.

⁷ Ibidem

⁸ Peter R.W. Gerritsen, Jesús Juan Rosales Adame, Arturo Moreno Hernández y Luis Manuel Martínez Rivera, *Agave azul y el desarrollo sustentable en la cuenca baja del río Ayuquila, Costa Sur de Jalisco (1994-2004)*.

⁹ Tribunal Permanente De los Pueblos. "Libre Comercio, Violencia, Impunidad y Derechos de los Pueblos en México (2011-2014)", sentencia, audiencia final, ciudad de México, 12-15 de noviembre de 2014.

¹⁰ Reunión regional en defensa del maíz, las semillas y la vida campesina. Caracol Psicosocial, Palos Altos, Jalisco 2 y 3 de marzo de 2019.

Biodiversidad sustento y culturas,
número 100, abril de 2019.



Fotografía: Oswaldo Ruiz



Fotografía: Oswaldo Ruiz

Dos imágenes de la agricultura transnacional: ¿gigantes y ecológicos?

YESSICA ALQUICIRAS, JOSÉ GODOY
Y EVANGELINA ROBLES

Uno

1. Invernaderos y granjas en edificios inocuos y con sistemas electrónicos de iluminación y riego de lujo para plantas y animales. A un lado albergues precarios para jornaleros sin ningún servicio y trabajo acasillado o esclavo.

2. Se promueve la inocuidad en el campo y rocían glifosato y agrotóxicos sobre las poblaciones rurales de México: la gente se pregunta ¿estamos en guerra?

La desocupación del campo para establecer sus soluciones agroindustriales, que incluyen la generación contaminante de “energías limpias” como los biocombustibles, la energía solar o eólica en macro, ya es forzada o bajo amenaza, ya sea de los promotores oficiales o de otros grupos. Una vez establecida esta dinámica a veces comienza, la trata de personas y la entrada de estupefacientes para aguantar las jornadas y condiciones de trabajo promovidas por los emprendedores y promotores de la transformación del trabajo campesino en asalariados proletarizados. Posteriormente se ve un paisaje desolado, aunque con una gran presencia de infraestructura de metal y plástico, la contaminación, la disolución del tejido social, la enfermedad, la miseria y la muerte.

La agroindustria de Jalisco el “gigante agroalimentario de México” produce empaquetados de aguacate, bayas, mo-

ras, azúcar, agave, forrajes, papas para frituras y carne industrial. Por si alguien pensaba que producen alimentos.

“El trabajo del campesino es pesado y poco productivo”: éste es el argumento de los funcionarios defensores de la agroindustria para promoverla. Sí, es pesado, pero no te mata, te da satisfacción y es falso que no sea productivo. En cambio, el trabajo en la agroindustria es pesado, intoxica y en largo periodo mata y no es tan productivo como parece.

Incluso tienen que hacer zonas económicas especiales para justificar la explotación y la miseria.

Las comunidades que resisten hacen un doble esfuerzo: seguir reproduciendo sus alimentos y su forma de vida de un modo independiente. Están resistiendo esta agresión que penetra la comunidad y la familia además de seguir haciendo comunidad para resguardar los saberes y en algún sentido la especie de utopía postindustrial de la que hablaba Ivan Illich hace cuarenta años. Cuando en su libro *La convivialidad* dice: “Las dos terceras partes de la humanidad pueden aún evitar el atravesar por la era industrial si eligen, desde ahora, un modo de producción basado en un equilibrio postindustrial, ese mismo contra el cual las naciones superindustrializadas se verán acorraladas por la amenaza del caos”.

Dos

Vemos en Facebook la infografía de dos grandes soluciones tecnológicas juntas: un plantío de 3 mil hectáreas de celdas solares transformando altiplanos, selvas o bosques en áridas zonas desertificadas, bañadas de glifosato para “sellar” el suelo. Y la segunda: un súper invento de transformar toda la basura plástica de la ciudad en una “pintura” blanca que supuestamente reduzca el calor en 3 grados. Los usuarios de la red lo reproducen y se desviven en likes a las soluciones “ecológicas”.

¿En qué momento perdimos el sentido común y pensamos que un plantío de esta naturaleza es una propuesta ecológica? Cualquier concentración, retomando a Illich, cualquier superproducción industrial de un bien o servicio tiene resultados catastróficos que se revierten a la propia solución.

Nos quedamos pensando, volviendo a los resultados catastróficos, que en la escuela nos enseñaron que en esa selva o bosque sólo viven ositos y leones: cuando en realidad hay toda esa riqueza natural junto con comunidades en esos territorios. En el caso de Jalisco hay una comunidad que antiguamente fue un bosque y ahora se dedican al monocultivo de maíz y alguna que otra moda agro-

industrial. Los jóvenes se han organizado porque se imaginan que su comunidad llamada Palos Altos vuelva a ser un bosque con producción campesina. Ahora a los padres endeudados por la agroindustria les ofrecen sembrar celdas solares por varias décadas, ya que el precio del maíz no les está resultando. Los jóvenes ven que conforme creció la oferta tecnológica se fue hundiendo su sueño.

Volviendo a Illich, en nuestra propia instrumentación "resulta difícil imaginar una sociedad de herramientas simples, en donde los humanos pudieran lograr sus fines utilizando una energía puesta bajo su control personal. Nuestros sueños están estandarizados, nuestra imaginación industrializada, nuestra fantasía programada. No somos capaces de concebir más que sistemas de hiperinstrumentalización para los hábitos sociales, adaptados a la producción en masa". La celda solar tendría que adaptarse según el espacio, donde realmente se requiriera.

Por miles de años la técnica fue una herencia de la humanidad para cultivar el alimento, calentarse, hacer el techo o la vivienda, sanarse, y convivir con las bestias.

Biodiversidad, sustento y culturas,
número 97, septiembre de 2018.



Fotografía: Rodolfo González Figueroa

Cañonazos a las nubes

EVANGELINA ROBLES Y FERNANDA VALLEJO

Industrializar la producción de alimentos va de la mano con controlar y estandarizar los procesos que incrementen las ganancias de los empresarios del campo. Uno de los controles importantes hoy para la industria agrícola tiene que ver con el agua, su uso y posesión: manantiales, ríos, arroyos, pozos artesanos o profundos, lluvia, granizo, nieve, escurrimientos, lagunas, concesiones de agua; todos relacionados vitalmente con la humanidad, la flora y la fauna, cuyo equilibrio haría viable la vida de todos los seres que habitamos el mundo.

Diversas tecnologías se utilizan para controlar el agua a necesidad de las corporaciones (pequeñas o grandes), como los llamados “cañones antigranizo” o granífugos. ¿Qué son éstos?

Según las empresas que venden estos artefactos, son dispositivos que evitan la formación de granizo y su daño en la producción agrícola.

Un cañón se acciona de manera automática mediante una pequeña estación meteorológica digital, treinta minutos antes de la tormenta, generando explosiones de gas acetileno y aire con una frecuencia de 6 segundos una de la otra. Con estos disparos se emite una onda sónica a la atmósfera u ondas de choque que se desplazan a la velocidad del sonido e interfieren en la cristalización del granizo, dando como resultado una lluvia o granizo blando en lugar de granizo macizo.

Por lo menos desde principios de este siglo empresarios de la agroindustria empeñados en reducir sus pérdidas por el granizo han utilizado esta tecnología en México, en San Luis Potosí en la región conocida como el Altiplano Potosino.

Compañías automotrices como Volkswagen la usan para proteger su producción de automóviles guardados al aire libre, afectando la producción de maíz que depende del temporal de lluvia en unas 2 mil hectáreas. En Michoacán lo utilizan los empresarios del aguacate y en los últimos ocho años extendieron su uso muy rápido en el sur de Jalisco los inversionistas y los agronegocios del aguacate, las moras o “berries”, y otros monocultivos (1 por cada 2 productores).

En México no hay legislación que regule la venta y uso estos cañones. Los científicos no acaban de tener un dictamen unificado sobre los efectos en el clima y la precipitación pluvial en las regiones donde se utilizan. Opiniones científicas mencionan que tampoco son útiles en disminuir las lluvias con granizo.

Lo que sí es cierto es que campesinos y habitantes de estas regiones perciben fuertes cambios en el comportamiento de las nubes que se suceden tras escuchar las detonaciones. El cielo puede estar negro de nubes de lluvia, y al ser atacado por los cañones se empiezan a dispersar hasta volver a tener un cielo azul soleado. Las detonaciones generan huecos sónicos que no permiten que las nubes se vuelvan a compactar: hay entonces regiones que se ven afectadas por la falta de lluvia.

Pese a las denuncias, manifestaciones y exigencias de habitantes y organizaciones campesinas de diferentes zonas, las instituciones de medio ambiente y agricultura no han hecho nada por regular. Al contrario, las prácticas agroindustriales de control del clima y los recursos en beneficio de las corporaciones agroindustriales son eje principal de los apoyos estatales con el argumento de producir alimentos frente al cambio climático aun si sólo promueven productos que no son alimentos básicos.

En Ecuador, desde los años noventa en la zona más fértil y productiva del centro del país, en el Valle Interandino, comenzaron a instalarse en esta región varias empresas de producción industrial de flores y hortalizas. Una de ellas, Nintangá SA, que siembra brócoli, inició operaciones en terrenos colindantes a las comunidades Cinco de Junio y San Isidro.

Para 2009, las comunidades empezaron a escuchar detonaciones cuyo estruendo y vibración al principio la confundieron con la erupción del cercano volcán Tungurahua, pero no tardaron en darse cuenta que el estruendo venía de unos cañones que disparaban en dirección al cielo, instalados en las plantaciones de la productora de brócoli. De inmediato, los habitantes de la región —históricamente despojados del agua de riego y dependientes de la lluvia estacional para cultivar su chacra—, se vieron afectados por una falta radical de lluvias que se convirtió en uno de los problemas más críticos de la región.

Conversando con las comunidades de la región alta, la gente contaba que el granizo ahuyentado por los cañonazos en realidad se iba unos pocos kilómetros

más hacia el occidente y provocó la pérdida de cosechas de papa en las zonas altas: sequía estructural en el valle, granizadas inusuales en los páramos.

Ante estos eventos climáticos, claramente asociados con las detonaciones de la empresa, las comunidades de San Isidro y Cinco de Junio se organizaron, decidieron protestar y demandaron frente a las autoridades el abuso de Nintanga SA, que acapara el agua para riego y la de las nubes con sus cañones antigranizo. La empresa se defiende con el argumento de que sus vecinos son indios ignorantes y que no saben de alta tecnología con la que protege su producción.

Por la demanda interpuesta y las acciones de resistencia, las comunidades afectadas lograron detener el uso de estos cañones con la intervención de las autoridades de la provincia argumentando que esta tecnología debe tener algún tipo de permiso ambiental considerando que afecta directamente el clima, paralizando temporalmente la activación de los cañones, pero luego las empresas regularizaron la falta de permisos logrando continuar con su uso.

La provincia de Cotopaxi, que está en la Sierra Central del Ecuador, es una de las provincias con mayores desigualdades en la distribución de la tierra y el agua. Pese a ello esta provincia es muy productiva, con una amplia tradición ganadera desde 1950, y con una arraigada tradición de agricultura campesina familiar, una fuerte historia comunitaria por su población indígena que se ha dedicado sobre todo a producir en la "chacra" modo tradicional parecido a la "milpa" mexicana, por su manera de asociar el cultivo de maíz nativo con otros granos y verduras, cultivando de manera diversa los alimentos básicos de la canasta familiar. En las comunidades de San Isidro y Cinco de Junio, además, por las características del clima, se cultivan frutales andinos y de clima templado.

Las empresas no demoraron en obtener un permiso por parte del Ministerio del Ambiente, con lo cual volvieron a usar los cañones en diversos formatos y ampliaron sus operaciones a otros cantones en el valle productivo de la provincia: Saquisilí, Salcedo y Latacunga.

Las empresas ahora exigen evidencias de la relación entre sus cañones y la sequía estructural que padece esta región, de modo que el testimonio de campesinos y campesinas afectadas no es suficiente ante las autoridades. Según reiteran en las comunidades, cuando el cielo empieza a nublarse, se pone negro y parece va a llover, lo que sigue son estruendos de cañones o la aparición de avionetas (que sustituyeron los cañones antigranizo en algunas regiones) y de inmediato las nubes cambian a un color naranja y luego blanco, desapareciendo o dispersando la lluvia que ya no cae.

Hay zonas de sequía crítica donde logran mantener al menos los cultivos de alimentación básica familiar, reciclando el agua de lavado de la ropa o el agua

de la cocina, es decir, el agua potable; las empresas por su parte, además de los cañones y avionetas, concentran los mayores caudales de agua de los sistemas de riego y han implementado enormes tanques reservorios con agua bombeada desde pozos subterráneos. Continúan operando pese a que el gobierno provincial aprobó una ordenanza que prohíbe el uso de esta tecnología en apego al principio de precaución y para salvaguardar los derechos de la naturaleza, contemplados en la Constitución.¹Según el Ministerio de Agricultura, en el primer trimestre del 2016 fueron más de 550 hectáreas afectadas por esta falta de agua de lluvia.²

Lo que es común entre los casos mexicano y ecuatoriano es que no hay información sobre el número de cañones antigranizo que operan en las regiones afectadas por su uso, no hay estudios concluyentes sobre sus efectos e impactos ni regulaciones sobre su uso aun teniendo un impacto directo en el clima regional, porque ése es el objetivo: controlar los efectos de cierto tipo de lluvia y alteración climática. La carga de la prueba sobre sus efectos en la precipitación pluvial se la dejan a los afectados y la falta de certeza jurídica en la protección del derecho humano al agua, un ambiente sano y a la alimentación respecto a los campesinos y habitantes de la región.

Las empresas que fabrican y venden los cañones antigranizo ofrecen en sus páginas web clandestinidad con silenciadores para evadir normas ambientales, prohibiciones o vecinos molestos por el ruido y sus efectos. La clandestinidad los pone en evidencia.

Quienes usan esta tecnología son los agroempresarios que emplean paquetes tecnológicos con agrotóxicos, sobreexplotan los mantos acuíferos, usan semillas de patente modificadas genéticamente, y requieren la desaparición de la diversidad biológica para garantizar sus procesos de inocuidad y sanidad, desertificando los territorios en pro de su negocio, con la protección de los gobiernos, argumentando que generan empleos y producen alimentos ante el cambio climático.

Los cañones antigranizo y los paquetes tecnológicos agroindustriales están ocasionando pérdida de la diversidad alimentaria; no tienen más argumento que preservar sus negocios y garantizar ganancias aun abonando a los efectos devastadores del cambio climático, a la concentración de los recursos y a la riqueza en las manos de unos cuantos.

Notas

¹ "En Cotopaxi aprueban para evitar el uso de cañones antigranizo, *El Telégrafo*, mayo de 2016.

² Grave sequía destruye los cultivos en Cotopaxi, *El Comercio*, 4 de marzo de 2016.

Niños orinan agrotóxicos en Jalisco

SILVIA RIBEIRO

Grupo ETC

Estudios de investigadores de la Universidad de Guadalajara (UDG) y Ciesas Occidente han encontrado repetidamente que niñas, niños y adolescentes en varias comunidades rurales de Jalisco tienen residuos en orina de dos o más (¡hasta 12!) agroquímicos altamente peligrosos. Esto se refleja en diversos problemas de salud, que van de dolores de cabeza, vómitos y náuseas a problemas graves, como insuficiencia renal y, potencialmente, cáncer.

El gobierno de Jalisco presenta la entidad como gigante agroalimentario, pero nada menciona sobre esto. Con casi 12 millones de hectáreas dedicadas a la agricultura, principalmente industrial, la entidad es terreno asiduo de las mayores transnacionales de agroquímicos y semillas, que son cobijadas por gobiernos locales, estatales y federal. Esta relación, que no tiene que ver con alimentar a la gente y sí con aumentar las ganancias empresariales vendiendo veneno, trata de ocultar una grave realidad: la extendida contaminación con agrotóxicos de suelo, agua y aire que ha provocado este modelo de producción, que envenena a los pobladores, especialmente los más vulnerables: niños y niñas.

A principios de 2019 un estudio de Erick Sierra-Díaz, de la UDG; Humberto González-Chávez, de Ciesas Occidente, y otros investigadores, publicado en la revista científica *International Journal of Environmental Research and Public Health* mostró que de 281 muestras de orina tomada a niñas, niños y adolescentes en las comunidades de Agua Caliente,

cerca del lago Chapala, y Ahuacapán, próxima a Autlán, todas tenían residuos de dos o más plaguicidas.

Seis agrotóxicos fueron recurrentes en 70 por ciento de los casos: malatión, metoxuron, glifosato, dimetoato, uniconazole y acetoclor. Los investigadores explican que en ambas comunidades hay exposición a siembras industriales, pero además, en el caso de la comunidad de Agua Caliente, el riego y consumo de agua contaminada con químicos del lago Chapala aumentó el nivel de ciertos tóxicos. La mayor prevalencia fue de herbicidas, seguida de funguicidas e insecticidas. En Ahuacapán, todas las muestras contenían residuos de glifosato.

El equipo de investigadores de la UDG y del Ciesas Occidente continuó tomando muestras de orina en niñas y niños escolares y prescolares en otras zonas de Jalisco en 2019. Una de las áreas seleccionadas, por la alta frecuencia de enfermedades que allí ocurren, fue El Mentidero, próxima a Autlán, Jalisco.

Allí, las madres de los alumnos de secundaria les solicitaron que incluyeran en los análisis de orina de sus hijos, explicando que, desde que comienzan los cursos, los jóvenes se sienten mal y sufren constantes dolores de cabeza, vómitos y náuseas. La secundaria está al lado de un campo de siembra, donde fumigan varias veces a la semana, incluso cuando están los alumnos en clase o en el patio. El equipo de investigadores tomó 146 muestras a adolescentes, escolares y prescolares. El 100 por ciento de las muestras arrojó residuos de dos a seis agrotóxicos. Los principales fueron el glifosato y el 2-4 D, ambos inventados por Monsanto y declarados cancerígenos por la Organización Mundial de la Salud.

Debido al estudio y a la movilización de las madres para detener el uso de agrotóxicos, o como mínimo que no se aplique cerca de secundarias y escuelas, las empresas de venta de venenos están en campaña para desprestigiar los estudios y poder seguir contaminando. La asociación civil Proccyt, en realidad fachada de la industria trasnacional de agrotóxicos (sus miembros son Syngenta, Bayer-Monsanto, Corteva, FMC, Basf y otras), ofreció al gobierno de Jalisco y a autoridades de Autlán dar talleres de capacitación, especialmente en las áreas donde se han realizado los estudios que muestran la presencia de agrotóxicos en la orina de los niños. Las autoridades lo aceptaron e incluso patrocinaron su estadía.

La reportera Mayra Vargas documentó cómo el capacitador de Proccyt aseguró en esos talleres que solamente si le hubieran dado a beber Faena (nombre comercial del glifosato) antes de tomar la muestra a los niños, podrían aparecer residuos en la orina. (11/11/19, Letra Fría, <https://tinyurl.com/wn6xlgc>). Los es-

tudios muestran que el Proccyt miente, pero además hay casi 43 mil juicios contra Bayer-Monsanto en Estados Unidos por haber causado cáncer con glifosato a sabiendas de su peligrosidad. Tres juicios le han otorgado razón y millones de dólares en indemnización a los demandantes. Pero en México, las secretarías de Agricultura (estatales y federal) le abren espacio y pagan gastos a esta burda fachada de las empresas para atacar con mentiras los estudios científicos de investigadores de universidades públicas de México y así engañar a los agricultores y pobladores sobre su inocuidad.

No necesitamos echar veneno a nuestra comida. Hay muchas alternativas buenas y sanas en la producción local, campesina y agroecológica. Relata Humberto González que son las madres las que insisten en la denuncia y están empujando un cambio, las que no tienen miedo y no se van a dar por vencidas, como no la han hecho en muchos otros temas. Defienden a sus hijos e hijas y el derecho a la salud de todos. Hay que apoyarlas.

La Jornada,
7 de enero de 2020.



Fotografía: Patricio Meza Opazo

El Mentidero (o cómo querer disuadir a la gente de que no hay contaminación extrema)

RAMÓN VERA-HERRERA

—Díganle a sus papitos que tienen que usar estos trajes protectores. Si no se los ponen, entonces los están exponiendo a todos ustedes. Porque los plaguicidas hay que saber usarlos. Hay contaminación porque no saben manejar los químicos adecuadamente. Si luego hay daños es culpa de sus papitos por no tener los cuidados necesarios.

Así le dijeron los instructores de Protección de Cultivos, Ciencia y Tecnología (Proccyt), a los niños de la escuela Venustiano Carranza, en la localidad de El Mentidero, en Autlán, Jalisco, durante una capacitación que buscaba convencer a madres y padres de familia de dicha escuela que eran falsos los estudios donde investigadores del CIESAS Occidente y de la Universidad de Guadalajara, hallaron que el aumento desmedido en las insuficiencias renales en niños, tenían relación con la aplicación agrícola de glifosato, 2,4-D, Molinato y Picloram.

Unos meses antes, investigadores de esas instituciones hallaron los cuatro plaguicidas mencionados en la orina de los niños de la localidad y glifosato en el 100% de los 53 adolescentes investigados.

Esto, a raíz de que unas mamás preocupadas por los síntomas de los que se quejaban sus hijos (vómito, dolor de cabeza y mareo) pidieron expresamente a los investigadores que tomaran muestras de sus niños de secundaria. En esa tanda de estudios, se llegaron a encontrar hasta 12 plaguicidas en la orina de un niño de primaria en Ahuacapan, también en Autlán, Jalisco.

El escándalo alcanzó nivel nacional y después, gracias a las protestas que se elevaron desde Cuba, a raíz de un encuentro agrícola, la noticia se diseminó a toda América Latina, en los ámbitos donde se hace la crítica contra el uso y abuso de plaguicidas y fertilizantes químicos que han sido impugnados durante muchos años por investigaciones, habitantes individuales, colectivos, organismos internacionales y sobre todo por movimientos de afectados por las fumigaciones.

En la escuela Venustiano Carranza de El Mentidero, Autlán, Jalisco, los instructores de Proccyt le insistían a los niños en ponerse el traje tipo astronauta que, según ellos es para proteger a quienes fumigan de los efectos de los químicos, demostrando de inmediato ¡que son tan nocivos que hay que protegerse! Claro, en su "narrativa" como le dicen ahora a los discursos sesgados de las empresas o gobiernos, si se usara el traje, la máscara y la mochilita rociadora que se muestran en las fotos, la contaminación ambiental del agua, suelo, aire, objetos, alimentos, desaparecería por arte de magia. Por eso hay que usar el traje blanco y las botas, la mochila y la máscara.

Es tan flagrante el discurso de esta ONG, cercana a Monsanto, a Bayer y a Croplife, que buscan culpabilizar a los "papitos" de algo que ha venido haciéndose evidente en poblaciones de todo el mundo, pero que en América Latina son poblaciones que comienzan a denunciar las gravísimas consecuencias que pueden originar cánceres anómalos en núcleos de niños y adultos por todo el continente.

Lo que sorprende en el caso de los niños y niñas del municipio de Autlán, es que las autoridades han dejado pasar el tiempo (ya casi ocho meses desde que se hicieron los estudios) sin que haya una respuesta concreta. A lo más que ha llegado el presidente municipal Miguel Ángel Íñiguez es a decir que "tienen que ver qué es lo que sucede con ese problema" y a insistir que "no hay que satanizar al productor de al lado".

Los instructores de Proccyt incluso llegaron a decirle a la gente que había que lavar aparte los trajes protectores, insistiendo en que era el mal manejo lo que hacía peligrosos los plaguicidas pese a que el estudio que halló la contaminación es claro en señalar que "los pesticidas pudieron haber llegado al cuerpo de estos jóvenes por el aire que respiran, el agua que beben, por tocarlos, cargarlos o aplicarlos y por el consumo de alimentos contaminados".

Según el mismo estudio, coordinado por Humberto González, Felipe Lozano y Aarón Peregrina, y que lleva años recabando datos puntuales en la región, "estos pesticidas, de acuerdo a la Organización Mundial de la Salud, pueden

causar daño a la salud humana y sus efectos pueden ser más graves en niños y jóvenes”.

Para Mayra Vargas, una de las integrantes del periódico digital *Letra Fría*, que circula con gran público en la región, “el trabajador de Proccyt manifestó que el estudio realizado por los investigadores está direccionado y aseguró que no es posible que los niños y adolescentes tengan glifosato en su orina: ‘No es posible, la única forma, yo no estoy diciendo que igual y no pasó, la única forma de que pasara eso, es que antes de hacer el estudio hubiese dado el investigador un vasito a cada chamaco «tómenselo, pasa una hora, todos a orinar y todos muestran», ésa es la única forma. Estamos trabajando en ello y les prometo que van a tener resultados, pero eso no pasa”.

El movimiento agroecologista del sur de Jalisco, como parte de su lucha contra lo que le nombran el gigante agroalimentario industrial, sigue empeñado en lograr que se declaren zonas libres de transgénicos y plaguicidas agrotóxicos en resonancia con los movimientos que en otras partes del continente lo están logrando.



Alumnos recibiendo instrucciones.
Fotografía: Mayra Vargas

En el municipio de Marcos Paz en la provincia de Buenos Aires, por ejemplo, han logrado desde 2009 una ordenanza municipal que prohibió las fumigaciones en espacios públicos y para 2011 la fumigación aérea que es un grave problema. En 2019, lograron también frenar las fumigaciones a menos de mil metros de las escuelas, y se sigue impulsando una ordenanza de producción agroecológica sin transgénicos ni agrotóxicos. Entre sus logros principales está haber instrumentado un consejo asesor compuesto por ciudadanas y ciudadanos de la localidad, un censo de productores, una instancia de apoyo que impulse mercados agroecológicos y hasta deducciones de impuestos municipales a quienes trabajen sin agroquímicos de un modo sustentable.

Todo esto narró Carlos Vicente de GRAIN a su llegada a El Limón, Jalisco con su compañera Ingrid Kossman (ambos habitantes de Marcos Paz y parte de ese movimiento opositor a los agrotóxicos), a conversar con gente de la localidad y del ejido La Ciénega. En su intervención, Ingrid Kossman dijo: "es oportuna la decisión de optar por la agroecología a nivel familiar, municipal y regional, porque están en juego la alimentación, el medio ambiente y la salud de niños, niñas y jóvenes. No esperen a que haya muchos muertos como en las regiones agroindustriales de Argentina. Las mujeres y las madres no se van a rendir, ellas van a apoyar las propuestas agroecológicas".

El caso de Marcos Paz no es un caso aislado. Se inscribe en dos amplios movimientos contra los plaguicidas en Argentina conocidos como Paren de Fumigarlos que en su página declaran ser "organizaciones y vecinos de la Provincia de Santa Fe, en Argentina, preocupados por salud y calidad de vida amenazada por las fumigaciones con agrotóxicos en las puertas mismas de nuestro hábitat: viviendas, escuelas, fuentes acuáticas y huertas. Luchamos por la prohibición absoluta de las fumigaciones aéreas y la limitación en las terrestres a una distancia de 800 metros del límite periférico de las zonas pobladas". También está la Coordinadora por una Vida sin Agrotóxicos en Entre Ríos: la campaña Basta es Basta, esfuerzo de vecinas y vecinos de dicha provincia argentina por lograr erradicar tales venenos e impulsar estudios que demuestren su toxicidad a la vez de poner en práctica una agricultura agroecológica y combatir las agroindustrias y los monocultivos dependientes de los agroquímicos.

Sin duda, la información y las experiencias compartidas entre los movimientos latinoamericanos contra los plaguicidas animan esta lucha local mexicana (que encarnan sobre todo las mujeres, las madres de familia y la gente que cultivando el campo busca una agricultura limpia y sustentable) siempre por salir al paso del envenenamiento progresivo al que nos tienen sometidos

las corporaciones agroindustriales que sin frenos, y con la complicidad de los gobiernos locales, estatales y el propio gobierno federal, siguen promoviendo sus intereses a costa de la salud de las personas, el agua, el aire, los suelos, y la totalidad de la vida de la que predan todo lo posible por incrementar su ganancia. El contacto entre estos movimientos en México y Argentina potenciará las luchas contra los plaguicidas.

Con información de Mayra Vargas y de la revista digital *Letra Fria* (letrafria.com) sin cuya ayuda habría sido imposible precisar esta crónica.

<https://desinformemonos.org/el-mentidero-o-como-querer-disuadir-a-la-gente-de-que-no-hay-contaminacion-extrema/>
20 de enero de 2020.



Fotografía: Patricio Meza Opazo

El sistema alimentario vigente: enemigo de la salud

Sanidad agropecuaria y políticas anticampesinas en América Latina

JOSÉ GODOY Y BENJAMÍN MACAS

Esta pandemia ratificó el gran fracaso del sistema alimentario industrial que afecta permanentemente a los territorios y a los cuerpos; deja gravísimos lastres en la salud y el ambiente; debilita nuestro sistema inmunológico, la calidad, la vastedad y la variedad de la alimentación que hasta hace no muchos años se apegaba a los ciclos campesinos de temporada y se comercializaba e intercambiaba por canales de confianza. Podía llegar a los mercados de abastos y otros mercados exigentes.

Han surgido múltiples maneras de controlar, uniformizar y monopolizar la alimentación desde la semilla hasta el producto final. Ahora, los estándares de “sanidad” o “inocuidad”, parte del libre comercio, favorecen la industrialización de los alimentos y el control monopólico corporativo. Tales estándares encierran un sinfín de contradicciones e injusticias y no obstante se volverán más agresivas con las regulaciones por la pandemia de Covid-19.

En junio de 2019 se realizaron las “jornadas contra las políticas anticampesinas en Ecuador”. Participó la Red Agroecológica de Loja con la presencia de un miembro de la Red en Defensa del Maíz de México, que denunció los daños provocados por el TLCAN (hoy T-MEC) sobre el agro mexicano.

El objetivo era mirar la destrucción de la vida campesina que instaura el libre comercio por los territorios y por el mercado interno en Ecuador y en América Latina, y su relación con tratados internacionales que amenazan la supervivencia de los pueblos.

“Uno de los ejes centrales fue analizar las legislaciones de sanidad e inocuidad, que anidan los intereses de las transnacionales agroalimentarias, el capital financiero y la sociedad de mercado. Así se tornan nuevas políticas públicas para la dominación y despojo de los pueblos.”

A inicios del siglo XX, la agricultura sufrió una bifurcación. Hasta entonces radicaba en los pueblos originarios y en el mestizaje que da origen a las poblaciones campesinas. Su base era la biodiversidad de semillas, la integración entre cultivos y animales, y el respeto a los ciclos estacionales y cósmicos. Las nociones de equilibrio dentro del ecosistema eran fundamentales. En los bosques nativos tropicales no existe la idea de las plagas, sino interrelaciones biológicas complejas desarrolladas en procesos de evolución milenaria. Del mismo modo, en los sistemas de cultivos, sea la milpa mesoamericana o la chacra andina, los pueblos han forjado estas relaciones, así que las “plagas” y los insectos benéficos son un asunto muy diferente en la agricultura campesina o en la industrializada. En este mismo periodo, la agricultura empresarial capitalista tomó un giro radical, se desmarcó de la agricultura tradicional y tomó impulso con la energía fósil propia de la civilización petrolera.

La agricultura industrial responde a la acumulación de riquezas de las corporaciones transnacionales y se orienta, con disfraces como las políticas sanitaristas y el control de semillas, a destruir a la madre, a la agricultura originaria, a la fuente de semillas y sustento de los pueblos.

Los monocultivos se expanden con el uso de semillas híbridas o transgénicas donde todas las relaciones de equilibrio quedan destruidas. En el campo, estas semillas requieren fertilizantes químicos. Al crecer son completamente vulnerables al ataque de plagas y enfermedades, requiriendo la aplicación de pesticidas que son venenos para nuestros cuerpos y tóxicos para nuestro cuerpo ampliado, llámese éste territorio, ambiente o naturaleza.

Las leyes sanitaristas se basan en esta lógica y multiplican el uso de pesticidas para combatir plagas y enfermedades creadas por esta forma deformada de la agricultura. Los equilibrios se rompen. Y se necesitarán más venenos, pesticidas y medicamentos, abriendo un mercado de venta de químicos y multiplicando las ganancias.

¿Están de verdad preocupados por lo sano quienes promueven las leyes de inocuidad y sanidad animal o vegetal? Vemos más un modo de legitimar la necesidad tecnológica de la Revolución Verde para producir alimentos y volverla una normalidad. El sistema de sanidad argumenta la prevención, el control y la erradicación de plagas y enfermedades y es eso exactamente lo que provocan.

La concepción sanitarista está estrechamente asociada al monocultivo y a las monocrianzas, a la reducción de la biodiversidad y la conversión de alimentos en productos o mercancías, atiborradas con químicos, pesticidas, conservadores, hormonas, antibióticos, vacunas. Están desprovistas de riqueza nutricional.

La concepción de la inocuidad está asociada a una asepsia bacteriana, y a alimentos refinados, inertes, que contradictoriamente al ingerirlos son causa de enfermedades y muertes, al alterar y extinguir la microbiota intestinal. Afectan el funcionamiento de todos los órganos del cuerpo humano, debilitan nuestro sistema inmunológico y, en este tiempo pandémico, nos hacen más vulnerables al ataque de nuevas enfermedades.

En el periodo de la pandemia se han manifestado expresiones de los gobiernos que alarman por el ataque a la alimentación de la gente. En Ecuador, Brasil, Honduras, Colombia, Perú, Bolivia y México, lejos de aliarse con el campesinado nacional, se pretende suplir la demanda con importación de alimentos, reduciendo los aranceles y flexibilizando las políticas de calidad y cuidado del medio ambiente. Promueven y destinan los recursos a la agroindustria global y profundizan el despojo de comunidades campesinas e indígenas, como sucede en las selvas habitadas por pueblos mayas o amazónicos.

En plena pandemia el gobierno de facto de Bolivia aprobó el decreto supremo 4232, autorizando semillas transgénicas en los cultivos de maíz, caña de azúcar, algodón, trigo y soya. Alineándose todos a la política de UPOV 91 de privatización y propiedad de las semillas.

Para documentar la desconexión oficial, en el estado de Jalisco, en México, en mayo inició operaciones la Agencia de Sanidad, Inocuidad y Calidad Agroalimentaria (ASICA) y se elaboró el Plan de Resiliencia ante la Pandemia, cuyos objetivos en lo agropecuario son: "Aprovechar las oportunidades para la exportación que se están generando a nivel internacional, garantizar las condiciones fitozoosanitarias en las semillas, insumos agrícolas, pecuarios y acuícolas; implementar los estándares de bioseguridad internacional; incrementar la infraestructura para el manejo sanitario y la logística de exportación, certificación de cadenas productivas sustentables (ejemplo: agave-tequila, carne y aguacate), y promover el control de cambio de uso de suelo y descargas contaminantes a cuerpos de agua para el cumplimiento de estándares internacionales".

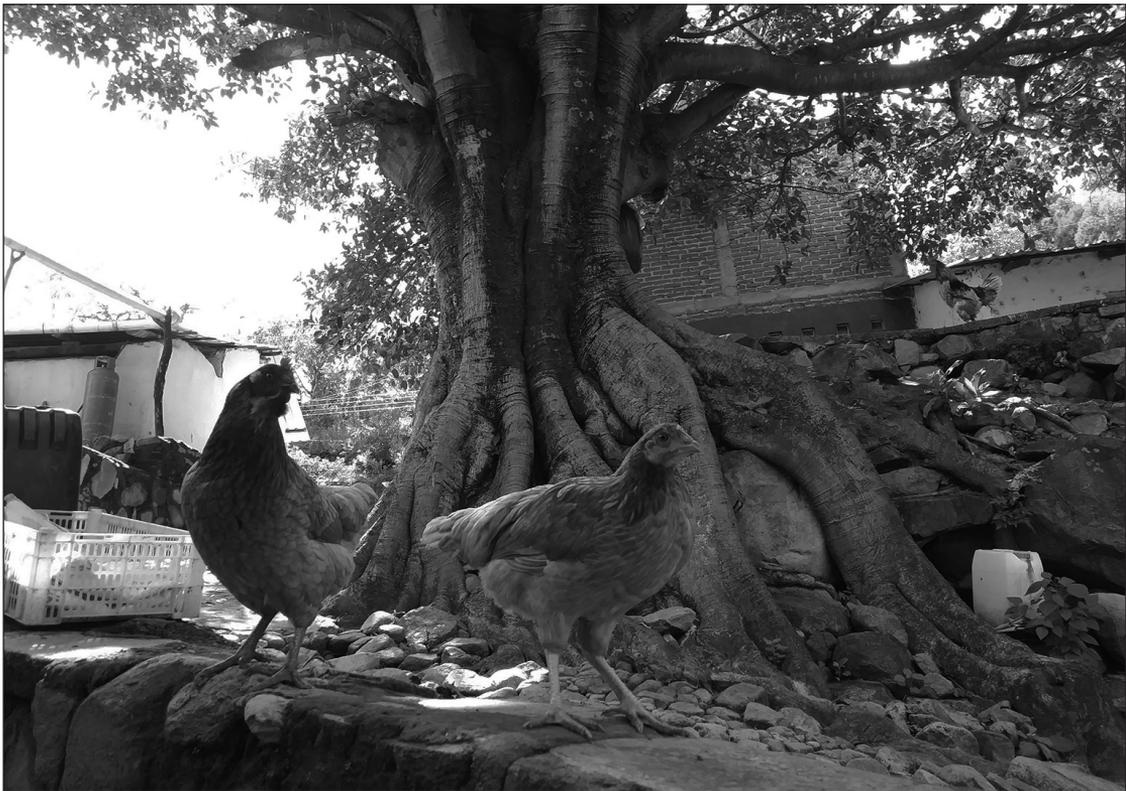
¿Dónde está la población en sus propuestas? ¿Por qué no mencionan al campesinado y el comercio local como estrategia de sobrevivencia? ¿Priorizar la exportación es viable? ¿Dónde queda la soberanía alimentaria?

Los gobiernos quieren aprovechar la oportunidad para robustecer a sus aliados transnacionales ignorando la crisis ambiental y de salud planetaria. Es increíble que para solucionar la posible carencia pretendan eliminar las eficientes maneras milenarias de darnos de comer a todos.

Lo más grave es que estos sistemas sanitarios en el campo agropecuario y en el procesamiento de alimentos sirven muy poco para proteger la salud pública.

En el campo de las alternativas, requerimos retomar una mirada de lo alimentario ligado a los sistemas locales de base comunitaria y a la defensa de la soberanía alimentaria. Las redes campesinas han sido gestoras históricas de una fecunda biodiversidad, cuidadores de las semillas y de la calidad integral de los alimentos y los ecosistemas.

Ojarasca en La Jornada,
número 278, junio de 2020.



Fotografía: Rodolfo González Figueroa

CAPITULO II

La vida campesina: una historia de saberes y cuidados



Fotografía: Patricio Meza Opazo

Agroecología: una atención adicional

COLECTIVO POR LA AUTONOMÍA y GRAIN

La siguiente es una de las conversaciones colectivas sobre la pertinencia de la agricultura campesina frente a la producción industrial de alimentos, la devastación ambiental y la deshabilitación que provoca —surgidas de talleres organizados en el ejido San Isidro—, en San Gabriel, Jalisco, México por el Colectivo por la Autonomía y GRAIN entre 2015 y 2017. Ahí analizamos la urgencia de una “práctica crítica de la agroecología desde una visión comunitaria con saberes ancestrales y modernos”. Las ideas vertidas configuraron este provocador alegato.

No es cierto que la Revolución Verde, la globalización, la mecanización y los fertilizantes ayuden a que la gente prospere en su tierra. Los fertilizantes y la agroexportación han provocado que la gente campesina viva en un mínimo de tierra.

Tres de cada cuatro personas en Chile son campesinos que tienen un pedacito mínimo de tierra. En México el campesinado aún tiene la mitad de tierra del país; a corto plazo, México puede llegar al mismo punto en el que se encuentra Chile. La lucha más importante es la lucha agraria.

En México debemos defender que no nos quiten la mitad del territorio del país, que es campesino, “colectivo”, comunitario o ejidal, que de hecho está mermado por el arrendamiento de la tierra.

Tras el Programa de Certificación Ejidal (Procede) que pretendía individualizar y parcelar los predios resultó que había más núcleos colectivos campesinos que antes y entonces el Banco Mundial dijo que México, con su sistema de

ejidos “certificados” era confiable y comenzaron a promover la renta y la agricultura por contrato.

Con esta estrategia sí nos pueden arrebatar la tierra y la producción de alimentos y, aunque la gente en las ciudades no se dé cuenta el hambre será general si la cultura campesina desaparece. ¿Cómo hacer que tomen conciencia de la importancia de la lucha por la vida campesina?

Campo-ciudad: dos polos de una misma guerra. En todo el mundo del campo se expulsa a los jóvenes hacia la ciudad y no es casualidad. Son las políticas de despojo de las tierras del campesinado, al que las instituciones tratan igual que si fueran basura e ignorantes. Pero debemos entender que el campo también dejó de ser un lugar para vivir bien. Hoy no se vive bien en la ciudad ni en el campo. Es hora de hacer la lucha por recuperar la vida en el campo.

La culpa real está en los programas, en el despojo de las tierras, en las plantaciones forestales. Y en la escuela también, porque hay profesores que promueven como natural esta deshabilitación y que la gente joven no luche. Es crucial que muchachos y muchachas tomen conciencia de que cuando se van, se van no porque quieran irse, sino porque se ven obligados. Y de que si se quedan en el campo deberían tener todo el derecho a una vida digna.

Las políticas de los gobiernos se diseñaron a propósito, con ayuda de sus profesionales y se le permitió a la industria hacer lo que quería.

Lo más tremendo que hicieron el gobierno y las empresas con sus planes fue hacer que las personas se sintieran culpables. Y al echarles a la ciudad, les convencieron de que el campo no era rentable, que sus semillas no funcionaban, que todo lo que habíamos hecho antes no valía nada. Se encargaron de desacreditar a los campesinos, se empeñaron en lograr las condiciones, las políticas, los programas y proyectos que hicieran que todo lo que decían se volviera una profecía cumplida: “ya ven eso no sirve”. La realidad es que esa expulsión de millones de mexicanos y centroamericanos demuestra que era a propósito, que quisieron correr a la gente.

Ahora es como si fuera algo normalizado, algo común. Uno de los primeros comentarios de los maestros cuando a los niños les va mal en las tareas es: “ustedes no sirven para esto, van a hacer lo mismo que sus papás”, cual si fuera un castigo realmente trabajar en el campo, como si fuera algo malo.

Y como alternativa las otras cosas que están “de interés”, que están “de fondo” tienen que ver con los programas de asistencia. De repente te llegan semillas o árboles que no son especies de la región, que no se usan porque no

tienen ningún sentido para la gente, pero que a veces le pagan a la gente para que "tenga un empleo", "sembrar frutales, maderables". Dejamos de hacer entonces lo que nos daba de comer y nos enfocamos a lo otro que se supone que nos deja dinero.

Nos van alejando de los saberes de las comunidades y de los abuelos. Todo se sustituye con otro tipo de actividades que no tienen nada que ver con los pueblos. Es una cadena, un sistema pensado e intencionado para deshabilitar a la gente, a quienes tenemos relación con la tierra.

Son ideas impuestas y nos insisten en que siguiéndolas vamos a vivir bien y no es así. Y dicen que eso es desarrollo.

En la ciudad la gente tiene que rentar casa, no tiene los medios de producción en sus manos para poder definir su propio destino.

Tenemos que pensar en la gente que se va a la ciudad y en los que se van de jornaleros. Allí la vida está jodida. No necesariamente es una mejora en su condición. Debemos iniciar una reflexión para proponer acciones cotidianas para recuperar comunidad: formas cooperativas donde se puedan tener. Aun gente con doctorados estudiados no tiene trabajo, pero de pronto tienen una cooperativa, un lugar para reunión y poder organizarse, eso es gran cosa.

Una atención adicional. Entre 1996 y 2005 un grupo de comuneros wixárika, en San Sebastián en Jalisco, conformó el Grupo Indígena de Protección Ambiental (GIPA). Eran quince o veinte compañeros. Trabajaban la defensa de las semillas, del bosque, del agua, de la milpa. Hicieron proyectos en toda la orilla de su territorio para evitar que los ganaderos/narcotraficantes volvieran a invadirles tras una recuperación de tierras. Combatían los incendios, plantaban árboles para evitar desplomes. Fertilizaban la tierra de manera natural, instalaron tiendas cooperativas, proyectos de educación propia. Eran puros jóvenes. Comenzaron a dialogar con sus comunidades a ver qué estaba pasando y cómo iban a ocupar las tierras.

Cuando llegaban las instituciones a la comunidad decían que el GIPA estaba contra el desarrollo y los muchachos cuestionaban: a ver, para ustedes qué es el desarrollo. Los comuneros le ponían atención al GIPA porque tenía la capacidad o el valor de enfrentar a los funcionarios. La asamblea les eligió como comisionados para asistir a la Red en Defensa del Maíz y otras reuniones y cada vez que cambiaban de comisariado les nombraban también a ellos.

Todas estas acciones eran un intento de recuperar los cuidados que siempre fueron el corazón de la vida en el campo, en la comunidad, en defensa del territorio.

Cuando empezó la Red en Defensa del Maíz, se hicieron dos foros. Se comentó que se había encontrado maíz transgénico en la Sierra de Oaxaca, que se estaba regando esa semilla. Se supo que por medio de la empresa paraestatal Diconsa (proveedora de alimentos e insumos para el campo) se podía estar contaminando la semilla del maíz mexicano. Ya contaminado se podría legalizar y eso podía afectar mucho a las semillas propias, pues el transgénico era una semilla fuera de nuestro control porque se hacía en un laboratorio. Las empresas querían tener propiedad sobre los saberes y las semillas campesinas. La discusión en la asamblea daba vueltas.

Silvia Ribeiro insistió en que lo ideal era hacer lo que siempre hemos hecho, pero como antes no existía este ataque, teníamos que hacer algo más.

Si ahora nos descuidábamos nos iban a quitar la semilla como ya se la quitaron a muchísimos indígenas y campesinos. Y entonces insistió en que teníamos que poner una atención, un cuidado adicional. Y decía: ustedes piensan que no les va a llegar y ya les está llegando y no se dan cuenta.

En el GIPA éramos pura gente que teníamos de veinte a veinticinco años. Y comenzamos a conocer la agroecología, la permacultura, todas las técnicas y tecnologías. Platicamos con los ancianos y les decíamos lo que hacíamos. Y al ir y venir y volver a ir a los talleres de agroecología nos dimos cuenta que había técnicos que nos echaban el mismo recetario. Así no íbamos a ningún lado, no tenía ninguna lógica. Quisimos hacer composta, lo intentamos, nos juntábamos como veinte y hacíamos muchísimo trabajo. Nos íbamos a los potreros a juntar cargas de estiércol para una sola hortaliza pero lo estábamos haciendo porque así decía la receta. Nos estábamos preparando y estábamos a punto de recuperar unas 60 mil hectáreas de tierra, que era lo que estaba en los juicios.

Nos convencimos de que había una limitación que no nos estaba dando una respuesta a lo que necesitábamos, por la cantidad de tierra que queríamos recuperar. Eso les pasaba a muchísimos campesinos. Entonces conocimos a Camila Montecinos y le presentamos el GIPA y le preguntamos cómo hacerle. Lo que sí sabíamos es que los wixárika sí tenían todo el saber para hacerlo, pero ya en el conjunto de los ranchos había unos muy erosionados por todo el desgaste al que los sometieron los ganaderos invasores y la agricultura a la mala que practican. En esas tierras se acabaron los árboles y dejaron el suelo muy mal. Cómo recuperar los suelos, el bosque, el agua porque los saberes de los wixaritari son vastos pero ahora no parecía suficiente. Como grupo de comuneros no necesitan a nadie, solos pueden nos dijo, pero el esfuerzo de repensarlo es lo que enriqueció esta recuperación de tierras y de saberes ecológicos: agroecológicos.

La práctica y los cuidados: una agroecología crítica. Qué hay que hacer para llegar a la agricultura plena. Nos hace falta convivir con lo silvestre, con las plantas medicinales y otras plantas, con flores, con animales, aves, insectos, pájaros.

Nos falta tener esa milpa [chacra] que no solamente sea maíz, que sea calabaza, frijol, chile, cacahuete, chaya, jitomate, y miltomate (de cáscara), todos los muchos quelites que hay, plantas medicinales, verdolagas, flores, miel. Insectos y hasta animales más grandes. La milpa era todo esto. Y lo es en muchas comunidades.

Tenemos que revivir nuestro sentido de familia, y nuestros saberes, nuestra espiritualidad. Buscar el apoyo mutuo, cuidar el bosque, el suelo y las plantas para que ellas nos protejan a nosotros. Nos falta trabajar sin tener que estar comprando y usar los que tenemos.

Nos falta aprovechar los rastrojos y los zacates, usar los estiércoles, aprovechar a los animales, recuperar los hongos y las frutas silvestres. El árbol para la sombra, el árbol para madera, el árbol para el paisaje, para refrenar el viento y la lluvia, recuperar los cercos, que no se pierda el agua. Después podemos empezar a trabajar con algunos caldos con las plantas que todo el mundo tiene. Con el bosque se recupera el agua y las plantas, no usamos agroquímicos, rescatamos todo lo que había antes. Hay que cuidar todo lo que todavía hay con el apoyo comunitario. Tenemos que re-conocer bien nuestro territorio.

Incorporemos a los jóvenes, hay que incorporar otra vez a niños y niñas. Recuperemos la dignidad del campo y no dejar que nos digan inútiles. No somos inútiles nunca si practicamos los cuidados a cada momento. Producir nuestros propios alimentos es el sentido más profundo de la agricultura; soberanía alimentaria es lo que se necesita en las condiciones actuales de devastación. Por eso necesitamos la agroecología, ese cuidado adicional consciente y eficiente para recuperar lo perdido.

¿Es esto diferente a lo que se hacía antes?

El campo le da de comer a todos. El campo es la vida de la civilización del mundo.

No es inútil o en vano inculcarles a los jóvenes el vivir bien, poner huertos, árboles frutales. Y que los niños jueguen con cometas, trompos y otros juegos en la naturaleza.

Es hacer lo que las familias hacían antes. Y los cuidados de la gente eran la agricultura. Entonces la agroecología es una herramienta que utilizamos ahora para recuperar la memoria de la agricultura como se hacía antes, porque es así como la agricultura debe ser. Tal vez más que una herramienta es una caja de

herramienta que usamos según nuestras necesidades. No son para una sola persona sino para la comunidad.

Al ser una caja de herramientas se utiliza únicamente de acuerdo a lo se puede y se necesita en cada condición. Nunca la agroecología se impone a lo que sabemos. Tenemos que entender cómo usar esta herramienta y las razones de por qué se hacen las cosas. Que las comunidades deben experimentar: para ver qué funciona, qué sirve o no sirve.

No todo lo que nos vengan a contar aquí como el último milagro va a servir. Nosotros vamos a entender qué y decidir entre los varios criterios. Uno solo no va a decidir sobre bosques, suelos y agua. Se tiene que hacer entre todos, en comunidad. No podemos aceptar trabajos extra con resultados dudosos que puedan desacreditar la alternativa.

Requerimos entonces una práctica crítica de la agroecología. ¿Por qué crítica? Porque siendo una herramienta puede ponerse al servicio de recuperar y fortalecer la agricultura campesina. Entender que el centro de la agricultura campesina no es cosa de cada uno, es cosa del conjunto, es comunitaria.

¿Se puede recuperar la agricultura campesina sin usar la agroecología como herramienta? No. La agroecología es una herramienta fundamental para recuperar la agricultura en lo posible, para de nuevo poner el acento en los cuidados y detalles que son el corazón de la agricultura campesina tradicional. Es nuestra atención adicional.

Por eso no la podemos perder, ni podemos despreciarla ni podemos dejarla de lado, la necesitamos. De todas las herramientas tecnológicas que tenemos hoy en día es la que nos permite conversar con los saberes tradicionales, con los saberes de los mayores y de toda la gente que está en el campo. Y puede relacionarse con otros conocimientos técnicos, para decidir si sirven o no. En este sentido es una herramienta fundamental. Que no va a funcionar si no la usamos como corresponde usarla. Se hizo necesaria la agroecología por la destrucción de la confianza en nuestros saberes, por cómo han destruido los extensionistas la confianza en los saberes campesinos. El discurso extensionista ha desacreditado a la agricultura. Y la agroindustria destruyó la rentabilidad y el contexto de las prácticas campesinas bajo las reglas del mercado.

La agroecología es un modo de remontar todo eso que nos han quitado, todo eso que nos han borrado, todo eso que nos han despreciado, todo eso que nos han prohibido. Ahora hasta se criminalizan las semillas campesinas y su libre intercambio.

Si ejercemos la agroecología y la comprendemos críticamente, los jóvenes podrán entender que el trabajo extra vale la pena. El ataque a la agricultura ya

está hecho. Ahora tenemos que inventar una manera de remontar, al menos intentar remontar, y generar otras condiciones que prevalezcan.

La gente se va del campo porque todo se ha hecho más difícil. Queremos tener una vida digna y feliz, gozable, con esperanza, futuro, perspectiva, con entretenimiento, con descanso y todo en el campo. Una vida digna es tener derecho a trabajar, comer, a la familia, a descansar, a pasarla bien. Cada día es más difícil tener esta vida digna en el campo, y los jóvenes se van claramente por esto. Si por las luchas que demos, logramos hacer que en el campo haya una vida digna, van a volver y mantendremos la esperanza y la alternativa frente a crisis profundas que se avecinen.

Otra forma de mantener a los jóvenes cerca (con la posibilidad de que vuelvan ellos o de que vuelvan sus hijos), es que se involucren en la lucha de dignificar el campo. Si los padres y las madres involucran a los jóvenes, aunque no quieran estar en el campo por ahora, en la lucha por dignificar el campo (con la recuperación de la tierra, con la recuperación del territorio, por políticas adecuadas, que nos dejen hacer lo que hay que hacer) los y las jóvenes que se fueron vuelven y se involucran y eso los hace sentirse importantes, con valía propia y digna. Mientras más nos acerquemos a la agroecología o a la agricultura crítica, como forma de lucha, más será plena la participación de la mujer, mientras más sea industrial, menos.

Es cierto que las mujeres se llevan la peor parte de muchas cosas que pasan en el campo

Es asfixiante no tener espacio para vivir bien, producto de todos los ataques que estamos sufriendo. Tenemos que cambiar las relaciones, pero para hacer esto no tenemos que irnos de la casa, ni a la ciudad. Salir del campo para cambiar las relaciones de la familia es algo extraño.

La gente se va del lugar al que pertenece porque la han atacado de tal manera que no le permiten vivir bien. Cuando las mujeres puedan vivir bien en su casa también van a poder volver y podrán decir: las mujeres podemos cultivar, cuidamos del campo y los saberes de la casa, cuidamos la vida por venir, sean semillas o niños, pero también tenemos que recuperar la dignidad del campo involucrando a los jóvenes en la lucha para mantenerlos cerca.

De pronto llegas al campo y quienes están en el campo son las mujeres. Esas mujeres que no tienen derecho agrario, que no les daban permiso de ir a sembrar, que les bloquearon, a quienes violentan y matan y desaparecen. Y de pronto son las que están.

Y entonces quién va a cuidar el territorio: ellas. Ellas son las que lo van a defender y además son las que más se preocupan. Cuando en San Isidro hemos tenido la oportunidad de hablar de algunos temas, las señoras siempre tienen otras preocupaciones diferentes a las que tiene los compañeros, están preocupadas que si por el agua, que si la escuela, que si los niños. Las mujeres saben que lo cotidiano es crucial para una vida digna. Lo cotidiano es el corazón de la resistencia.

Entonces tenemos que voltear a ver la lucha como integral, si pensamos en cómo incluimos a las jóvenes y a los jóvenes tenemos que pensar cómo incluimos a las mamás. Las mamás somos parte de la lucha. Estamos en un momento que es importante porque nos estamos dando cuenta de la crisis, nos damos cuenta que somos personas complejas e integrales. Somos personas complejas que sabemos tejer, manejar, cocinar, escribir, ser mamás, hemos aprendido a hacer tantas cosas en la vida que claro que somos más que lo que estudiamos un día. Sí. Como personas siempre tenemos que poder reconstruirnos, reconstituirnos (como sujetos, como comunidad).

*José Araiza, Concepción Ceja, David de la Cruz, Isidro de la Cruz,
Leobardo de la Cruz, Mitzi de la Cruz, Raúl de la Cruz,
Eutimio Díaz Bautista, José Godoy, Rodo González,
Camila Montecinos, José Paredes, Manuel Paz,
Silvia Ramírez Dueñas, María Guadalupe Reyes,
Evangelina Robles, David Sánchez, Jacqueline Sánchez,
Heber Uc, Ramón Vera-Herrera.*

*Biodiversidad sustento y culturas,
número 101, julio de 2019.*

De la inviable agroindustria a la agricultura post-industrial

JOSÉ GODOY

Colectivo por la Autonomía

En abril de 2019 Alejandro Nadal, al igual que otras voces internacionales afirmaba “¿Cómo vamos a asegurar la alimentación de una población de 8 mil 500 millones de personas para 2030? La mayoría de la población piensa que la única forma de lograrlo es mediante la agricultura comercial de gran escala, que hoy domina el mercado mundial de alimentos. Ésa es la respuesta equivocada”. Reconocía como economista, las técnicas de producción que “descansan en un saber campesino milenario basado en la agrobiodiversidad. Esa forma de producción va contra casi todos los principios de la producción capitalista, que prefiere la uniformización (monocultivo), la mecanización y el uso intensivo de agroquímicos (fertilizantes y plaguicidas)”.

“La lucha por los alimentos de mañana comienza hoy. La forma de producirlos en la actualidad afecta la producción de una alimentación nutritiva y un medio ambiente saludable en el futuro. La agricultura comercial de gran escala, intensiva en capital y en insumos agroquímicos, no solamente no es la respuesta a las necesidades de producción y conservación, pues pone en peligro el abasto alimentario mundial del futuro. Es urgente revalorizar la agricultura que se rige por los principios de la producción agroecológica”¹.

En 1978 Iván Ilich planteaba en *La Convivialidad*: “Quiero trazar un cuadro del ocaso del modo de producción industrial: dos terceras partes de la humanidad pueden aún evitar el atravesar por la era industrial si eligen, desde ahora,

un modo de producción basado en un equilibrio post-industrial, ese mismo contra el que las naciones superindustrializadas se verán acorraladas por la amenaza del caos". Ilich llamaba a investigar críticamente el monopolio del modo industrial de producción y cómo imaginar otros modos de proceder.

El sistema alimentario industrial va mostrando a gran velocidad que más que ser una solución es ya el núcleo del problema. Deja a su paso enfermedades, daños ambientales, deshabilitación de las sociedades que no pueden proveerse sus propios alimentos y una destrucción del sistema campesino agroalimentario: el sistema central para la reproducción de la vida humana.

Este monopolio busca controlar todos los factores relativos a las semillas, el suelo, el agua, la mano de obra, los agroinsumos, el transporte y finalmente el precio de los alimentos. Avanza con "empresas directamente beneficiadas por actos gubernamentales del Estado, por sus políticas públicas, sus reformas constitucionales y sus legislaciones apalancadas con tratados de libre comercio y cooperación"². Tanto desvío de poder y recursos invertidos a favor de las empresas provoca que en México tengamos una "sobreoferta de alimentos industrializados de muy bajo valor nutricional" que provocan que "de las 600 mil muertes que se registran al año, 300 mil muertes estén relacionadas con la mala alimentación"³.

En México este sistema agroindustrial se discute por todo el territorio nacional. La disputa con el modo de producción campesino-indígena está presente en las comunidades.

Península de Yucatán

"El cultivo de soya en el municipio de Bacalar se intensificó a partir de 2012. Fueron los menonitas quienes la desarrollaron deforestando unas 3 mil hectáreas de selva."

"De acuerdo con el monitoreo del colectivo de semillas Múuch´ Kananlínaj, en un periodo de diez años se han vendido 26 mil hectáreas de tierras ejidales del municipio de Bacalar. Los compradores, hasta el momento, se identifican como menonitas, empresarios agrícolas de origen alemán, filipino y japonés que pagaron, en promedio, 5 mil pesos (206 dólares) por hectárea."⁴.

La Procuraduría Agraria en las comunidades ha jugado de "inmobiliaria" convenciendo con artimañas a campesinos e indígenas a que vendan sus tierras. Dicen las instancias del gobierno: "La certeza jurídica en el 98 por ciento de la propiedad social de Quintana Roo, es un factor preponderante para promover, a

través de los sectores turístico, inmobiliario y de servicios, un mejor nivel de vida para las familias campesinas de la entidad”⁵.

Las comunidades de los tres estados de la península han respondido interponiendo juicios contra la siembra comercial de soya transgénica y contra los programas interestatales que pretenden “ordenar” y folclorizar el modo de vida ancestral de los mayas.

En Campeche se cultivan 50 mil hectáreas de soya que expanden la frontera agrícola destruyendo la selva, esto promovido por el gobierno que otorga subsidios a productores y compradores⁶. Esta soya transgénica se ha sembrado de forma ilegal. Ahora hay contaminación con glifosato de niños y adultos en las comunidades mayas, y de los mantos freáticos y las fuentes comunitarias de agua⁷.

Jalisco

En México entre 1992 y 2015 la venta y aplicación de pesticidas creció 222% y hoy día está autorizado el uso de 140 plaguicidas prohibidos en otros países por su alta toxicidad y por el daño que causan a los ecosistemas. El modelo agroexportador de Jalisco ha convertido el estado en un mar de agrotóxicos.

“En Jalisco fallecieron cuatro mil 744 personas por insuficiencia renal entre 2013 y 2017, de las cuales 50 fueron bebés, con menos de un año de edad, mientras 419 personas tenían entre uno y 24 años. Según Felipe Lozano, de la Universidad de Guadalajara, la contaminación del agua es un factor crucial que provoca enfermedades renales, por la exposición a plaguicidas.”⁸. Al conocer estos datos y con el reconocimiento oficial de epidemia un amplio grupo de investigadores se comenzó a monitorear la presencia de pesticidas en varios lugares del estado⁹.

Se estudió la presencia de pesticidas, entre ellos el glifosato en 281 niños, con promedio de edad de 9 años de 2 regiones alejadas una de otra, pero con características agroindustriales, y se halló presencia de 2 a 12 pesticidas en las pruebas de orina de los niños¹⁰.

En febrero de 2020, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos dictó medidas cautelares para “preservar la vida, integridad personal y salud de los pobladores de las zonas hasta 5 kilómetros del Río Santiago” como afectados de la actividad industrial y agroindustrial en esa cuenca¹¹.

En las fuentes de agua se encontró gran variedad de plaguicidas; en lagos y presas se encontró glifosato utilizado para contrarrestar la presencia de lirio, y múltiples sustancias debidas a escurrimientos.

En la cuenca de Río Ayuquila (que va del sur de Jalisco a Colima) se encontraron de 2 a 40 plaguicidas en las muestras de agua del río provenientes de cultivos de agave, maíz, caña, pastos, cítricos, avena y papa¹².

En la región melífera del Nevado de Colima hay “evidencias de mortandades de abejas producidas por neonicotinoides en cultivos e invernaderos de aguacate y moras”, así como daños y riesgos a otros polinizadores, al ambiente y a la salud humana¹³.

En la región de Chapala hay presencia del insecticida Lindano en mujeres embarazadas¹⁴. “La epidemia de obesidad ha develado [...] que puede haber una asociación etiológica entre la exposición uterina a ciertos compuestos químicos y la obesidad post-natal; el 79% de las mujeres embarazadas incluidas en este estudio se les detectó la presencia de HCH lindano”.

Cada año se producen unos 2 mil 800 químicos, y lamentablemente menos de la mitad se han estudiado buscando conocer la toxicidad que representa para el feto, el niño o el adulto¹⁵.

Lo más preocupante de esta guerra de agrotóxicos es la presencia mezclada de todos juntos, su persistencia y acumulación en las personas y en la naturaleza, su desregulación y sus efectos no atendidos en grandísimas poblaciones, además de su mezcla con desechos industriales y urbanos. Mientras tanto, la población de estas regiones intenta a contracorriente mantener sus actividades campesinas.

Michoacán

En reuniones para analizar la agroindustria y promover el libre intercambio de semillas en la comunidad purépecha de Cherán insisten que las semillas son lo más importante, son vida, y aun así la gente está menos en el campo e incrementa la migración.

Persiste la milpa y las comunidades conscientes hacen prevalecer formas de producción artesanal. La prioridad es producir conservando y mantener el beneficio colectivo.

Ver a las comunidades como reservas de recursos naturales es una visión muy empresarial. A veces la gente copia modelos de empresas o iniciativas que parten de un interés muy ajeno a los valores comunitarios. “Y luego nos imponen la idea de que nuestros proyectos fracasan. En realidad, debemos buscar otra vida, basada en nuestros saberes de agricultura o agroecología, nuestro comercio, construcción, idea de la salud, o solución de conflictos. Todo está relaciona-

do, cómo producimos, con qué tecnologías, qué comemos, cómo lo conservamos y lo intercambiamos”, nos dice la gente del Concejo Mayor.

El agronegocio arrebató, modifica e impone en toda la cadena alimentaria y sus procesos un nivel de toxicidad y contaminación nunca antes visto. Hasta el punto de vincularse a cadenas económicas criminales.

En Michoacán transformó a comuneros en peones de la cañada y los valles, algunas veces forzados, en los campos de zarzamora, arándanos, fresa, aguacate, brócoli o papa. Todo diseñado en reuniones y programas de empresas y gobiernos.

“Frente a este escenario la comunidad decidimos defender la autonomía, el territorio y a la gente: ‘que es como sembrar la semilla’. Toda la riqueza viene del trabajo y nos lo están robando. La agroindustria requiere nuestro trabajo para generar su riqueza a partir de nuestro territorio. Eso es extractivismo puro”.

Necesitan hacer dependiente al campesino para convertirlo en mano de obra, por eso se apropian de su suelo, su semilla, su vida silvestre, su comunidad y su territorio para imponer extensos campos de monocultivo industrial. Son producciones de mercancías ajenas a la comunidad con una alta dependencia y consumo tecnológico.

En México el maíz es el alimento base, es un cultivo muy generoso que permite hacer muchas cosas a la vez, produce lo necesario y puede convivir con otros muchos cultivos que juntos propician una gran cantidad de beneficios, no solamente alimentarios.

“Los movimientos comunales se vacían empujados por los agronegocios y las cadenas de tiendas con productos industrializados caros y dañinos a la salud producidos con insumos de nuestras regiones: papas, maíz y soya. Es un círculo de imposición y control que genera una gran crisis de crisis: económica, de salud, ambiental y climática”, insiste el Concejo Mayor.

El gran esfuerzo de la gente para llevar a sus hijos a las escuelas se invierte en prepararlos para trabajar en las industrias.

La agricultura postindustrial

Nos acusan de querer “volver a las cavernas”, pero la sociedad post-industrial no es la sociedad pre-industrial. Es mucho más complejo que eso. Es la sociedad que ya vivió los efectos de la era industrial, que reconoce los resquicios menos impactados por la industrialización de bienes y servicios, que describe y critica la sociedad industrial. Reconoce avances científicos o tecnológicos y propone una forma de

vida y de relación convival con la naturaleza y la sociedad, basada en herramientas al alcance de todos para dotarnos en una escala asequible a toda la población de lo necesario para vivir cuidando nuestro entorno. Por eso la pertinencia de una agroecología que abrevie del saber campesino y que haga comunitarias la tierra, el suelo, el agua, las semillas y todas las herramientas para la reproducción de la vida humana. Decía Iván Illich en *La convivencialidad*: "Llamo sociedad convivencial a aquella en que la herramienta moderna está al servicio de la persona integrada a la colectividad y no al servicio de un cuerpo de especialistas. Convivencial es la sociedad en la que las personas controlan la herramienta".

En 2009 le preguntaron a Alejandro Nadal qué lección podríamos extraer de la epidemia de la gripe porcina: "tiene que ver con la bioseguridad. Esta epidemia es una muestra clara de que los sistemas de bioseguridad en México (y muy probablemente en muchos países) no están preparados, ni de lejos, para enfrentar contingencias. Aun así, el gobierno mexicano insiste en su afán de liberar cultivos transgénicos a escala comercial. Llama la atención, en especial, el caso del maíz. Este cultivo tiene su centro de origen en México y ... no hay condiciones de bioseguridad en México".

"Estamos en tal grado deformados por los hábitos industriales, que ya no osamos considerar el campo de las posibilidades; para nosotros, renunciar a la producción en masa significa retornar a las cadenas del pasado, o adoptar la utopía del buen salvaje."¹⁶

Sin embargo en plena crisis del Covid-19 Herman Bellinghausen nos recuerda en su columna del 30 de marzo en *La Jornada*: que "ahora, de pronto, el futuro no existe. Lo dábamos por sentado. Pierden sentido planes, proyecciones. Peligra menos la vida cíclica de los pueblos originarios y campesinos que la lineal en progreso e innovación constante de las sociedades urbanas; sencillamente ellos se preparan para la próxima siembra y las fiestas del calendario, aunque haya que brincarse alguna por la emergencia". "Los pueblos son los que han demostrado que saben durar".

Notas

¹ Alejandro Nadal, "La batalla por la alimentación del futuro", *La Jornada* 4 de marzo de 2019

² Demanda "Violencia contra el maíz, la soberanía alimentaria y la autonomía de los pueblos". *Las reformas estructurales y la integralidad del ataque contra la subsistencia*. Tribunal Permanente de los Pueblos/ capítulo México, 2014.

- ³ Hugo López-Gatell Ramírez, Conferencia oficial vespertina Covid-19 05 de abril de 2020.
- ⁴ Heber Uc Rivero, *El derecho al territorio frente a la soya transgénica en Bacalar*, Ceccam, 2019
- ⁵ La Procuraduría Agraria intensifica el ordenamiento y la seguridad patrimonial en el campo de Quintana Roo. <http://www.pa.gob.mx/boletines/boletines.htm>
- ⁶ "El Estado, gran productor de soya", *Por esto*, 24 de noviembre, 2019
- ⁷ Serapaz, "Soya transgénica en Campeche y Yucatán, una ruta pendiente", 11 de julio de 2016, serapaz.org.mx
- ⁸ "Jalisco encabeza la lista de enfermos renales", *El Informador*, 15 de noviembre de 2019.
- ⁹ Humberto González, "Un desafío ético para el desarrollo científico de México", *Este País*, Ciencia y Desarrollo, enero 2019.
- ¹⁰ Erik Sierra-Díaz y otros, "Urinary Pesticide Levels in Children and Adolescents Residing in Two Agricultural Communities in Mexico", *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 2019.
- ¹¹ Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Resolución 7/2020 Medida Cautelar núm. 708-19. Pobladores de las Zonas Aledañas al Río Santiago, respecto de México, 15 de febrero de 2020.
- ¹² Arturo Rodríguez Aguilar, y otros. "Análisis de residuos de plaguicidas en el agua superficial de la cuenca del río Ayuquila-Armería", México. *Terra Latinoamericana* 37:151-161. 2019.
- ¹³ José María Tapia González, y otros. "Pesticidas: insecticidas neonicotinoides y el futuro de las abejas y otros insectos polinizadores", *Revista Latinoamericana el Ambiente y las Ciencias* 10 (23), 2019.
- ¹⁴ Felipe Lozano Kasten y otros, "Exposición involuntaria de mujeres embarazadas al plaguicida hexaclorociclohexano (Hch) en Chapala, Mexico, 2011-2012", <https://im-biomed.com.mx/>
- ¹⁵ Diana Citlalli García Ramírez, "Efecto de la exposición materno infantil al plaguicida hexaclorociclohexano y su relación con obesidad infantil (2 A 5 Años) en Chapala, Jocotepec y El Molino, Jalisco, México", Tesis profesional para obtener el grado de maestra en ciencias. 2014- 2015.
- ¹⁶ Alejandro Nadal, "Desarrollo sustentable y producción del maíz en México", *La Jornada*, 10 de octubre de 2012.
- Biodiversidad sustento y culturas*,
número 104, abril de 2020.



Fotografía: Graciela Iturbide

Quienes cuidan el mundo viven en el monte

JOSÉ GODOY

Colectivo por la Autonomía

*Los campesinos embutidos en chaquetas
acolchonadas levantan la vista y preguntan
¿qué esperan encontrar en nuestra tierra?*

JOHN BERGER
La llanura Maritsa

El modo de vida campesina-indígena tiene una perspectiva y un saber ancestral para el cuidado de su riqueza natural y espiritual. Pero el capitalismo ha impuesto, en lo económico y político, modelos tecnológicos para “preservar” y aprovechar los territorios indígenas promoviendo plantaciones, planes de manejo, individualización y comercio de la tierra, registros de propiedad de fuentes de agua, biopiratería, semillas transgénicas y ecoturismo. Todas estas maneras de reordenar el territorio resultan homogenizantes; aíslan y fragmentan la relación de los pueblos con su entorno y la base ecológica que la sostiene. Liquidan las estrategias de cuidado que desde hace siglos guardan estos pueblos y sustituyen sus saberes ancestrales de cuidado por conocimientos profesionalizados. Con esta lógica, los saberes indígenas y campesinos pierden su función social, se fragmenta la visión de los pueblos y éstos quedan sometidos al mercado.

Lo grave es que estamos ante el fracaso ecológico de la civilización urbana industrial de consumo, y las y los únicos especialistas en la conservación y el cultivo viven en las selvas y los bosques —y miles de años de experiencia les respaldan—.

Para revertir tal fracaso, requerimos librarnos del modelo capitalista de hacer conocimiento en el ámbito ecológico, y potenciar la visión integral que los pueblos y comunidades tienen de los territorios —con bosques, agua, cultivo del maíz y autogobierno—.

Campesinos e indígenas ejercen una perspectiva humana, política y ecológica vital para nuestro futuro e insisten en que pertenecen a la tierra. Y que el agua, el fuego, el maíz y el bosque son seres vivientes que permanecen y conviven con nosotros. Que no son mercancías al servicio de los intereses de unos cuantos.

Hoy es nuestra tarea concreta defender el derecho de los pueblos a autogestionar integralmente su territorio como lo han hecho ancestralmente. Potenciar la historia de relación de los pueblos con su territorio es tal vez una alternativa a la civilización urbana, que ya se ve que no va a ser eterna.

En el proyecto civilizatorio capitalista el territorio tiene que padecer que lo midan, lo aprovechen, lo investiguen, lo exploren, lo prospecten, lo manejen. El territorio deja de ser sujeto que vive un ciclo interminable, una relación que comparte y renueva con la gente y su vida, para ser objeto de un desarrollo lineal que culmina cuando es descubijado de sus recursos y aprovechado para beneficio de otros que no son quienes lo viven y cuidan: ¿a cambio de qué?

Con las nuevas políticas internacionales, está programado vaciar el campo de campesinos para que éstos se conviertan en mano de obra de maquiladoras y se sumen a los cinturones de miseria de las grandes ciudades. Pero vaciar de gente el campo es retirar del ámbito rural no sólo a quienes producen alimentos para las ciudades, sino a quienes —cuidando desde siempre sus territorios—, han logrado conservar el bosque, el agua y el maíz.

Se podría pensar en una similitud entre en el traslado de la gente del campo a las ciudades y el traslado de esclavos de África a América en el siglo xvi, pues en ambos casos hay un crucial desarraigo del saber y del sitio que la gente considera su hogar. Es decir, la gente no sólo abandona un sitio sino también su forma de interpretar el mundo y vivir en éste.

Pero es más que un paralelismo. La migración actual campesina del campo a la ciudad es en realidad el complemento al movimiento de esclavos de antaño, es la continuidad histórica de un vaciamiento de los territorios rurales para su predación más acabada. Y no es sólo lo que el abandono del territorio y el saber provoca en la gente. El territorio queda abandonado, “expulsado” de su relación milenaria con las comunidades que lo conocen, lejos del calor de las manos que lo trabajaban y cultivaban, que son sustituidas por máquinas y ordenamientos que fragmentan y devastan.

Defender que los campesinos mantengan su forma de vida, generando su propio trabajo y alimento, sin migrar, es defender entonces la tierra y su propiedad colectiva. Es defender la relación ancestral de la gente con su territorio y la posibilidad de que los pueblos intenten soluciones a sus problemas. Eso, a fin de cuentas, es la mejor manera de cuidar ecológicamente el mundo. Intentar romper la relación entre la gente y la tierra fue una de las causas principales de algunas revoluciones del siglo xx en México y el mundo.

La fragmentación del territorio en propiedad individual de la tierra, promovida por el Banco Mundial, los gobiernos nacionales y sus programas, hace imposible el ejercicio integral comunitario del bosque y escinde a los pueblos de su cuidado del agua. Con el pretexto de la "seguridad jurídica sobre la propiedad de la tierra", únicamente se garantiza la inversión privada y el saqueo.

En México la gran mayoría de los bosques son resguardados por los pueblos indígenas y mantienen una propiedad y un cuidado colectivos, pero qué soberanía tendrán los pueblos cuando la conservación de sus recursos esté regulada por el precio de los bonos de carbono y de servicios ambientales hidrológicos en la bolsa de valores de Nueva York?. Cuando el control económico de fragmentos de su integridad ecológica esté secuestrada por patentes, certificaciones, contratos con empresas, dependencia de las transnacionales productoras de semillas transgénicas, y cuando los "servidores públicos" llegan con los campesinos e indígenas con programas elaborados en oficinas nacionales e internacionales, promueven leyes y normas, sin entablar un diálogo ni una construcción conjunta. Como dice la gente de las comunidades: "ahora tenemos que pagar fertilizantes y predial para cultivar la tierra y obtener nuestra comida; parece que trabajamos para ellos y nos están ahorcando para luego venirnos a ofrecer un par de programas como subsidio, papillas y una mala educación".

Ni la conservación, ni el manejo integral de los bosques, ni la reactivación económica del campo llegarán por estas vías dispersas. En este camino la gente de las comunidades no cuenta, si acaso estorba el gran negocio, por eso la farsa de hacerlos cómplices de la destrucción del planeta mientras se planea cómo expulsarlos.

Baste recordar los ejemplos de gente que renta sus tierras en Jalisco para el cultivo de agave o papa a grandes empresas, y la devastación que dejan tras explotarla al máximo: suelos desgastados, enfermedades y pobreza en la población, en lugares que fueran bosques y tierras fértiles.

A cómo va el mundo, hay mucha probabilidad de que, de aquí a unos treinta años, en el corto plazo, las y los campesinos no sobrevivan a tanto embate. Pero

visto en una perspectiva de largo plazo (hacia atrás, a los 10 mil años de historia del maíz, por ejemplo, y hacia adelante cuando los alimentos escaseen), la cultura y la civilización de los sencillos pobladores del campo tiene mucho más futuro que la propuesta urbana de políticos, empresarios, industriales y narcotraficantes instalados en el consumo permanente, vertiginoso e insaciable.

Las antepasadas son gramaticalmente
las que han sido
para que el presente,
nuestro presente, sea.
Ellas han heredado
y son el agua, la tierra, la semilla y el árbol,
así individualmente
o el bosque y el fuego,
territorio.

Las antepasadas
son historias del presente
narradas en otro tiempo.
Para el capital
lo que ha sido no produce nada,
para nosotras
lo que ha sido
guarda la semilla del futuro
y es el presente.

Las antepasadas se narran
son presentes perfectos
consumados
indispensables para comprender lo que nos pasa
y están más vivas que nunca
así, colectivamente,
con la tierra.

Ojarasca, en La Jornada,
número 103, noviembre de 2005.

La agricultura: sus saberes y cuidados

GRAIN

La agricultura es obra y arte de los agricultores y agricultoras del mundo entero, una obra que comenzó y continúa desarrollándose desde diez mil o tal vez veinte mil años atrás. Pueblos de los más diversos rincones se identificaron a sí mismos como cultivadores: en muchos de los mitos fundacionales, saber y poder cultivar fue lo que nos hizo humanos.

Pero la agricultura, no lo olvidemos, ha sido y es mucho más que cultivos y crianza de animales. Es también el uso y cuidado del bosque, el agua, las plantas medicinales, los animales silvestres. Requiere de múltiples otros saberes y habilidades: podar, injertar, trasquilar, domar, domesticar, hilar, tejer, encurtir, salar, secar, fermentar, usar la greda, fabricar cestas, seleccionar las mejores plantas y animales, predecir el clima, cortar la madera en el momento adecuado, reconocer la luna para sembrar, podar y cosechar, son sólo algunos de los más comunes. Pueblos del mundo entero —bajo las más diversas condiciones ecosistémicas, sociales y culturales— construyeron sus saberes hasta lograr niveles de fineza y sofisticación que aún nos cuesta apreciar en toda su extensión.

El valor de tales saberes no ha pasado desapercibido. Incluso en sociedades en que cultivar la tierra fue considerado trabajo de clases inferiores, los saberes campesinos han sido reconocidos. Sócrates clasifica el cultivo de la tierra entre los saberes más importantes, en una categoría similar al saber médico. Las crónicas europeas hablan una y otra vez

de las diversas formas de agricultura de los pueblos de África, Asia y América, muchas veces con admiración por su alto nivel de sofisticación. Hasta fines del siglo xix, el Ministerio de Agricultura de Estados Unidos consultaba a los agricultores estadounidenses sobre cómo enfrentar las enfermedades de las plantas o la gripe porcina. Hace apenas una década que el sistema de mejoramiento animal de Noruega dependía fundamentalmente del trabajo de sus agricultores.

Poco se ha dicho, sin embargo, de otros aspectos de gran importancia. El primero, que los pueblos del campo han sido los que han alimentado a la humanidad, incluso en el momento actual, cuando se despliega una verdadera guerra contra campesinos y pueblos indígenas. Otro hecho ignorado es que los campesinos y campesinas del mundo han sido los creadores y diversificadores de todos y cada uno de los cultivos que hoy disfrutamos como humanidad. Fue la gente del campo quien llevó a cabo el largo, paciente y delicado proceso de convertir malezas y hierbas en alimento abundante, sabroso, nutritivo, atractivo. Fue ella —y especialmente las mujeres— quien tomó las semillas cuando emprendió viajes o fue forzada a abandonar sus tierras y las compartió y repartió literalmente por el mundo. Si hoy nos asombramos frente a la diversidad del maíz, la papa, el trigo, el arroz, los frijoles o fréjoles, es porque ha habido millones de hombres y mujeres del campo que los han cuidado, seleccionado y cruzado, adaptándolos a las miles de condiciones que surgen de la combinación de diversos ecosistemas, comunidades, culturas, aspiraciones, sueños y gustos.

El trabajo genético y ecológico hecho por manos campesinas, e indígenas en los cultivos que hoy nos nutren no tiene paralelo alguno. Nada de lo logrado por el mejoramiento genético moderno habría sido posible sin la base de domesticación, mejoramiento y diversificación presente en los cientos de miles de variedades campesinas a lo largo y ancho de la tierra. Ni el más sofisticado trabajo de cruce y selección hecho en algún centro de investigación puede compararse con la tarea de convertir el teocintle en maíz. Todos los mejoradores genéticos del mundo serían incapaces de reproducir la variedad de colores presentes en el frijol, o su capacidad para adaptarse a las más diversas y extremas condiciones de crecimiento. Y, a pesar de todas las investigaciones, aún nos queda mucho por aprender acerca de las finas interrelaciones establecidas en muchos sistemas de cultivos tradicionales.

Sin embargo, hace algo menos de cien años se dijo —y se nos sigue diciendo— que ser campesino o indígena es sinónimo de ignorancia, superstición, atraso. Desde los centros de investigación, desde las universidades y especialmente desde las escuelas nos hacen la propaganda de que los únicos que saben

son los investigadores, los agrónomos, los profesores. Miles de años de observación cuidadosa, relaciones de cuidado y afecto, búsqueda colectiva y aprendizaje mutuo tenían que olvidarse para dar cabida a lo aprendido en los campos de experimentación bajo condiciones controladas. Se inventaron los conceptos de “extensión” y “transferencia”, para dejar claro que el conocimiento se producía en determinados lugares —muy reducidos— y el resto del planeta debía recibirlo pasivamente.

Se abrió así el proceso que no sólo llevó a la Revolución Verde y su ya conocida secuela de contaminación y degradación ambiental, sino a procesos de homogenización en todos los ámbitos de la agricultura, incluida la homogenización del pensamiento de quienes se presentaban como los nuevos portadores del saber. A nadie pareció llamarle la atención que los agrónomos de Zimbabwe, Filipinas y Argentina considerasen como óptima la misma dosis de siembra para tal o cual cultivo que los agrónomos de Estados Unidos o Australia. Tampoco causó alarma que en algún momento la misma variedad de tomate se sembrase de México a la Patagonia, desde el altiplano a las tierras bajas tropicales, o que de pronto determinados agrotóxicos se convirtiesen en la herramienta deseada en los más diversos rincones del mundo. Mucho menos atención se le prestó al hecho que la “transferencia técnica” se hiciera silenciando a los pueblos del campo, ocultando o marginando sistemas complejos que llevaban siglos acumulando saberes sobre ecosistemas, cultivos, animales, árboles, microorganismos y toda su vasta red de relaciones.

A menos de cincuenta años de los inicios de la Revolución Verde, los efectos los tenemos a nuestro alrededor. Tenemos un mundo rural cada vez menos diverso, una agricultura cada vez más homogénea y concentrada. Mientras los cultivos fuertemente controlados por el comercio internacional a través de las grandes corporaciones —trigo, maíz, arroz— han aumentado su producción global, la producción campesina de los mismos se ha estancado, sobre todo porque los campesinos tienen cada vez menos tierra para sembrar. Los cultivos que siguen significativamente en manos campesinas —como las legumbres— también se han estancado en su producción y disminuido la superficie sembrada. La deforestación no sólo ha significado deterioro ambiental, sino pérdida importante de fuentes de alimentación humana y animal. El deterioro de los suelos es dramático, y altera incluso los ciclos hidrológicos y suma sequías e inundaciones a las difíciles condiciones vividas en el campo.

Podríamos discutir largo de por qué ocurrieron estos cambios. Fueron cambios empujados desde las más diversas posiciones políticas y filosóficas, con objetivos diversos en extremo. Sobre todo en los países del Tercer Mundo, hubo

gran cantidad de investigadores sincera y profundamente preocupados por el fantasma de la escasez de alimentos y la realidad de la pobreza en el campo. Pero después de décadas de modernización, el cuadro que tenemos delante de nosotros nos muestra claramente que —contrario a lo que se dijo al momento de impulsar los cambios— no fue un proceso en que ganásemos todos. Los costos fueron severos y quienes llevaron la peor parte fueron los pueblos indígenas y el campesinado al que supuestamente se estaba beneficiando. Durante el siglo xx, por primera vez en la historia de la humanidad los habitantes urbanos pasan a ser la mayoría. El cambio no fue producto de sueños cumplidos en las ciudades, sino de la desaparición de familias campesinas, de la expulsión desde el campo por falta de trabajo y perspectivas, por la pérdida de la tierra, la destrucción y desmembramiento de los territorios indígenas, el estrangulamiento económico y el proceso perverso de hacer que los jóvenes se sientan avergonzados de sus orígenes y culturas.

Hay quienes ganan de modo dramático: los fabricantes de agrotóxicos y fertilizantes sintéticos fueron los primeros, junto a las grandes empresas de alimentos. La venta de fertilizantes en América Latina creció un 8% anual entre 1960 y 1990; la producción agrícola creció menos de la mitad de ello. Empresas como Nestlé, Dow Chemical, Bayer, Merck, Unilever han crecido en las últimas décadas a tasas mucho más elevadas que las de cualquier agricultura en el mundo.

La búsqueda de grandes ganancias a costa de los agricultores no quedó allí. Las grandes empresas entendieron rápidamente que es posible hacer agricultura sin agrotóxicos, sin fertilizantes y sin grandes maquinarias, pero es imposible hacerla sin semillas y sin saber lo que es necesario saber sobre ellas y sobre los ecosistemas que las acogen. Las grandes corporaciones inventaron entonces la propiedad intelectual sobre las formas de vida y redefinieron las reglas para monopolizar plantas, animales y conocimiento. Al principio, de manera cauta, limitada y silenciosa. En los noventa, el proceso se tornó agresivo, ambicioso. Hoy se nos impone de modo obligatorio y represivo. El acto fundamental de cuidar, reproducir y compartir las semillas pasó a ser un delito. El impulso natural de usar, compartir y conversar sobre los saberes —la mejor forma de protegerlos y hacerles crecer— ha sido restringido, condicionado y crecientemente ilegalizado.

La presión sobre pueblos campesinos e indígenas ha sido tan brutal, que no deja de causar alarma cómo más de alguna organización busca remediar la situación buscando herramientas dentro de las mismas normas de propiedad intelectual que hoy causan tanta destrucción.

Uno de los elementos más perversos de la propiedad intelectual —en cualquiera de sus formas— es que dice “proteger” plantas, animales y conocimiento,

haciendo en realidad justamente lo contrario. Plantas, animales, conocimiento y saberes humanos son y siempre han sido un producto social y colectivo, en evolución permanente. Se fortalecen en la medida que se comparten y fluyen libremente, se perfeccionan a través del uso, la observación, la experimentación y la conversación; se enriquecen en la medida que cada persona, familia, comunidad y pueblo puede probarlos y determinar libremente si son útiles tal cual, requieren ser perfeccionados o es mejor descartarlos. La propiedad intelectual intenta privatizar lo que es por esencia obra colectiva, congela lo que debe estar en cambio permanente e impide el fundamento mismo del saber: compartir, debatir y decidir soberanamente. Se protege ciertamente la propiedad, pero en el camino se destruye diversidad, cultivos y conocimiento.

Pero iniciativas de resistencia mucho más certeras resurgen en los últimos veinte años junto a la expulsión, la destrucción y la marginación. Quizás lo más esperanzador es que se ha entendido que la diversidad biológica, las semillas o los saberes no son cosas aisladas, sino el producto de procesos sociales y ecosistémicos. Recuperar la cultura, la espiritualidad propia, fortalecer la organización, el tejido social, los mercados locales, la capacidad de control de los procesos productivos; restaurar las tierras y territorios, reconstruir ecosistemas, proteger y potenciar la biodiversidad, diversificar la agricultura, reactivar las semillas propias, son todas facetas de esfuerzos que buscan asumir la complejidad de los procesos que determinan la vida de pueblos y comunidades y retomar el control de los mismos.

En suma, los esfuerzos de comunidades rurales de América Latina, Asia, África pero también Europa hoy buscan reconstruir el pleno derecho a ser campesinos e indígenas. De acuerdo a cada circunstancia, sus experiencias toman formas muy distintas. Son un ejemplo de la diversidad cultural, social y política necesaria para recuperar la diversidad agrícola y biológica. Son experiencias que buscan reforzar la capacidad de tomar decisiones de manera colectiva, organizada y soberana.

Una característica es especialmente esperanzadora: la reactivación de los sistemas campesinos de construcción de saberes, sistemas que fusionan formas colectivas y personales de observación, experimentación e intercambio, y que al saber unen el respeto, la espiritualidad y un conjunto de normas sociales localmente definidas. Esta búsqueda permite la generación y reactivación autónoma de saberes por parte de comunidades y familias y, a fin de cuentas, el florecimiento, de nuevo, de la creatividad social más antigua de la humanidad.

Biodiversidad, sustento y culturas, número 59, enero de 2009.



Fotografía: Verónica Villa

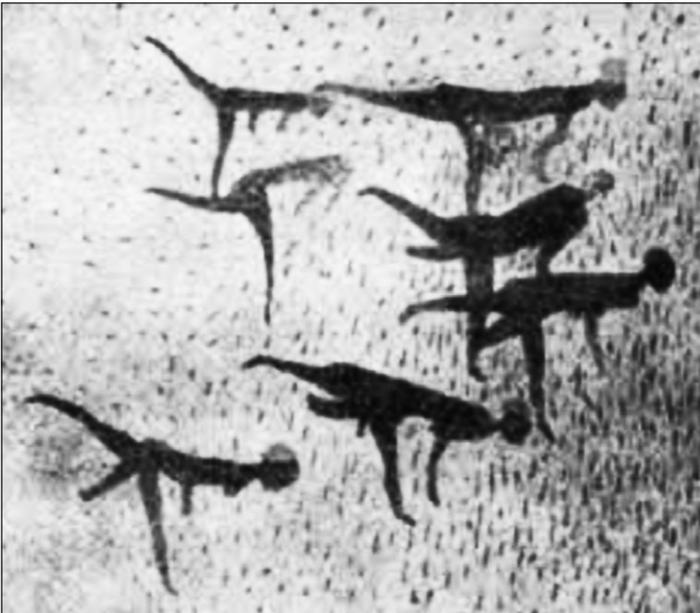
Una breve historia de los orígenes de la agricultura, la domesticación y la diversidad de los cultivos

VÍA CAMPESINA

El surgimiento de la agricultura es quizás uno de los procesos más revolucionarios de la historia de la humanidad. La agricultura cambió la forma de alimentarnos y de vivir. También cambió los ecosistemas y los territorios y creó las condiciones materiales para todos los procesos posteriores de formación de los distintos pueblos y sus formas de ser y vivir, incluidos los procesos que llevaron a la formación de clases sociales y lo que hasta hoy se denomi-

na “procesos civilizatorios”. Sin la agricultura, nuestra especie humana podría haber sobrevivido sólo como algunos cientos de millones de personas repartidos por el mundo o, incluso, podría haberse extinguido.

¿Qué hacen estas mujeres?
¿Siembran? ¿Recolectan?
¿Cosechan? ¿O danzan
representando todo lo
anterior? (De las pinturas
rupestres de Tassili, Argelia,
norte de África)



Cada día se sabe más de los orígenes de la agricultura, a medida que los métodos científicos de estudio de restos históricos y prehistóricos se perfeccionan. Pero es todavía una historia a pedazos, que además la interpretan y la cuentan personas —principalmente hombres— que poco o nada saben de la práctica de la agricultura, del cuidado y el trabajo año tras año, de la selección de plantas, semillas y animales, de depender del clima, de recolectar, de guardar para el próximo ciclo, de cocinar y alimentar sabrosamente con lo que hay, de aprovechar todo lo que se pueda, de la inmensa diversidad que se encuentra en los campos y en las mesas. Por lo mismo, muchas veces es una historia que parece tener muy poca relación con la agricultura campesina e indígena que conocemos hoy. En este texto, además de hablar de lo que la ciencia nos dice, relacionaremos la historia con los saberes campesinos —y sobre todo con los saberes de las mujeres campesinas— porque eso permite entender mejor cómo ha sido y es la historia de los cuidados que mantienen viva la creación de la agricultura.

La creación de la agricultura. ¿Qué es la agricultura? Hoy se tiende a dar por sentado que es el cultivo —la siembra, el cuidado, la cosecha— de plantas domesticadas y la crianza de animales igualmente domesticados. Pero en sus inicios la agricultura no se hizo con plantas domesticadas ni con animales domesticados. Al principio, consistió en el cuidado y/o siembra de plantas silvestres y en el encierro parcial de animales mansos pero no domesticados. Hasta el día de hoy la agricultura incluye plantas no domesticadas, como algunas plantas medicinales, hortalizas silvestres, árboles, etcétera. Aquí utilizamos una definición amplia de la agricultura para incluir cualquier forma de cuidado y manejo de plantas y animales por parte de los seres humanos con el fin de obtener alimento, medicinas, madera, fibras y otros elementos que se consideren necesarios.

¿Cómo surgió la agricultura? Buena parte de los científicos insiste en que surgió producto de descubrimientos hechos al azar, casi de la suerte; y que quienes “inventaron” la agricultura no sabían bien lo que hacían. Pero al ver la riqueza y complejidad de lo creado es imposible aceptar esa mirada. Por ejemplo, el papel de las semillas en la reproducción de las plantas fue un descubrimiento hecho por las mujeres que las recolectaban, pero eso requiere observación cuidadosa, no mero azar. Por otro lado, las formas de ir seleccionando, combinando cultivos, cruzando plantas, determinando las fechas de siembra, inventando herramientas, probando sistemas de riego, creando diversas formas de uso, no pueden surgir por pura suerte, accidente o coincidencia, sino que son fruto de la experimentación reiterada, de la observación y una cuota no menor de inventiva e ingenio.

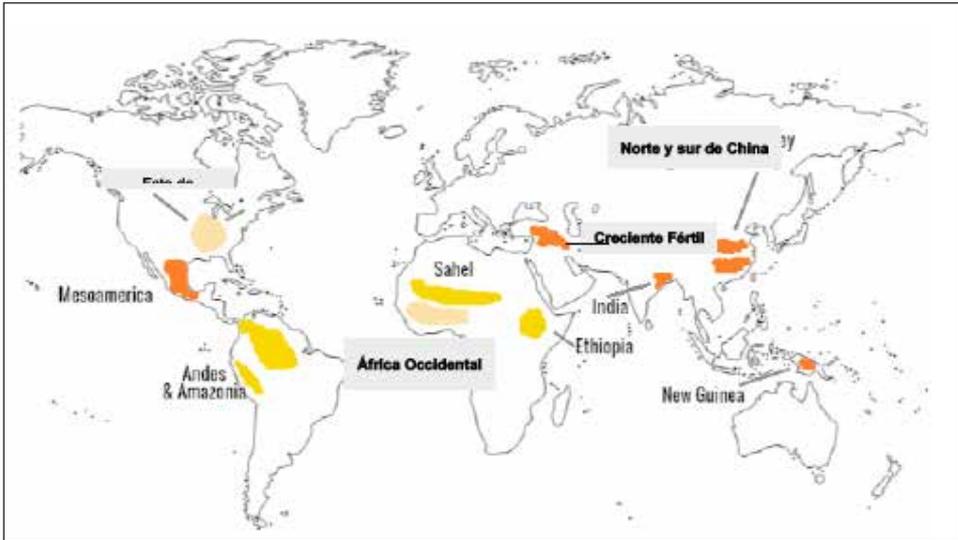
El azar y la suerte son factores presentes en todo aprendizaje, pero sólo se pueden aprovechar si hay quienes observen con atención y luego apliquen lo aprendido de manera creativa y cuidadosa. Estos cuidados probablemente no fueron muy diferentes de los que hoy hacen las cuidadoras, guardianas o curadoras de semillas, y que consisten en una relación y conversación interminable con los cultivos, con los animales, con nuestro territorio. Una conversación irrepetible y viva, pero también colectiva.

¿Dónde y cuándo surgió la agricultura? Entre 20 mil y 30 mil años atrás, todo indica que las mujeres de distintos lugares del mundo —responsables en esos entonces de la recolección de alimentos— comenzaron a cuidar y después a sembrar plantas silvestres que eran de especial interés para la alimentación y la medicina, o para la obtención de madera y fibras, para posteriormente pasar a seleccionar semillas de las mejores plantas e iniciar así el camino de la domesticación. Hace 10 mil-12 mil años, las mujeres ya cultivaban plantas domesticadas en al menos cuatro regiones del mundo: el llamado Creciente Fértil (una zona que cubre lo que hoy es Irán, Irak, Siria, Palestina, Israel, Egipto, Líbano y Turquía), China, Nueva Guinea y Mesoamérica (México y Centroamérica). Unos 2 mil a 4 mil años más tarde, las mujeres ya habían domesticado cultivos alrededor del mundo, y se destacaban 8 regiones más: Sahel Africano, Etiopía, África Occidental, Sur de Asia (principalmente India), Sudeste Asiático, Sudeste de Norte América, los Andes Centrales (Perú, Bolivia, Ecuador y Norte de Chile y Argentina) y Amazonía (Colombia, Brasil, Ecuador y Perú).

Uno de los aspectos más interesantes de este proceso es que las mujeres de las distintas regiones fueron cuidando, domesticando y creando formas de cultivar



Herramientas agrícolas de piedra pulida, posiblemente de 5 mil o más años de antigüedad. A la derecha, una hoz de arcilla, posiblemente de 8 mil años o más. La hoz fue una de las primeras herramientas agrícolas que se inventaron.



Regiones donde se originó la agricultura

sin saber lo que pasaba en otras regiones. Incluso se cree que dentro de cada zona, los primeros cultivos y la domesticación de ellos también se desarrollaron a través de procesos múltiples y al menos parcialmente independientes entre sí.

Así, por ejemplo, el trigo fue domesticado de manera paralela en distintos lugares del Creciente Fértil; el poroto (frijol o fréjol) y el tomate fueron domesticados tanto en Mesoamérica como en los Andes centrales; el cerdo habría sido domesticado independientemente en el Creciente Fértil, en Nueva Guinea y en China. Un caso aún más diverso es el del ñame (un cultivo muy importante en Asia y África), que habría sido domesticado en múltiples regiones de África, Centro y Sudamérica, Sur y Sudeste de Asia, Polinesia, Melanesia, Australia.

Son pocos los cultivos que habrían sido domesticados en un sólo lugar y que de allí se hayan diseminado al resto del mundo. Al parecer, la lechuga sería una de ellos: habría sido domesticada en algún lugar del Creciente Fértil, diseminándose desde allí hacia Europa primero, Asia después y finalmente América. (En la tabla 1 se muestra dónde se domesticaron algunos de los cultivos que comemos hasta hoy.)

La domesticación de animales habría ocurrido en forma más o menos similar. El primer animal domesticado sería el perro; la domesticación fue llevada a cabo de manera independiente en múltiples regiones de Asia, Europa, África y

las Américas, en todos los casos a partir del lobo. Ya había perros 14 mil años atrás y se cree que su domesticación fue iniciada hace unos 35 mil años. Las cabras, cerdos y ovejas ya estaban presentes hace unos 10 mil a 12 mil años atrás en Asia y África, y hace 8 mil a 10 mil años ya había también crianza de vacas y gallinas.

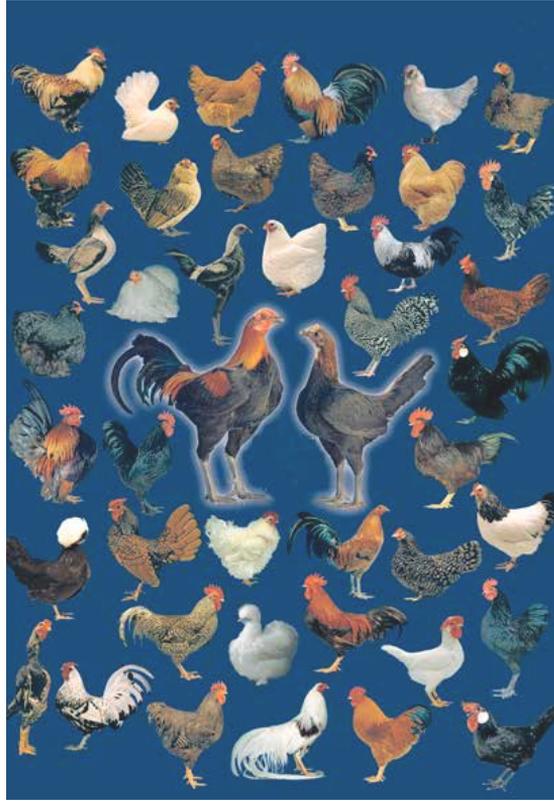
Una situación distinta se produjo en América, donde los animales domesticados —llamas, alpacas, cuyes, posiblemente gallinas— estuvieron presentes sólo desde hace unos 6 mil años; es posible que haya sido así porque había gran abundancia de animales de tamaño medio o pequeño, de baja agresividad y relativamente fáciles de cazar (distintos tipos de ciervos, huanacos, la vicuña, el tapir, gran cantidad de aves, etcétera).

Aquí nuevamente hay indicadores de que las mujeres fueron las principales domesticadoras, aunque la domesticación de los perros habría sido obra masculina por su capacidad de ayudar en la caza.

Diversidad de gallinas. Fueron domesticadas en Asia hace 8 mil años y en el sur de Chile, posiblemente unos 2 mil años atrás.

Puede decirse entonces que la creación de la agricultura y la domesticación de los cultivos y animales fue una inmensa obra colectiva, que involucró a buena parte de la humanidad existente en esos momentos. La investigación además indica que fue una obra centralmente de las mujeres.

¿Y la caza y la pesca? La especie humana tiene unos 200 mil años de antigüedad. Hasta la creación de la agricultura, los grupos humanos vivían de la caza, la



Las gallinas fueron domesticadas en Asia hace 8 mil años y en el sur de Chile, posiblemente unos 2 mil años atrás.

Tabla 1. Domesticación de los cultivos

Planta domesticada	Cuánto tiempo atrás	Dónde
Acelga y betarraga	Al menos 4 mil años	Grecia y Turquía
Ají (chile)	7 mil a 8 mil años	México, Panamá, Brasil, Colombia, Bolivia, Perú
Ajo	5 mil años	Mediterráneo y Asia
Algodón	10 mil años	Sur de México, Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua, Ecuador, Perú, Egipto, Asia
Amaranto	Al menos 8 mil años	México, Centroamérica, Perú Bolivia, norte de Argentina
Avena	4 mil años	Europa
Arroz		India, China, Pakistán, Vietnam, Camboya, Laos, Tailandia,
Brócoli	No se sabe, pero al menos 2 mil años	La zona cercana al Mar Mediterráneo
Cebada	Al menos 10 mil años	Crecente Fértil, China, India, Etiopía
Cebolla	5 mil años	Egipto y Asia
Chirimoyas	Se desconoce	Sur de México, Guatemala, Perú
Cilantro (coriandro)	Al menos 5 mil años	Asia, Europa y Norte de África
Coliflor, Repollo y Kale	Al menos 5 mil años. El primero en ser domesticado habría sido el Kale	Posiblemente el sur de Europa
Duraznos	8 mil a 10 mil años	China
Higos	11 mil a 12 mil años. Es posiblemente la primera planta domesticada	Crecente Fértil
Lechuga	7 mil años	Crecente Fértil, Egipto
Limón, naranja, pomelo y mandarina	Posiblemente 5 mil a 7 mil años	China, India, Sudeste Asiático
Maíz	8 mil a 11 mil años	Principalmente México, pero también Belice, Guatemala
Maní	Al menos 4 mil años, pero ya se consumía 10 mil años atrás	Bolivia, Paraguay, Brasil
Manzanas	4 mil a 10 mil años	Asia Central
Olivo	6 mil a 10 mil años	Turquía, Palestina, Grecia, Chipre, Argelia, Marruecos, Córcega, España y Francia
Orégano	No se sabe, pero ya se consumía 3 mil años atrás	Grecia
Paltas (aguacates)	7 mil a 8 mil años	Mesoamérica
Papa (patata)	7 mil a 10 mil años	Andes Centrales: Bolivia, Perú, Sur de Ecuador, norte de Chile y Argentina. Chiloé es centro de diversidad
Perejil	Posiblemente más de 4 mil años	Grecia y las costas del Mar mediterráneo
Poroto (fréjol, frijol)	8 mil años	Zona andina desde Chile a México
Quinoa	7 mil años	Perú, Bolivia, Ecuador, Chile y Argentina
Sandía	Al menos 5 mil años	África
Tomate	No se sabe	México, Guatemala, Ecuador, Perú, posiblemente norte de Chile
Trigo	Más de 10 mil años	Crecente Fértil, Etiopía
Uva	Más de 8 mil años	Crecente Fértil, Europa del Este
Zapallo (calabacín)	6 mil a 10 mil años	México, sur-este de Estados Unidos, Perú, Ecuador, Colombia



Las enredaderas y otras plantas que dan la fibra para hacer cestas han sido domesticadas, pero también se usan plantas silvestres. La historia de la cestería está muy ligada a la historia de la agricultura, por la importancia de las cestas para cosechar

pesca y la recolección de alimentos. La caza y la pesca eran principalmente tarea de hombres, aunque se sabe que mujeres, niñas y niños también ayudaban. La recolección de alimentos —frutos, granos, raíces, tallos y hojas, así como huevos y miel— fue tarea central de las mujeres. La dieta resultante era de muy buena calidad, pero no alcanzaba para alimentar grandes conglomerados y exigía que todos los miembros de un determinado grupo se dedicaran a la obtención de alimentos. Incluso antes de la creación de la agricultura, las plantas eran la principal fuente de alimentación. Hay autores que calculan que las mujeres proveían cerca del 75% de las necesidades alimentarias. Con la creación de la agricultura, se produjo una fase histórica en que la alimentación habría disminuido su contenido de proteínas —por lo que, por ejemplo, disminuyó la estatura media— pero sí fue posible aumentar el total de alimentos y así alimentar más personas, disminuyendo la mortalidad, especialmente de bebés.

La aparición de la agricultura no significó la ausencia de la caza, la recolección y la pesca. La pesca sigue claramente viva hasta hoy, a pesar de los efectos devastadores de la pesca industrial y de los intentos crecientes por privatizar el mar. La caza y la recolección han disminuido su importancia, pero siguen presentes, aunque buena parte de la discusión científica tiende a presentar la caza y la

recolección, por un lado, y la agricultura, por otro, como dos etapas diferentes que se mezclaron durante miles de años, pero que hoy ya no conviven, puesto que la inmensa mayoría de las poblaciones rurales practican sólo la agricultura y sólo algunos grupos muy marginales, retrasados y posiblemente destinados a desaparecer prontamente, aún viven de la caza y la recolección.

La gran falla de esta visión es que no dice que los pueblos del campo nunca abandonaron la caza y la recolección por iniciativa propia, sino que en muchos lugares del mundo se vieron obligados a hacerlo en la medida que se les expulsaba de sus tierras ancestrales y se les reducía a tierras marginales, se privatizaban los bosques y praderas, avanzaba la deforestación y la imposición de grandes monocultivos, e incluso la caza, la pesca y la recolección fueron severamente restringidas o se convirtieron en delito. (En Inglaterra, por ejemplo, los terratenientes se apropiaron de las tierras y bosques comunitarios en el siglo XVIII y luego aprobaron una ley que castigaba la caza con la pena de muerte, ley que tuvo vigencia durante un siglo.)

A pesar de las presiones y agresiones anteriores, hasta hoy la recolección, la pesca y la caza siguen siendo una fuente significativa de alimentación y diversidad.

La inmensa obra de domesticar. Aunque la agricultura hoy se caracteriza fundamentalmente por el acto de sembrar y cuidar plantas domesticadas, las primeras formas de agricultura consistieron en el cuidado de poblaciones de plantas silvestres que eran de interés para la alimentación y, en un menor grado, para la producción de medicinas, de fibra (cáñamo, lino y algodón, entre otros) y madera (diversos árboles, arbustos y bambúes —entre los que se encontraba el olivo). El cuidado habría consistido en disminuir la competencia de otras plantas (por ejemplo, limpiando pequeñas áreas de bosque, quemando, arrancando o podando las plantas no deseadas o menos deseadas), en regar por inundación cuando fuese necesario y en evitar que se las comiesen los animales. En estos procesos de cuidado y recolección, las mujeres aprendieron que los granos, tubérculos, rizomas, estacas, etcétera, son también semilla, y a los cuidados se sumó la siembra.

Una etapa posterior en el desarrollo de la agricultura fue la selección, escogiendo semillas y estructuras de reproducción a partir de las plantas con características que parecían más interesantes. Por ejemplo: un mayor tamaño, la producción más temprana, un mayor vigor, la mayor producción, la mayor facilidad de pelado y molienda. Aunque también se mencionan la eliminación del sabor amargo y de elementos tóxicos, las investigaciones discuten poco o nada la se-

lección por sabor, color, aroma, etcétera. Tampoco abunda la información sobre la selección para resistir enfermedades y condiciones climáticas.

Son los procesos de selección los que abrieron la puerta a la domesticación, entendiendo como plantas domesticadas aquellas que se distinguen significativamente de sus ancestros silvestres y que necesitan ser cuidadas para desarrollarse de un modo adecuado. En esto no hay categorías totalmente claras. Las plantas anuales, por ejemplo, se diferencian más marcadamente de sus ancestros que los frutales y los árboles en general y también requieren mayores cuidados.

Son varias las características que fueron adquiriendo las plantas domesticadas, producto de los procesos de selección y cruzamiento que emprendieron las primeras agricultoras y que luego pasaron a ser parte de las técnicas de cuidado utilizadas por todas y todos los buenos agricultores. Algunas de las características más frecuentes entre las plantas domesticadas son:

a) Las semillas no presentan dormancia. Todas las semillas germinan cuando se las pone en la tierra. Las plantas silvestres tienen semillas que pueden pasar varias temporadas en la tierra o sobre ella antes de germinar (es lo que se llama dormancia), asegurando con ello que quedarán semillas de reserva si algún año es especialmente inadecuado para el crecimiento y no permite que las plantas completen su desarrollo y reproducción.

La pérdida de dormancia está presente muy fuerte en los cultivos anuales, pero es más escasa entre los árboles, incluidos los árboles frutales. En éstos es más difícil romper la dormancia porque las semillas están protegidas por el fruto o por cubiertas duras e impermeables. Se cree que los primeros árboles frutales domesticados fueron reproducidos por estacas, evitando así depender de si la semilla germinaba o no. Éste es el caso del olivo, la uva, la higuera, el pistacho, que están entre los frutales domesticados más antiguos. Unos 3 mil años atrás, se intensificó la domesticación de árboles frutales especialmente en Asia y Eurasia, tal vez porque en algunas regiones se generalizó el conocimiento de que los árboles podían reproducirse por injerto.

b) Las semillas y frutos permanecen unidos a la planta y no se dispersan al llegar la madurez. Esto permite su cosecha y minimiza las pérdidas por desgrane. Ésta es una característica positiva e importante en las plantas de las cuales se aprovecha la semilla (por ejemplo, porotos [frijoles], trigo, arroz, quinoa, garbanzos, lentejas), pero no es adecuada para las plantas silvestres, que tendrán mayores posibilida-

des de sobrevivir mientras más se dispersen sus semillas. Sin embargo, siempre hay excepciones y por buenas razones. Por ejemplo, el arroz en Asia se cosecha cortando y luego trillando la espiga, y es importante que no haya desgrane antes de la trilla. En África, la forma tradicional de cosecha es agitando la espiga sobre un canasto y allí los arroces domesticados han mantenido su capacidad de desgranarse fácilmente, disminuyendo el esfuerzo necesario para la cosecha.

c) Las plantas no tienen sustancias tóxicas o sabores poco atractivos, como lo amargo o astringente. Es el caso, por ejemplo, de la papa, del tomate, del lupino, del espárrago, del poroto, las almendras, y otras, que en su estado silvestre contenían niveles importantes de sustancias tóxicas y amargas. Sin embargo, la eliminación no es imprescindible, puesto que también es posible eliminar los venenos y el amargor mediante la cocción y el procesamiento. Uno de los casos más destacados es el de la yuca o mandioca, que es venenosa cuando cruda, pero perfectamente comestible si se la cuece o procesa adecuadamente. Tam-



Evolución del teocinte a maíz, gracias al proceso de selección, mejoramiento y domesticación que hicieron campesinas y campesinos de México y Guatemala

bién es el caso del amargor de la quinoa, que se elimina mediante el lavado. No hay que olvidar que las sustancias tóxicas y las sustancias amargas pueden, de acuerdo a la dosis, proteger contra plagas o servir como medicinas. Por lo tanto, no fueron eliminadas totalmente, y se conservaron a propósito en algunas variedades. Encontrar estos métodos alternativos y diversos fue también tarea de mujeres.

d) Las semillas, frutos y partes a ser cosechadas en general son de mayor tamaño. Las exploraciones arqueológicas han encontrado semillas de ancestros silvestres con semillas significativamente menores que las de los cultivos domesticados. Las semillas más grandes pueden estar asociadas a una mayor producción y a una menor proporción de pérdida al momento de pelarlas, pero no siempre es así. Su mayor ventaja es que producen plantas de mayor vigor y tienden a presentar mejor germinación.

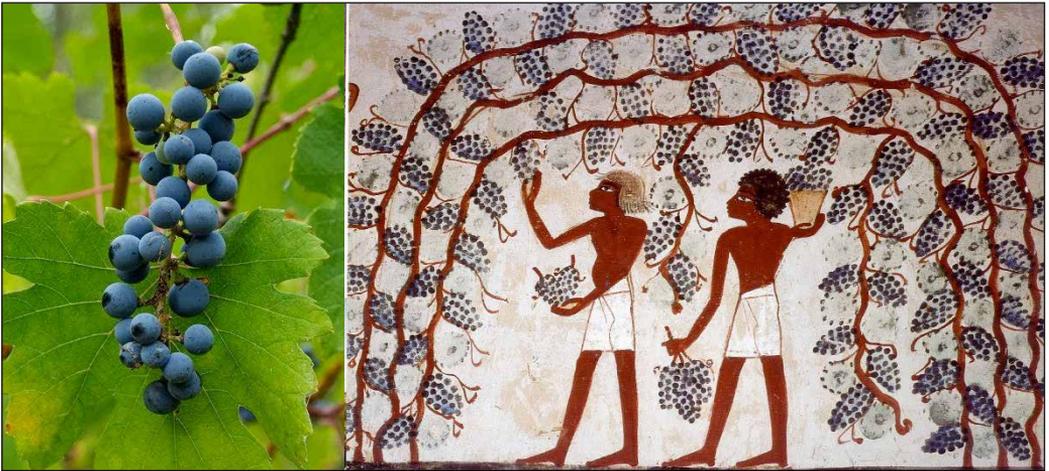
e) Tienen más material genético: un número significativo de las plantas domesticadas tiene su material genético aumentado. Las plantas y animales tenemos nuestro material genético organizado en “cromosomas” y tenemos normalmente dos copias de cada cromosoma. En el proceso de domesticación, mediante selección y cruzamientos, agricultoras y agricultores lograron que muchos cultivos adquirieran tres, cuatro y hasta ocho copias. Eso hizo que los cultivos fuesen más vigorosos, más productivos y más resistentes a plagas, enfermedades y condiciones ambientales poco favorables.

Todos estos cambios llevaron también a que las plantas domesticadas dependan para crecer de los cuidados humanos, pero no todas dependen de igual manera. Un caso de profunda domesticación, por ejemplo, es el del maíz, que es físicamente muy distinto de su ancestro silvestre —el teocintle— y que no logra reproducirse sin la intervención humana (ver figura). Pero tales diferencias son mucho menos acentuadas en otras especies utilizadas en la agricultura, como, por ejemplo, las palmas o los árboles cultivados para madera.

Los procesos de domesticación fueron largos, posiblemente tomaron más de 2 mil años para la mayoría de los cultivos. La mayoría de los científicos actuales ven eso como el resultado de una domesticación “involuntaria” o “inconsciente”, sin conocimiento asociado y sin objetivos claros. Conociendo lo que hasta hoy hacen millones de campesinos y campesinas cuando cuidan, escogen y seleccionan sus semillas, es fácil pensar en una explicación muy diferente.

Por supuesto, posiblemente nadie que haya trabajado el campo pensó en "domesticar"; ése es un término moderno inventado por expertos que miran e interpretan la historia, pero que no estaban involucrados en el proceso. Lo que campesinas y campesinos han hecho a través de la historia ha sido cuidar sus cultivos y buscar mejorarlos generación tras generación. La herramienta más utilizada ha sido la selección de las plantas y semillas que han parecido mejores en cada momento: las más vigorosas, las más sanas, las más productivas, las más sabrosas, las de color más atractivo, las más tempranas, las que se cocinan fácilmente etcétera, etcétera. Puede haber tantas razones para seleccionar como personas involucradas en la selección. Los cambios finalmente logrados, son fruto de esa convivencia y conversación colectiva continua que ha sido parte inseparable de los cuidados con los que los pueblos del campo se han relacionado con la tierra, el agua, las plantas, los animales y las condiciones generales del ambiente y el clima.

Pero cada vez que alguien selecciona, por ejemplo, por vigor, puede o tiene que descartar otras características; como la resistencia a la sequía. Si se elimina el amargor, las plantas se pueden hacer más susceptibles a las plagas, y así muchos ejemplos más. Desde el punto de vista de quien selecciona, se enfrenta el problema que muchas veces para eliminar algo que no se quiere, se pierde algo que sí se necesita. Por tanto, algo que se convirtió en una práctica común fue volver a cruzar las plantas seleccionadas con sus parientes plenamente silvestres,



Uva silvestre a la izquierda . Los racimos eran ralos y los granos pequeños.
A la derecha, la uva en Egipto Antiguo, tal como la conocemos hoy.

para recuperar al menos en cierta medida las características que se pudieran haber perdido con las selecciones anteriores, intentando conseguir plantas con ambas características o —lo más factible— para conseguir situaciones intermedias con distintas plantas que tuviesen distintas características para que, sin importar los problemas que un cultivo pudiese enfrentar, siempre hubiese plantas que pudiesen crecer y producir bien. Esta práctica ha sido tan común y se fue perfeccionando en tal medida, que la cruce con variedades silvestres pasó a ser una práctica campesina común y se ha mantenido hasta la actualidad, como una forma de mantener variedades productivas, resistentes y vigorosas, todo al mismo tiempo. Hay ejemplos documentados en plantas que se cruzan fácilmente (maíz, todas las coles, la mostaza, tomates, calabazas/zapallos) en plantas que se cruzan poco (trigo, frijol, habas, garbanzos, arroz) e incluso en plantas que no se reproducen normalmente por semilla, como la papa o los ajos.

Desde el punto de vista de los historiadores y de la genética moderna, se podría decir que esta selección combinada con cruzamientos con plantas silvestres equivale a avanzar y retroceder permanentemente en el proceso de domesticación. Por eso la consideran una “casualidad”, algo hecho al azar, sin conocimiento asociado. Pero desde el punto de vista de la producción campesina, que debe asegurar la comida bajo características tan distintas, este proceso de ir y volver ha sido la manera de mejorar sus cultivos sin perder seguridad ante los riesgos y los imprevistos. De hecho, este mismo concepto (el de cruzar cultivos con plantas silvestres), es una técnica que hoy usan los genetistas para producir variedades menos frágiles que las actuales y se le considera “tecnología de punta”.

Es decir, el desarrollo de la agricultura fue un proceso largo porque requirió construcción colectiva de saberes, pero también porque fue un proceso cuidadoso, con mucha observación y experimentación de por medio, porque quienes hacían agricultura comprendían que su trabajo era producir comida hoy y en el futuro. Una vez más, fueron mujeres las que jugaron un papel central en esto.

También puede decirse que, si bien la domesticación y el mejoramiento se iniciaron de 10 mil a 20 mil años atrás, es un proceso que sigue en curso en la medida que las comunidades campesinas sigan cuidando, seleccionando, cruzando y mejorando sus cultivos. De allí podemos identificar una razón más para que los intentos por privatizar las semillas y despojar a campesinos y campesinas de sus saberes y prácticas en torno al cuidado de las semillas sea extremadamente grave.

La creación de diversidad. El desarrollo de la agricultura no sólo significó la domesticación de cientos o miles de especies. Significó también la creación

de diversidad. Campesinas y campesinos del mundo fueron creando cientos y miles de variedades de los distintos cultivos, aumentando la diversidad dentro de cada especie. Los diversos colores del maíz, del arroz, de los porotos [frijoles], lentejas, de las papas y tantos otros son una muestra simple de esa diversidad. Las coles son una sola especie, a partir de las cuales la selección llevó a la coliflor, el repollo, los bruselas, el brócoli y el kale, cada uno con todas sus variedades. Hay trigos para invierno y otros para primavera. Maíces que maduran en 90 días y otros en 150 o 180. Arroces que crecen inundados y otros sólo con la lluvia, con periodos de crecimiento que pueden variar de 80 a 280 días. Hay uvas, duraznos, manzanas, melones, naranjas, limones de distintos colores y distintos sabores. Hay papas redondas, alargadas, lisas, arrugadas, amarillas, rojas, moradas. Hay calabazas de las más diversas formas y sabores, trigo para pan, trigo para hacer pasta, lechugas a las que se les come las hojas y otras a las que se les come el tallo. El maíz y el poroto viajaron de América a África y las mujeres africanas desarrollaron variedades auténticamente africanas, distintas a las americanas. El trigo se repartió por el mundo y en cada continente hay variedades distintas y con sus particularidades. Podríamos escribir un libro nada más que relatando ejemplos.

Los científicos tienen dificultades para explicar esto. De acuerdo a la ciencia moderna, cada vez que alguien selecciona para mejorar, se pierde diversidad,

porque hay que descartar lo que no nos gusta y eso se pierde. La pregunta es entonces, ¿cómo es posible que si la selección y mejoramiento lleva "inevitablemente" a una reducción de la diversidad, campesinas y campesinos del mundo fueron capaces de crear tal diversidad al mismo tiempo que seleccionaban?

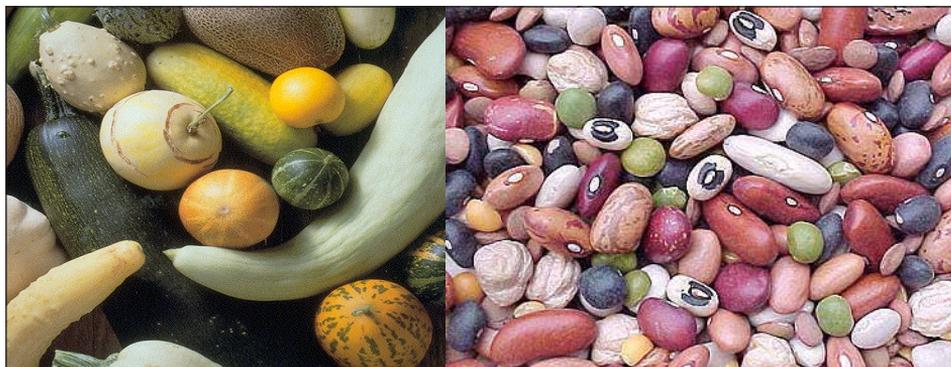


Ajo silvestre. El ajo fue domesticado en Asia Central y probablemente Europa. Ha sido usado por milenios no sólo en la comida, sino también como medicina

La ciencia nos dice que la diversidad tiene su origen en dos procesos fundamentales: a) el surgimiento de mutaciones (cambios) espontáneas que fueron seleccionadas por quien cultiva y b) que los cultivos fueron sometidos a muy distintas condiciones de crecimiento, favoreciendo distintas mutaciones y distintas formas de selección, diferencias que “quedaron fijas” en los cultivos, entre otras, cosas porque los diversos pueblos que hacían la selección no se comunicaban mayormente entre ellos y cada cual siguió su propio curso.

Aunque los dos procesos anteriores son efectivamente fuentes importantes de diversidad dentro de cada cultivo, los investigadores han prestado poca o ninguna atención a otra fuente fundamental para la diversidad creada y expresada en cientos o miles de variedades dentro de cada cultivo: el hecho que el cuidado, selección y mejoramiento de semillas y cultivos se ha realizado colectivamente y por pueblos que no han pensado que hay un solo uso, un solo objetivo o un solo concepto de lo óptimo.

Es posible dar muchos ejemplos. Los pueblos indios, especialmente de México y Guatemala, crearon miles de variedades de maíz y lo normal era que cada familia conservase varias de ellas, porque había usos tan diversos como la tortilla, el maíz tierno, las diversas bebidas, los usos rituales, la alimentación de los animales y un sinnúmero de guisos. Nadie dictaminó que un uso era mejor o más importante que otro, ninguna comunidad o grupo de “sabios” fue a decirle a otra que debían hacer así o asá, o seleccionar esto o lo otro, nadie dijo que las mujeres no sabían de cultivos. Lo mismo sucedió con el sorgo en África, el arroz en Asia y África, los porotos o frijoles en América y partes de África, las coles en Europa, ajíes [chiles] en América, Asia y África, etcétera.



Diversidad de calabazas y porotos [frijoles], originarios de América Latina y domesticados en Mesoamérica y en Los Andes.

Todo era posible, todo podía ser útil, cada pueblo y cada familia decidía cómo llevar a cabo la tarea de cuidar, seleccionar, mejorar, conservar. El que no se haya impuesto un solo patrón o molde de pensar, sentir, trabajar, comer, disfrutar, hizo posible el florecimiento de la diversidad. Y esto no significa que no hayan aprendido unos de otros o incluso que no hayan copiado unos de otros, sino que cada cual fue libre de adoptar lo que su experiencia y necesidades le indicaban. Por eso no sólo tenemos distintos colores y distintos hábitos de crecimiento, sino distintos sabores, aromas, tiempos de cocción, texturas, tolerancia a las distintas formas de conservación, características nutricionales o atributos medicinales, etcétera. Y en todo esto no hay duda alguna que las mujeres tuvieron y siguen teniendo el papel central y fundamental porque han sido ellas las responsables de alimentar y de convertir los alimentos en algo nutritivo, atractivo, sabroso, disfrutable.

Junto con esta tolerancia y aprecio por la diversidad que se practicó históricamente, el otro pilar de la creación de diversidad fue lo colectivo.

Es cierto que la selección que hace una persona disminuye la diversidad porque seleccionar significa descartar algo. Pero cuando todas y todos hacían el trabajo de cuidar, mejorar y conservar, porque era parte inherente de cultivar, lo que alguien descartaba, alguien más sí lo conservaba, lo que para alguien era desagradable, podía ser útil o tolerable para otros, lo que alguien despreciaba podía ser apreciado por el resto, la mutación que no aparecía en un campo sí aparecía y era conservada en otro, lo que se descartaba por un estilo de selección, no desaparecía cuando se utilizaban otros estilos. El resultado de esto fue que, si bien lo que cada familia conservaba podía perder diversidad, lo que conservaba cada grupo, comunidad, pueblo y conjunto de pueblos en su convivencia y conversación con sus cultivos no sólo mantuvo la diversidad, sino que la promovió y aumentó.



Diversidad de tomates, papas y maíces, también originarios de América Latina

Hay un segundo aspecto ligado a lo comunitario que además hizo que los efectos negativos de la pérdida de diversidad dentro de cada variedad fuesen disminuidos significativamente: el intercambio de semillas. Una práctica que continúa hasta hoy en formas muy diversas es la ampliación de la diversidad dentro de cada variedad cada cierto tiempo; es lo que comúnmente se llama la “renovación” o “rejuvenecimiento” de los cultivos cuando éstos se debilitan o “degeneran”. ¿En qué consiste? En que cuando una variedad se debilita porque ya se le ha seleccionado mucho, se busca cruzarla con otra variedad o plantas que no se hayan seleccionado de la misma forma. La posibilidad más antigua ha sido fomentar el cruzamiento con parientes silvestres. Otra es buscar semillas de una variedad parecida pero conservada por otra familia u otra comunidad, para luego sembrarlas todas juntas y que se mezclen. En algunos casos, cada cierto tiempo se mezclan en un cultivo semillas de otra variedad totalmente distinta y posteriormente se siguen seleccionando las plantas que se consideren mejores. También es posible mezclar distintas variedades y cultivarlas todas juntas, o experimentar si surge por cruzamiento alguna nueva variedad que sea de interés. Todo esto sumado al hecho que el intercambio de semillas permitió que los



Feria de semillas en Ecuador

distintos grupos y pueblos fuesen probando y adoptando distintas variedades o recuperando variedades cuando algún imprevisto provocaba su pérdida. Nada de eso habría sido posible si el intercambio de semillas hubiese sido coartado, despreciado, prohibido o criminalizado, tal como la industrialización y privatización de la agricultura lo ha hecho y sigue intentando en la actualidad.

Entonces, la riqueza inmensa de la alimentación, de los cultivos y de la biodiversidad fue esta historia, larguísima, diversa, con mucho trabajo, mucha experimentación y observación, con una acumulación de saberes invaluable, con caminos comunes y caminos divergentes, con miradas, juicios y gustos distintos, con técnicas únicas y otras prácticamente universales, con participación principalmente de mujeres, pero también hombres, niños, adultos y ancianos, donde la curiosidad, la inventiva, la prudencia y la "locura" eran apreciadas y respetadas, donde el trabajo se hacía entre millones año tras año, donde cada pueblo y cada nación tenía su forma de hacer las cosas y así se esperaba. La riqueza y diversidad de las semillas es reflejo de la diversidad de las personas, comunidades y pueblos que las fueron cuidando, guardando, intercambiando, mejorando. Por eso es que la Vía Campesina dice que las semillas son un patrimonio de los pueblos al servicio de la humanidad. Y por todo eso, los pueblos originarios, campesinas y campesinos, pero especialmente las mujeres del campo deben sentirse profundamente orgullosos y orgullosas.

La situación que enfrentamos hoy. Sin lugar a dudas esa riqueza se encuentra hoy deteriorada y en peligro. Muchos factores han ayudado a ello, pero lo central es el advenimiento del capitalismo y su avance hacia formas cada vez más agresivas y monopólicas. La modernización de la agricultura no es otra cosa que el avance constante del capital sobre el campo. Fue necesario para el capital convertir la capacidad de los pueblos campesinos para producir sus propios alimentos y materiales de vestir, construir y conservar, en un proceso creciente de dependencia de elementos comprados al mismo capital. Se les prohibió el acceso a las zonas de caza, recolección, pesca y pastoreo, se monopolizaron herramientas fundamentales como los molinos, se les expulsó de sus tierras y se les marginó en las menos productivas, se dijo que nada sabían y debían aceptar lo dictado primero por los señores del lugar, los extensionistas después y actualmente por las empresas. Se invisibilizó el trabajo de las mujeres en el campo y se despreció sus semillas y cultivos, se agredieron cultivos fundamentales para la autonomía porque eran "paganos", "primitivos" o "improductivos". Paso tras paso, se redujo la soberanía y la diversidad y se impuso una sola forma de pensar, disfrutar, trabajar y vivir: la que el capitalismo necesita y tolera. La

destrucción de la diversidad humana trajo inevitablemente la destrucción de la diversidad agrícola. La FAO nos dice que un 75% de las variedades cultivadas se ha perdido en los últimos 50 años.

Nuestro camino hacia adelante es necesariamente recuperar la diversidad de las semillas, de los cultivos y de las diversas formas de hacer agricultura. Tenemos que cuidar las semillas, reproducirlas, intercambiarlas, no dejar que se privaticen. Para ello debemos recuperar la diversidad en el pensar, en el cultivar, en la experimentación y creatividad, en el comer, compartir, disfrutar, utilizar. Debemos organizarnos para esta defensa y recuperar el orgullo por ser lo que somos.

En otras palabras, debemos construir soberanía popular y alimentaria y todo lo asociado a ella: recuperación de los territorios, volver a poner en el centro la agricultura campesina e indígena, reconocer y apoyar el papel fundamental de las mujeres, fomentar la diversidad porque es necesaria para hacer una agricultura en cooperación con la naturaleza. Todo ello también significa la superación del capitalismo.

Lo que la historia nos enseña es que es posible destruir esa riqueza inconmensurable que crearon las campesinas y los campesinos del mundo. Pero por sobre todo nos enseña que campesinas y campesinos son capaces de crear esa riqueza. De ahí que nuestra apuesta por recuperar el papel central y predominante de la agricultura campesina e indígena es una apuesta por asegurar el bienestar y el futuro de la humanidad.





Fotografía: Oswaldo Ruiz

CAPITULO III

El sistema agroalimentario industrial: una guerra contra la comunalidad, el territorio y la vida digna



Fotografía: Graciela Iturbide

Las mujeres frente al agronegocio

CLAUDIA KOROL

El patriarcado capitalista y colonial, impacta con sus violencias de manera diferenciada en los cuerpos y vidas de las mujeres. En la medida en que se expande el agronegocio, y el capital penetra en los territorios para garantizar la generación de lucro, avanzan la contaminación con agrotóxicos, la contaminación transgénica, la contaminación de la tierra y el agua, del ambiente, amenazando la producción de alimentos realizados por la agricultura campesina, a la propia existencia de la agricultura campesina, a los alimentos de toda la población, y a la salud de la población rural y urbana.

Se profundizan la mercantilización y colonización de la vida, descargando violencias sobre el territorio-cuerpo y el territorio-tierra. Sintetizando los impactos sobre las mujeres, podemos identificar:

Destrucción del modelo de agricultura campesina: El agronegocio ocupa y / o contamina los territorios donde históricamente las mujeres sostenían la agricultura campesina, expulsando a las mujeres de la producción de alimentos, y consolidando la división sexual del trabajo que menosprecia e invisibiliza el trabajo de las mujeres y las relega a la esfera doméstica y al trabajo de cuidados. También consolida la división entre la producción agropecuaria y la reproducción de la vida, atentando contra la sustentabilidad de la vida, la autonomía de las mujeres, sus conocimientos y su papel como sujeto político. En determinadas regiones se pierden

las agriculturas campesinas como proyectos productivos, y con ello las primeras afectadas son las mujeres que eran / son sus primeras sostenedoras.

Conflictos territoriales: El avance del agronegocio promueve el acaparamiento de tierras, desalojando a las comunidades campesinas e indígenas de los territorios que habitaron históricamente, especialmente donde viven comunidades indígenas, negando sus derechos políticos, económicos, sociales, culturales, y su propia existencia como pueblos. Las mujeres de las comunidades son afectadas por estos desplazamientos, y en algunos lugares son obligadas a migrar, despojadas de toda forma de economía de subsistencia. Existen muchos campesinos/as e indígenas asesinados y criminalizados, en conflictos territoriales.

Acceso a la tierra: Existen en el mundo alrededor de 1.600 millones de mujeres campesinas (más de la cuarta parte de la población), pero sólo el 2% de la tierra es propiedad de ellas, y reciben el 1% de todo el crédito¹. En América Latina y El Caribe, según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), la población rural asciende a 121 millones de personas, lo que corresponde al 20% del total de la población. De este total, el 48% son mujeres (58 millones). Sólo el 30% de mujeres rurales poseen tierras agrícolas, y no tienen acceso a los medios de producción. La FAO señala también que sólo el 18% de las "explotaciones agrícolas" regionales son manejadas por mujeres. Las mujeres reciben el 10% de los créditos y el 5% de la asistencia técnica para el sector². Muchas poblaciones rurales se ven rodeadas por el agronegocio, que arrienda y compra tierras provocando el incremento del precio de ese bien fundamental para la producción de alimentos. El incremento del precio de la tierra ha llevado a que mucha gente —especialmente jóvenes— decida abandonar el campo, lo que debilita el tejido social y provoca la pérdida de centros educativos, de salud, y otros servicios.

Daños al medio ambiente: No hay medidas concretas para detener la destrucción del ambiente que produce el agronegocio, y su impacto en la vida de las comunidades y de las mujeres. En algunos casos las poblaciones están luchando por un ambiente no contaminado, y particularmente se han logrado disposiciones en lugares donde se encuentran escuelas o poblados. Las redes de pueblos afectados por las fumigaciones, de médicos-as, de maestros-as de pueblos fumigados, tratan de cuidar la salud de las personas, de las comunidades, y también las economías de subsistencia que lograron desarrollar los pueblos y comunidades.

Señala Miriam Nobre (Marcha Mundial de las Mujeres-Brasil): “El proyecto del agronegocio tiene costos ambientales, sociales y económicos. Ambientales, por la destrucción directa, ya sea por la contaminación de agua y suelo, o por la emisión de gases de efecto invernadero, ya que este modelo de agricultura es adicto al petróleo, debido a la mecanización, los aditivos químicos, y las grandes distancias que recorren sus productos”³.

Salud de las mujeres: “Nosotras somos las que parimos, nos afecta de manera diferente. Nuestro cuerpo es más vulnerable a los herbicidas, fungicidas e insecticidas que son extremadamente fuertes. Los hombres salen de las casas. Las mujeres quedan con los niños y niñas en las casas”. (María Ramona, Organización Cultiva, Paraguay)⁴

La mayor parte de los agrotóxicos afectan los sistemas hormonales y reproductivos de las mujeres. Hay estudios que revelan el impacto diferencial de los agrotóxicos en los cuerpos de mujeres, vinculados a desequilibrios hormonales (los llamados “disruptores endócrinos”) y determinados cánceres (de útero, de mama). Muchos de los agrotóxicos causan, simultáneamente, enfermedades crónicas como cáncer, leucemia u otros trastornos endócrinos, a la vez que malformaciones y abortos.

Un estudio realizado en Mato Grosso, Brasil, revela la contaminación de la leche materna por el crecimiento del agronegocio. Se señala⁵:

“Se encontraron variadas sustancias contaminantes en la leche humana, que tienen efectos adversos sobre el sistema reproductivo y hormonal, pudiendo inducir el aborto y otras enfermedades”.

Se profundiza la división sexual del trabajo. Las mujeres como cuidadoras: La división sexual del trabajo hace que los daños del modelo del agronegocio al conjunto de la vida familiar signifiquen sobre-explotación de las mujeres en su rol de cuidadoras de la vida y en los trabajos precarios a los que acceden. La división sexual del trabajo, genera la invisibilidad tanto del trabajo en la casa de las mujeres, como de los trabajos productivos de cuidados de animales, de las huertas, intercambio de alimentos, etc.. Por un lado el trabajo es invisible, pero este trabajo invisible se ve recargado porque hay más familiares afectados/as en su salud, en su posibilidad de trabajar, y las mismas mujeres quedando en la casa están más expuestas a las fumigaciones. Las tareas domésticas relacionadas al trato del agua, lavado de la ropa de la familia, y particularmente la ropa de los varones que trabajan aplicando agrotóxicos, amplían los riesgos para las mujeres.

Migraciones a las ciudades de las mujeres campesinas: Una de las mayores consecuencias es el desplazamiento forzado de mujeres campesinas que llegan a las ciudades o migran a países vecinos o europeos, exponiéndose a diversas formas de violencia, como la trata con fines laborales o sexuales, o están obligadas a sobrevivir en empleos precarios y sobreexplotadas. Muchas de las mujeres migrantes tienen como única opción laboral el trabajo doméstico, o son víctimas de la explotación sexual.

Hacia un feminismo indígena, comunitario, campesino y popular: Asegurar el enfrentamiento a los despojos del territorio tierra y del territorio cuerpo, es parte de la formación de los feminismos en el Abya Yala, con un carácter antipatriarcal, clasista, anticolonial, antirracista, comunitario y anticapitalista. La organización de las mujeres originarias, negras, quilombolas, campesinas, trabajadoras, migrantes, mujeres que habitan villas y favelas (desplazadas por la avance del agronegocio), es fundamental para poder enfrentar las políticas de muerte, destrucción de la naturaleza y desarticulación de las comunidades.

Dicen las mujeres campesinas de la CLOC: “La lucha por la emancipación de la mujer debe ir de la mano de la lucha para acabar con la propiedad privada, por el derecho a la tierra y el territorio, por la reforma agraria, contra las transnacionales, contra los transgénicos, contra los plaguicidas, por el fin de las mineras, etc.”⁶

La feminización de la resistencia al agronegocio, y los procesos de formación feminista, son claves para que puedan crearse y fortalecerse las semillas no transgénicas de estos feminismos.

Este artículo es parte del proyecto *Atlas del agronegocio transgénico en el Cono Sur*, realizado con el apoyo de Misereor en abril del 2020.

Notas

¹ Rural Women’s Day, “Facts on rural women”, disponible en: www.rural.womens-day.org

² Centro de noticias ONU, “FAO aboga por mayor acceso de las mujeres a la tierra en América Latina y el Caribe”, 10 de agosto de 2015, www.un.org/spanish/News/story.asp?NewsID=33015#.VrO3ltLhBdg

³ Mujeres y soberanía alimentaria. Voces de mujeres rurales del sur. (2011). Publicado por Amigos de la Tierra Internacional. Recuperado de: (www.mujeresenred.net/IMG/pdf/mujeres-y-soberania-alimentaria.pdf)

⁴ Ver referencia 2.

- ⁵ DCA PALMA,. Agrotóxicos em leite humano de mães residentes em Lucas do Rio Verde – MT. Dissertação de Mestrado, 2011. Programa de Pós-Graduação em Saúde Coletiva para a obtenção do título de Mestre em Saúde Coletiva – Universidade Federal do Mato Grosso (UFMT).
- ⁶ Feminismo campesino y popular. Debate Asamblea de Mujeres. CLOC. En:<https://viacampesina.or/es/feminismo-campesino-y-popular-debate-asamblea-mujeres-cloc/>



Fotografia: Rodolfo González Figueroa



Fotografía: Oswaldo Ruiz

La memoria de un futuro campesino

RAMÓN VERA-HERRERA

GRAIN

La devastación acumulada es hoy vertiginosa y su proceso de destrucción permanente. El modo industrial del capitalismo altera con violencia los ritmos y escalas de los procesos de la vida. Ese modo de aventurar soluciones, una especie de monopolio industrial del entendimiento, impide que la gente imagine y entienda otras soluciones alternas, profundas, vastas, viables y más afines a la creatividad social.

Capital y poder encarnan el mismo fenómeno: la acumulación de procesos, conocimientos, *know-how*, dinero, relaciones, en provecho propio y a costa de todos los demás, sin consideraciones y sin asumir responsabilidades. Uno de sus controles inmediatos es la privatización ilimitada: todo lo que antes era un bien o un ámbito común —de la tierra, el agua, el bosque o las semillas a los servicios, la educación, la investigación científica, los grandes conglomerados de producción alguna vez estatales, pero incluso la policía, el ejército, la ayuda al desarrollo, los medios de comunicación mundiales, los circuitos de informática que mueven dichas comunicaciones. La vorágine de concentración es tan extrema que hoy son un puñado las compañías que controlan el mundo.

Hay una nueva invasión de los territorios donde desde tiempos inmemoriales se asientan los pueblos originarios y campesinos. Se preda todos los recursos naturales y cultivados posibles; se barre con los modos de vida que cuestionen, resistan y defiendan el mundo de la voracidad de las empresas. Se expulsa a millones de familias que terminan viviendo en los cinturones de miseria de las ciudades para servir de mano de obra frágil, desprotegida. Al arrancar a los humanos

de los territorios con los que se cuidaban mutuamente, se deshilan tejidos complejos de relaciones vivas y se borran los saberes que los hacen posibles.

El crecimiento urbano y la fragmentación de los espacios sociales que conlleva tal migración son un efecto concreto de la devastación del campo, y la urbanización desmedida que le sigue está creando problemas de sustentabilidad irremontables para el medio rural y por ende para la ciudad.

Pero el crecimiento de las ciudades es visto como algo inescapable y se fomenta. Según el Fondo de Población de Naciones Unidas, desde 2008 por primera vez en la historia, de los 7 700 millones de habitantes, más de la mitad de la población mundial, 3 900 millones de personas, vive en áreas urbanas. Se calcula que serán 5 500 millones hacia 2030. Según la agencia, tan sólo en África y en Asia “un millón de personas llega a vivir semanalmente a las ciudades”.

Como el espacio está fragmentado, nada conecta, nada fluye, todo es obstrucción, porque lo único permitido para que fluya es la mercancía, el dinero o la promesa de cualquiera de ellos.

Así vamos borrando nuestro entendimiento del mundo como flujos, tejidos, relaciones, procesos. Todo se vuelve cosa, objeto, se homogeniza, se estandariza, se certifica, se sanciona. Como las decisiones las toman otros, en otro tiempo, en otros espacios, son “impertinentes”, pero su impertinencia se impone por la fuerza y se criminaliza que alguien la cuestione o la resista. La gente queda fuera de las decisiones, o fuera de los cuerpos sociales que las podrían hacer posibles y fructíferas. Entonces lo sancionado, aunque sea inútil, se vuelve norma y se acumula como proceso inútil, que también es impuesto.

Las empresas-gobierno han llegado a un punto brutal de vaciamiento de lenguaje. Lo que dicen no corresponde para nada con lo que ocurre y los términos dejaron de ser confiables. Las palabras no tienen relación con los actos, ni éstos con sus consecuencias. Proliferan los mecanismos complejos de copación, corrupción, y violencia de baja y gran intensidad. La represión cotidiana contempla asesinatos, desapariciones, encarcelamiento, marginación, señalamiento, exclusión.

Pero no es pertinente quedar atrapados en una línea histórica que acaba por ser muy roma y achatada. Buscamos ir tejiendo todas las líneas históricas que se van entrelazando. A partir del entrelazamiento tenemos la posibilidad única de entender lo que está ocurriendo. El mundo es más complejo, más entretejido. No podemos tener una sola narrativa.

Una de las puntas del entretejido es el relato de la agricultura. Desde la segunda mitad del siglo XIX la humanidad se encamina a una riesgosa pérdida de la biodi-

versidad agrícola que afecta no sólo a las especies cultivadas sino a sus variedades silvestres.

Que las corporaciones agroalimentarias nos impongan la tendencia a usar un número limitado de especies agrícolas defendiendo un modelo agrícola industrial centralizado que busca altos rendimientos, conduce a un aplanamiento genético de las semillas. Todas las crisis concomitantes conjugadas deben responder desafíos pendientes si ha de vencerse ese empobrecimiento genético tan rampante. Tenemos que volver a preguntarnos por qué son importantes la diversidad biológica y nuestro ancestral cuidado de las semillas, cuando se desploma la resistencia a las enfermedades, cuando mueren polinizadores, incrementa la población y se despliegan falsas soluciones que dicen que le darán de comer a la mayoría de la población sin comprender que eso ya lo hacen las redes y tejidos campesinos-indígenas.

Los marcos regulatorios que impulsan gobiernos y empresas golpean a la gente, le imponen más carga, destruyen los vínculos entre la gente y las semillas, y entre la gente, sus actividades y sus cuidados ancestrales. El embate corporativo busca marginar la agricultura independiente.

Hay varios relatos que confluyen para tener un efecto directo sobre cómo nos alimentamos, qué posibilidad tenemos de alimentarnos, y de ser independientes, qué posibilidad tiene la gente que produce la comida de defender sus territorios, en primer lugar (gente que además son quienes desde siempre han estado en contacto con la naturaleza). Tales relatos nos permiten ver el horizonte completo de lo que tendría que ser la alimentación, de lo que tuvo que ser la labor creativa de la gente que empezó a producir alimentos y los producía para sí misma y después los empezó a producir para otros, en las cercanías de su comunidad. Era soberanía alimentaria —sin obedecer la consigna o responder al término “soberanía alimentaria”.

Entonces no había la necesidad jurídica de establecer una soberanía alimentaria; era la solución directa: de una serie de necesidades, urgencias y planteamientos surgía la pertinencia.

Esto se comenzó a ver hace unos 10-8 mil años en varias partes del mundo.

Aquí en Mesoamérica hay quienes disputan el encuentro con el maíz. No sería sensato llamarle la domesticación que “el hombre” hizo del maíz porque ésa es una narrativa torcida. Fue un encuentro de mujeres y hombres con el maíz y el maíz de alguna manera crió, prohijó, cuidó a los humanos y los humanos criaron, prohijaron y cuidaron al maíz: una crianza mutua.

También tenemos que reconocer los dos relatos divergentes del maíz. Recalcar sus diferencias. Buscando distinguirlas recurrimos al inglés donde es factible

distinguir entre las dos narrativas apelando al nombre del cultivo. Uno es el relato del *maize*, el maíz nativo que conocemos, y el otro es el del *corn* (el grano genérico), esa cosa industrial que de algún modo nos venden como maíz. Esas dos narrativas son tan diferentes que hoy más que nunca pesa su divergencia.

Dos líneas históricas que se entrecruzan, pero que en realidad son paralelas y a la vez opuestas totalmente.

La saga del maíz industrial comienza en laboratorios que producen semillas estandarizadas que se activan mejor sin “competencias” en un monocultivo extensivo saturado de agroquímicos, deslavando la tierra y estableciendo desiertos verdes. Expulsando gente de su tierra.

La saga del maíz nativo tiene que ver con la confianza y el cariño y es la relación de intercambio y resguardo de semillas ancestrales con las que se va conversando cada vez que se siembra y es el fruto de una conversación colectiva, interminable, siempre cambiante, de generación en generación entre el maíz y las comunidades.

Hoy también pesa el relato de lo que fueron las reformas estructurales que dieron pie a los tratados de libre comercio. Éstos desmadejaron, deshojaron, destrozaron infinidad de tejidos naturales, sociales, políticos, económicos. En un principio sirvieron de candado para que las reformas estructurales que arrasaron con la vida en el campo fueran inamovibles y al estatuir las se abrió el abanico de las devastaciones y los despojos que no terminan y que, al contrario, se recrudecen con los días.

En la corriente contraria de tales relatos—cual si fueran de otro planeta— el secretario de agricultura del anterior gobierno, Juan Calzada, y ahora el actual secretario de agricultura, Víctor Villalobos, y el “jefe de gabinete” o “vicepresidente” Alfonso Romo, pasan por alto los relatos anteriores, se desentienden de la historia de la alimentación humana, del trato con la gente que produce sus alimentos (y que durante diez mil años ha cuidado nuestra alimentación) y destinan a esta gente a servir de mano de obra.

Mano de obra, dicen, que va a regresar a los jóvenes al campo cuando en realidad los hunden en invernaderos a cuarenta y tantos grados, llenos de agroquímicos: trece, catorce horas. Y en esas trece o catorce horas sufren todas las vejaciones posibles para abaratar lo más que se pueda la producción de “berries” con las que van presumiendo por el mundo entero. “Berries” y brócoli, jitomates y pepinos y quién sabe qué tantas hortalizas de las cuales somos de los diez principales productores y exportadores.

No sorprende que a Juan Calzada nunca le hayamos escuchado la palabra “comida”, o “alimentos”. Siempre dijo: ganamos tanto, produjimos tantas

divisas. Estamos orgullosos de las exportaciones que produjeron tal cantidad de ganancias.

Y lo que tampoco se menciona nunca son los devastadores efectos de una guerra sostenida contra la subsistencia de los pueblos. Una guerra para provocar la precariedad que empuja a los jóvenes a ser mano de obra semi-esclava en los “grinjauses”, los invernaderos en jerga millennial.

Y es fundamental entender la guerra sostenida contra la subsistencia de los pueblos. Ésta es la base de la acumulación originaria (como lo plantearon Marx, Iván Illich y Jean Robert). Si no se quiebra la subsistencia de los pueblos no se puede establecer la acumulación originaria. Pero a la vez, se quiere ocultar esta relación y se culpa siempre de su condición a la gente misma.

Cuando se quiebra la labor creativa que producía alimentos, la gente se vuelve dependiente de quienes le pongan a trabajar en cualquier circunstancia. La libertad individual y colectiva quedan apabulladas.

Podemos establecer entonces otros dos relatos: uno que dice que es la agroindustria quien alimenta al mundo y otro que dice que quienes alimentan al mundo son los pueblos tan castigados, tan deshabilitados, tan arrinconados, tan prohibidos, tan despreciados, tan ninguneados, tan invisibilizados.

El Grupo ETC ha hecho un trabajo muy notable, en “¿Quién nos alimentará” (http://www.etcgroup.org/es/quien_alimentara), al igual que GRAIN, que ha confrontado esas dos narrativas en “Hambrientos de tierra”, www.grain.org/article/entries/4956 y entre ambos, buscan respuestas a la pregunta fundamental de quién alimenta realmente al mundo. Cuáles estrategias son cruciales para que remontemos el futuro hacia un periodo de estabilidad y certeza no sólo de si comeremos o no, sino de si podremos resolver con nuestros propios medios lo que más nos importa, y cómo lo lograremos.

Porque tenemos que responder sobre todo a la lógica de la pertinencia, de la importancia que pueda tener para diversos grupos humanos resolver nuestra propia alimentación. Seamos pueblos originarios, comunidades campesinas o la comunidad urbana. Tenemos que buscar cómo darle la vuelta a las grandes industrias, cómo frenar al sistema alimentario agroindustrial global.

Este sistema agroalimentario industrial mundial es responsable de una buena parte de los gases con efecto invernadero que están provocando los aumentos de temperatura, pero también los alocamientos del clima. Ese caos climático. Y por esto en GRAIN se insiste en que no es un cambio climático, es un robo del clima: nos están despojando de las condiciones climáticas que teníamos. Un sistema agroalimentario industrial mundial que (desde el acaparamiento de tierras

hasta el supermercado, los restaurantes o las tiendas que le venden comida a la gente), establece cadenas que, sumadas en sus efectos, son apabullantes en sus repercusiones.

Tenemos que ejercer nuestra memoria e intentar abrir nuestras estructuras para aprehender una epistemología de campo, más que lineal, porque así son los mapas desde arriba. Un tramado de veredas que de pronto, cuando acercamos el foco y penetramos uno de tantos senderos, se iluminan las tramas. De regreso al macro se va enfocando un panorama mucho más denso y a la vez preciso que si vamos sólo por un caminito, pretendiendo que ese caminito lo refleje todo.

Es crucial que los centros de investigación independientes (que no necesariamente responden a los criterios de la Academia sino a ponerse al servicio de comunidades en lucha o resistencia) y los medios libres produzcan suficientes estudios e información que permita que las comunidades se defiendan de corporaciones, gobiernos y organismos internacionales. Tenemos que trabajar desde el nivel de base más profundo hasta el nivel más panorámico —porque es vital entender.

No basta proferir ideologizaciones panfletarias, sectarias o asépticas, que a fin de cuentas resultan normativas.

Diseñemos instrumentos, de todo tipo; imaginemos nuevas herramientas que impidan nuestra deshabilitación; que impidan el daño que nos ocasionan quienes buscan oprimirnos rompiendo nuestros vínculos, al volvernos dependientes, frágiles y desvinculados de nuestros motivos. Nos perdemos si nuestra imaginación es chata y consumista y nos rompen nuestra lucha por la subsistencia, y si nos erosionan nuestros modos de vida, nuestra emocionalidad y cariño comunitarios. No nos queda otra que trabajar en condiciones miserables para otros si nos vuelven lo suficientemente precarizados.

Es crucial nuestra relación con el mundo material, con la naturaleza. El pueblo anishinaabe en Estados Unidos insiste en que “no se trata de cuidar de la naturaleza, sino de constituirnos con la naturaleza actuando como una sola entidad”.

Esto es profundamente político. Cualquier apropiación es un desgarramiento, por más que nos insistan que nos protegen cuando se apropian de nuestras semillas, de nuestros saberes.

Los cuidados reales son vitales y están incrustados, enraizados en la cultura material de los pueblos y sus comunidades, pese a ser menospreciados o incluso perseguidos por los planificadores y los actores corporativos.

Nuestras herramientas liberadoras (investigación, información, reflexión colectiva, construcción colectiva del saber, organización, trabajo cotidiano integral realizado por toda la colectividad sin exclusión de nadie) deben tener la pertinencia

cia de encarar el universo de interacciones entre las comunidades y su entorno de subsistencia (enfrentadas a corporaciones, gobiernos y organismos internacionales). Tenemos que relacionar las comunidades, los movimientos, las luchas, las regiones.

Entre tanto, las corporaciones acuerpan un gran núcleo de sus ataques en esta guerra contra la subsistencia atacando el núcleo ancestral de una alimentación propia y buscan la privatización de las semillas y el monopolio de su intercambio o mercadeo.

Las semillas no son cosas que puedan salirse de su contexto más vasto y regional, de su tramado de relaciones. Son el resultado cambiante de miles de años de manejo colectivo y cuidados mutuos, comunitarios, y de los intercambios por canales de confianza que las dotan de una fortaleza en la diversidad.

Las semillas reflejan directamente estas relaciones. Son los nudos de muy diversos senderos, y el cruce de caminos de mucha gente que las sigue considerando la clave más antigua de una nueva vida —el potencial concentrado de una crianza mutua, un sustento mutuo, una soberanía alimentaria común y por ende una independencia material. No por nada tanta gente las considera sagradas.

La privatización de las semillas es una ataque directo a la posibilidad actual de contar con sistemas alimentarios independientes. Es una erosión directa de la biodiversidad. Cualquier privatización, cualquier control impuesto a la custodia de las semillas, a los intercambios libres y responsables, perturba la infinita transformación de la semillas, algo que atesora la agricultura campesina milenaria.

Toda patente, “derecho de propiedad intelectual” o de “obtentor”, incluidos los derechos sui géneris o los llamados derechos de propiedad intelectual “colectiva” buscan marginar a la gente de su uso y ejercer un control técnico-científico sobre transformación de las variedades, algo imposible, en el camino de apropiarse y acaparar las fuentes de la vida.

En el fondo de tal control se nos impone de nuevo deshabilitación, fragilidad, precariedad.

Las semillas modificadas genéticamente son una sofisticada escalada en el control: el rasgo genéticamente modificado impide la libre transformación de la semilla “invadida”, es como un grillete genético. Ese rasgo conlleva una etiqueta, que declara la propiedad intelectual de la empresa “inventora”: un código de barras genético.

El intento es imponer una erosión. Lastimar de muerte los sistemas de producción alimentaria independientes, mientras las empresas guardan reservorios genéticos como si eso pudiera sustituir las interacciones reales.

El ataque es tan fuerte que todo el sistema campesino se ve golpeado. La biodiversidad general y la vida entera de las comunidades resultan dañadas, porque se trata de un ataque fundamental a la subsistencia, a la posibilidad de producir nuestra propia comida, con nuestra labor creativa, con nuestros medios, recursos y herramientas. Y un empobrecimiento riesgoso de la diversidad que sustenta la existencia.

En India, y el continente africano, pero también más y más en América Latina, hay ejemplos de los resultados extremos que estas políticas conllevan. En India los programas de intensificación de cultivos y las semillas de laboratorio, los leoninos contratos, han provocado el suicidio de miles de desesperados campesinos. En África, el sistema es tan autoritario que hay países como Rwanda donde pretenden zonificar donde sí y dónde no cultivar ciertos productos. Hace unos años Paraguay sufrió incluso un golpe de Estado para beneficiar a las grandes corporaciones soyeras multinacionales y transgénicas.

En Europa hubo un momento en que, volviendo a los sistemas feudales, se impulsó que los nuevos “señores” le extrajeran un dinero a los agricultores mediante la inentendible contribución “voluntaria-forzosa” por el uso de semillas y otros materiales vegetales. Voluntaria porque el dueño de una supuesta variedad no puede demostrar que es la exacta suya, con lo que el agricultor contribuye “voluntariamente” para evitar líos, y forzosa porque el agricultor no puede demostrar que no es la variedad del patrón. Tal contribución implica un asentamiento de la relación feudal donde el agricultor tributa a los señores, dueños de la tierra y las semillas.

Se dice que más del 82 por ciento de las semillas que cambian de manos comercialmente tiene algún tipo de propiedad intelectual. Seis corporaciones tenían hace unos años 77 por ciento del mercado y hoy escasamente son tres que detentan 60 por ciento del mercado comercial de las semillas y 71 por ciento del mercado de agrotóxicos.

La biología sintética amenaza subsumir todos los esfuerzos agrícolas campesinos, todos los trabajos y saberes en unos pocos procesos de laboratorio que recrudescen la expulsión de gente del campo.

Los tratados de libre comercio van empujando a que todos los países entren al llamado acuerdo de la Unión para la Protección de Obtenciones Vegetales (UPOV) en su versión más actual, la del 1991. Los nuevos tratados como el RCEP en Asia, el TPP-11 en el Pacífico y el Eumeca o T-Mec entre México, Canadá y EUA, o el TMUEC entre México y la Unión Europea impulsan abiertamente la sumisión a UPOV 91.

Su articulado implica que las semillas se registren obligatoriamente y que cuenten con un certificado de que fueron adquiridas en una casa comercial industrial, propiedad de unos cuantos.

Uno de los aspectos más nocivos de UPOV y otras leyes, estándares y previsiones afines en más y más tratados “comerciales” es la criminalización de la custodia, el uso y el intercambio de semillas por canales libres, de confianza. Según éstas, cualquier semilla adquirida fuera de los canales aceptados, es pirata, con efectos de derecho penal: es decir, penas que van de las multas, el decomiso y la destrucción de la semillas hasta el encarcelamiento, lo que atenta contra el núcleo más importante de la autonomía personal y comunitaria actual.

Es un ataque contra una de las estrategias más antiguas de la humanidad. Pretenden volver ilegal el guardar tus propias semillas e intercambiarlas, una estrategia de subsistencia que le resuelve la vida a miles de millones de personas en el planeta desde hace por lo menos 8 mil años.

Las regulaciones, normas, estándares y patentes que promueven los tratados de libre comercio, además de las leyes de semillas privatizadoras, siguen avanzando. Todas las convenciones, las reformas constitucionales relativas a la biodiversidad, las leyes de semillas que se copian de país en país, los derechos de propiedad intelectual, las patentes y otros documentos que refuerzan el derecho privado a guardar, usar y comerciar con ciertas variedades, y no con otras, deviene en el corto plazo en un enorme monopolio de unas cuantas mega-empresas.

El mercado lo promueven también imponiendo paquetes tecnológicos que empatan semillas de laboratorio y agroquímicos; imponen los llamados programas de intensificación de cultivos, y una dependencia hacia sus previsiones, fórmulas e insumos, maneras de sembrar, contratos de asociación y su papel concreto en la “integración vertical” de la cadena de suministro.

Es un ataque directo contra las estrategias de sobrevivencia de las comunidades y desquebraja lo que han hecho por siglos. Como la gente no puede cumplir con tanta exigencia, se desploma su posibilidad de vivir de la tierra y termina emigrando, vaciando territorios de tal modo que las corporaciones y sus fondos de inversión los acaparan y los devastan sin miramientos.

Pero como las semillas no son cosas, sino complejos tramados de relaciones su transformación no puede frenarse por decreto. Así que las corporaciones necesitan garantizar que las comunidades no prevalezcan. Así, la “propiedad intelectual” necesita imponer sistemas de registro y certificación (de una cierta variedad “ideal” que supuestamente representa a la variedad). Esto es otro modo de erosionar el vasto universo de la semillas mediante unos cuantos ejemplos de su vastísima transformación potencial. En el largo plazo, estas regulaciones serán contraproducentes para sus promotores.

En otro punto del tramado de relatos, un reciente informe de GRAIN nos alerta de cómo las grandes compañías de carne y lácteos son las principales responsables de los gases con efecto de invernadero. ("Emisiones imposibles: Cómo están calentando el planeta las grandes empresas de carne y lácteos" www.grain.org/es/article/entries/6010). Según el informe, en su conjunto, las cinco principales corporaciones productoras de carne y lácteos del mundo, son actualmente responsables de un mayor número de emisiones anuales de gases con efecto de invernadero que Exxon, Shell o BP.

Hoy la ganadería genera más emisiones de gases con efecto de invernadero que todo el transporte mundial en su conjunto. No se trata del cuidado de animales de traspatio sino de la enorme industria de la carne y los lácteos, que además no sólo tiene grupos de presión que defienden sus intereses en los organismos internacionales sino que las industrias no reportan sus emisiones de gases, o las sub-representan al no incluir todas las emisiones de su cadena de suministro completa; todo aquello que va del acaparamiento de tierras y el cambio de uso del suelo al momento en que se venden los "alimentos" en los supermercados, las tiendas o los restaurantes.

Si además sumamos la saga negra de las granjas fabriles se complica todo aún más. Dice GRAIN en un reciente informe: "Las granjas fabriles deben considerarse una de las principales fuentes para la aparición de nuevos y peligrosos patógenos, incluyendo el coronavirus, junto a la deforestación y a nuestra invasión creciente de los hábitats de los murciélagos y otros animales silvestres. La gravedad de: la industrialización y la consolidación corporativa de la producción de carne generan mayores riesgos para la aparición de pandemias mundiales como la de Covid-19.

Como señaló el biólogo evolutivo Rob Wallace, "Cualquiera que intente comprender por qué los virus se están volviendo más peligrosos debe investigar el modelo industrial en la agricultura y, más en concreto, en la producción ganadera". En la actualidad, pocos gobiernos y pocos científicos están preparados para hacerlo" (ver: <https://grain.org/es/article/6438>)

Ese gran arco que va de un lugar a otro describe todos los procesos nocivos y por donde van golpeando en diferentes lugares; el gran arco suma paso a paso emisiones de gases con efecto de invernadero y devastaciones y despojos de diversa índole. Pensemos en la devastación de la deforestación, en el exilio de la gente que tuvo que ceder sus tierras, en la gran gama de agroquímicos con los que la agroindustria siembra para producir materias primas para la producción de alimentos procesados o para alimentar el ganado confinado que estará a disposición para la carne o los lácteos. Pensemos en el transporte y la dislocación que implica. En el

almacenado, la refrigeración, el empaçado, la distribución local y al menudeo, o su procesamiento y nuevo empaçado como productos envasados, enlatados, en paquetes o frascos.

Ante éste círculo vicioso de la agroindustria, nuestra visión tiene que ser integral. Defender las semillas, la tierra, la agricultura campesina, el bosque o el agua en abstracto es cosificar de igual modo que lo hacen las corporaciones. En nuestra relación con la naturaleza siempre hay una socialidad, un tramado de saberes que se refuerza mutuamente en la relación. Hoy, los teóricos quieren encapsular esa relación indisoluble llamándole “patrimonios bioculturales”, término problemático porque entraña de inmediato la idea de la monetarización y encapsula la complejidad de infinidad de relaciones actuales e históricas en un solo letrado que facilita su acaparamiento y privatización.

Debemos entender cuál es la relación entre el acaparamiento de tierras, el cambio de uso del suelo, la deforestación, la imposición de métodos industriales de agricultura, las semillas de laboratorio (con sus leyes y protecciones nocivas), el envenenamiento del entorno general con sus insumos agrotóxicos (incluidos el agua, el aire, los suelos, los animales, las plantas y las comunidades), la erosión de las estrategias de subsistencia: impedir que la gente resuelva por medios propios lo que más le importa implica la destrucción de la mirada propia, del carácter propio, de la atención puesta en la reproducción propia. Esto supone la expulsión de millones de personas, su marginalización, el crecimiento de las ciudades y la invasión de proyectos extractivistas en los territorios vacíos.

El círculo vicioso no parece tener fin. Sobre todo cuando todas las regulaciones —los tratados de libre comercio, las normas de sanidad alimentaria, los programas y contratos que ligan empresas y agricultores individuales o colectivos— van minando, destruyendo, deshabilitando, descorazonando, erosionando el carácter, el empeño, la mirada, la imaginación para seguir ideando nuestras propias herramientas.

Necesitamos frenar estas iniciativas. Cuestionar la nueva ley de desarrollo agrario que refuerza los impulsos privatizadores de las legislaciones energética, minera y de aguas, y todas las políticas públicas agrícolas individualizantes, por más que se disfracen de “sustentabilidad” o de estar “Sembrando vida”.

Las comunidades no se piensan dejar. Van teniendo clara la ofensiva. Hay una convicción comunitaria, y saben qué cuestiones necesitan no olvidar. Su legado sagrado es cuidar las aguas del cielo y de la tierra. Defender sus montes, porque todas estas pretensiones normativas son un atentado contra la autonomía.

Todo esto, ni siquiera se consulta, ni tiene una alerta más clara que nos resalte la urgencia de combatir estas normatividades.

Los peligros aparentemente varían de país en país, pero en realidad podemos emparejar muchos de estos riesgos inminentes, estas lógicas enloquecidas: Estados Unidos, México, Guatemala, Haití, Honduras, El Salvador, Costa Rica, Colombia, Bolivia, Venezuela, Ecuador, Argentina, Paraguay, Uruguay. Brasil entró en un régimen del horror, pero no lejos están los gobiernos “progresistas” de México y Argentina. En Canadá el gobierno y las corporaciones se enseñorean y transgreden los derechos territoriales, con el fracking y la búsqueda del gas shale.

Un asunto de fondo, con su torrente de futuro, es entender que una agricultura campesina no implica sólo cultivar alimentos. Como bien lo saben en los pueblos originarios de todo el continente, hablamos de cuidados detallados y cotidianos que pasan por la recolección, la caza, la pesca, el cuidado de animales de traspatio, la selección, custodia e intercambio de las semillas, y la infinidad de detalles vinculados con el aire, el clima, el agua, los signos de la luna, la cosecha de agua, el manejo ancestral de los equilibrios, y los quehaceres cotidianos más pasados por alto, desde limpiar y barrer, lavar, tender camas, cocinar, coser, remendar, hacer prendas, atender a quien enferma, reflexionar con las demás personas, restañar a quien sufre, y buscar entender juntas y juntos, cuidar la seguridad de la familia y la comunidad, luchar por la justicia, implicarnos en lo urgente y lo importante. Cuidados de todo el año.

Estos detalles a lo largo del ciclo anual, van tejiendo un sentido de responsabilidad que reconstituye el carácter, impulsa nuestro sentido de responsabilidad hacia las demás personas con quienes convivimos, y sobre todo, nos recupera la necesidad de defendernos contra los ataques a nuestra integridad.

Son mucho más de 1 400 millones de campesinos en el mundo que el capital sigue empeñado en someter a las leyes del mercado, sustituyendo sus cuidados agrícolas por técnicas industriales, siempre intensivas [que violentan la escala de los modos ancestrales de trabajo campesino y de los ciclos de vida de los cultivos].

Las corporaciones buscan que tantísimos millones dependan totalmente de las empresas productoras de semillas y agrotóxicos que les excluyen dejando todo en manos de técnicos ajenos, de transportes ajenos, de canales de comercialización con reglas de operación infranqueables. Y que los consumidores finales estén presos de un sistema de distribución que impone en los hechos una disponibilidad de ciertos productos, en este caso productos comestibles procesados vía supermercados, tiendas de conveniencia en los barrios, y otros canales de venta al menudeo.

Como esto les secuestra muchos de los procesos y relaciones que ejercieron de manera independiente durante siglos, para los campesinos el esquema se

vuelve inviable y terminan siendo expulsados de sus tierras o engrosando la cifra de suicidios por la agricultura (más de 130 mil anuales en a India). Según palabras de Christiane Lambert, vicepresidente de la Federación Nacional de Agricultores Unidos (FNSEA), “Un agricultor francés se suicida cada dos días”. O lo que es lo mismo, casi 600 agricultores al año acaban con su vida, según los activistas del sector. (Ver Marc, Casanovas, “los suicidios en el campo son una epidemia casi desconocida en todo el mundo”, noviembre de 2016, /www.playgroundmag.net/food/agricultor-suicida-dias-Francia_0_1859214086.html)

No importa el modo, parecen decir las empresas, lo importante es que se hagan a un lado y le dejen campo libre a la agricultura industrial, cada vez con menos trabajadores en los campos, y se vuelvan trabajadores en lo que sea, con tal de que ahora en vez de producir creativamente se sometan a un trabajo explotado, y en muchos casos esclavizado, consuman, y gasten.

El número de migrantes alcanza ya la cifra de 258 millones de personas, forzadas a viajar llevando su casa (y su visión, sus saberes, su sentido del amor y la fraternidad) a cuestas, según datos de Naciones Unidas de fines de 2017. Son más de mil millones los hambrientos. ¿Y la gente desaparecida, asesinada, enferma, intoxicada, afectada por la devastación que implican el envenenamiento o la mutación? ¿Cómo se mide la explotación y la represión?

Invisibles aún hace veinte o treinta años, el horizonte de las luchas se hizo más vasto y diverso que nunca antes. La figura total comienza a hacer sentido gracias a una visión del abajo, surgida de las comunidades rurales y las barriadas urbanas que sufren el embate completo del capitalismo. Y es que la globalización (junto con su control brutal, su concentración extrema, su arrasamiento de las relaciones, su invasión de todos los ámbitos y su violencia hacia la diversidad, y su violencia generalizada y cotidiana) también facilitó, inesperadamente, un panorama que antes no teníamos. La gente pensaba que sufría sola las condiciones de devastación, saqueo y opresión: que su lucha era única, que su historia era única. Pero todas las historias están relacionadas. Todas las luchas están relacionadas. Saber que otras personas sufren y luchan contra las mismas condiciones ha fortalecido un modo de pensar, actuar y vincularnos con mayor perspectiva, lo cual renueva nuestros ancestrales modos de lucha y procrea nuevas estrategias para organizarnos.

Ahora es más difícil e inoperante ejercer la verticalidad central en una cúpula (aunque en algunas organizaciones y partidos lo sigan practicando, y promoviendo el sectarismo y sus culpógenas traiciones mezquinas) porque ahora es más común el pensamiento horizontal (construir saber en colectivo), buscar los vínculos

directos con otras personas, en diálogo. Más y más gente busca la relación directa y se brinca las mediaciones.

Hay la urgencia por tener y entender el panorama completo de cómo es que las corporaciones, los gobiernos y los operadores locales mueven en lo real y a todos los niveles sus hilos y esquemas (ahora reforzados por traductores a los idiomas regionales que el propio sistema echa a andar). Urge también entender cómo es que los efectos de estos actores interactúan provocando enormes impactos, devastaciones, crisis y catástrofes interconectadas.

Documentar y entender los detalles de ese enorme edificio de mediaciones, regulaciones y políticas (que nos impide tomar nuestras propias decisiones y las secuestra sacándolas de nuestro entorno inmediato), hace que los ávidos de información nos reunamos en talleres, asambleas, seminarios y encuentros. Y que ahí compartamos experiencias, ejerzamos una formación continua y libre con otros en igualdad de circunstancias, e intentemos identificar, juntos, causas, fuentes, problemas, obstáculos e interconexiones.

Hoy es común pensar el mundo en su flujo perpetuo de ideas y mercancías, pero también en el perpetuo fluir de multitudes. Comunidades enteras van y vienen, emigran y regresan, inmigran y se van —fluyendo entre campo y ciudad y de un país a otro. La gente busca entonces entender las relaciones campo-ciudad, con todos sus metabolismos, y la urgencia de retejer comunidad en las urbes. Esto, interrumpido por la pandemia no sabemos dónde va a desembocar. Pero igual debemos dejar de invisibilizar los procesos por los cuales la gente se marcha, o la gente llega a un país particular.

El lenguaje actual termina borrando a emigrantes e inmigrantes al tildarlos de “migrantes”, cual si fueran personas que se mueven por el mundo sin más razón aparente que “una libertad individual y colectiva”, casi despojándolos de una historia que lo es todo para entender sus causas profundas. En términos de derecho internacional, es crucial regresarles su identidad, una que se construye historiando desde abajo razones y procesos de despojo y devastación, de hostigamiento, que están en marcha y que les expulsan.

Muchas comunidades y pueblos van entendiendo también que los Estados los siguen excluyendo (sean de izquierda o derecha) y que con legislaciones (nacionales e internacionales) favorables a las empresas pretenden saquear de nuevo sus territorios, sus tierras, sus semillas, su agua, sus minerales, su petróleo, sus saberes, sus gentes, y controlar los más sistemas posibles a nivel mundial, empezando por el alimentario que es tal vez el más básico y profundo. Y como además todo es un cochinerito, todo está puesto en componendas que el propio Estado

y su gobierno promueven al punto de configurar un modelo amorfo y fluido de criminalidad como moneda de cambio nadando en un caos programado que hace la vida ilegible en muchas regiones, la gente comienza a desprenderse de la convicción de responderle a un Estado que los traiciona a diario.

Por tanto, con leyes o sin leyes, los pueblos, naciones y tribus, las comunidades locales, refuerzan el control autónomo de sus territorios, proponen autogobiernos y democracia directa con el fin de resistir las enormes invasiones y explotaciones corporativas, resistir los esquemas, programas, proyectos y corrupciones que los gobiernos municipales, distritales, estatales y el nacional les imponen mediante disposiciones y persecución.

Para estas comunidades la autonomía más fundamental y primordial es producir los alimentos propios con sus semillas ancestrales libres, recurriendo a la ganadería propia y en pequeño, recolectando fruta, moras, vainas, insectos hongos, ejerciendo una pesca artesanal, re-equilibrando los flujos y nacientes del agua, y ejerciendo una cacería equilibrada; es decir, habitan plenamente su soberanía alimentaria y piensan, deciden, laboran, sueñan y celebran juntas, sin pedirle permiso a nadie.

No mencionamos aquí los nombres de las comunidades que ya buscan todo esto, para que no se les antoje a las corporaciones y al gobierno ir a entrometerse. Su invisibilidad es importante todavía.

Siempre decimos que desde la milpa se ve el mundo entero por una razón muy tremenda que es: en la milpa se sienten todos los ataques, todos estos efectos nocivos de todos estos procesos. La gente los vive, los siente, los ubica y está tratando de resistir. Ahí se vuelca toda la devastación y el despojo y el desmadramiento —en el sentido literal de “desmadrar”, es decir, sacar de madre, sacar de cauce, desenraizando. Eso que Karl Polanyi llamó la Gran Transformación del Mundo. El proceso por el cual todo se desenraizó y se desmadró. Hay quien lo describe como una desincrustación. Los procesos dejaron de girar en torno a una vida cotidiana en corto y se deshilaron por el mundo en eso que ahora llamamos globalización. El vaciamiento del sentido de todo aquello cercano y mutuo, y que ocurre en la vida cotidiana.

Debemos desobedecer los dictados de esa industria que con violencia rompe las escalas naturales en que ocurren los procesos que nos importan. Comenzar a reparar cada eslabón de esa avalancha de devastaciones y despojos.

Necesitamos promover un control propio sobre nuestras propias herramientas, sobre nuestras propias fuentes de subsistencia, como las semillas: clave pro-

funda de la producción propia de alimentos y corazón de la autonomía como proyecto.

Respaldemos los sistemas alimentarios propios, tradicionales y contemporáneos impulsando la custodia y el intercambio de nuestras propias semillas campesinas ancestrales. Defendamos y promovamos territorios propios y un autogobierno desde abajo, respetuoso de sus propias maneras. Hagámonos cargo entre todas y todos de la integridad de mujeres, hombres, niñas y niños, y de la diversidad profunda de los seres humanos.

Esa autonomía y esa integridad podríamos lograrla si promoviéramos en los hechos soberanía alimentaria. Ésta es una herramienta dúctil si la entendemos como la labor creativa de hacer florecer el monte para que se plene de alimentos al tiempo que se cuida y se potencia la plenitud y fertilidad de suelos, bosques, aguas, y "serpientes de agua": es decir de los vínculos de los humedales en el monte, bosque, manantiales, arroyos, ríos, mantos acuíferos, mares y lluvias. La clave es que cultivemos un equilibrio entre nosotros y lo que nos potencia, potenciándolo.

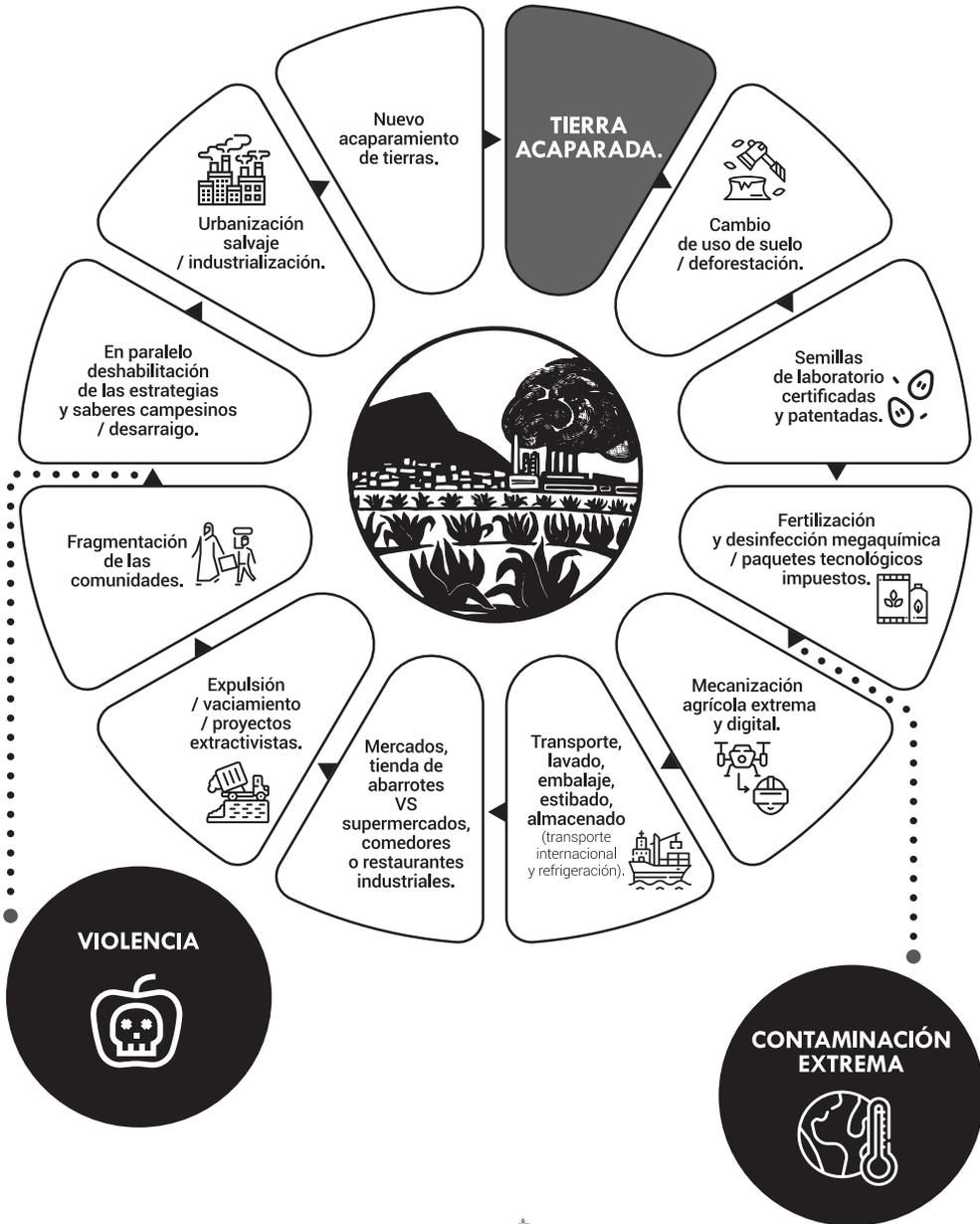
Pero no es factible sólo hacer remiendos. Tiene que ser total la reparación. Es decir, cambiar la narrativa implícita, y como tal el proceso real que conlleva. Mientras sigamos en estos procesos de muerte, las narrativas sólo podrán ser de muerte.

Las transformaciones tendrán que ser radicales y no sólo programitas de autosuficiencia alimentaria y paquetes de semillas "mejoradas", o en defensa de un maíz "criollo" gourmet.

Por lo pronto, comenzar a hacer memoria de nuestra historia propia de certezas y logros inmemoriales.

Este texto retoma de "Devastaciones y cortos circuitos" (febrero de 2018), "Desencuentro vital" (abril de 2018), "La memoria de nuestros logros inmemoriales" (agosto de 2018) y "La integridad de las semillas y la vida campesina" (marzo de 2019), todos aparecidos en Desinformémonos.org. No habría sido posible sin abreviar de todo el trabajo de sistematización de más de 30 años de GRAIN. Las argumentaciones son centralmente reflexiones de dicho colectivo del que soy parte.

El círculo vicioso de la agroindustria



DIBUJO CENTRAL: RINI TEMPLETON





Fotografía: Graciela Iturbide

CAPITULO IV

Necesidades y equívocos alimentarios.

La lucha por el maíz
y contra la chatarra



Fotografía: Oswaldo Ruiz

Hay tiempo, pero es urgente y posible detener los transgénicos

ADAZAHIRA CHÁVEZ Y CAMILA MONTECINOS

En México, dice Camila Montecinos, lo primero que hay que considerar es que ya hay un proceso de los pueblos para detener a los transgénicos que es importantísimo. Aunque no se ha logrado totalmente, es fundamental porque si no existiera, el desastre sería absoluto. El segundo aspecto a considerar es que la contaminación es reversible porque todos los cultivos son producto de los pueblos campesinos del mundo.

Son una construcción colectiva que te permite conocer tu cultivo y cuidarlo. En México, sin necesidad de un producto clínico o un análisis que les dijera que estaba contaminado, la gente aprendió qué es lo que venía contaminado y lo que no. Son esos mecanismos colectivos los que debemos fomentar para que la gente proteja sus cultivos, impida que se contaminen más y logre sanarlos.

Esa es la diferencia entre un transgénico y un cultivo contaminado. Un cultivo contaminado está enfermo; no hay que botarlo, hay que protegerlo y cuidarlo hasta que recupere la salud. En Argentina y Brasil, a pesar de la invasión transgénica, existen pueblos que mantienen sus cultivos, y hay un conocimiento y un proceso colectivos que permitirán defenderlos.

Ahí la marea es tan terrible que son verdaderos bolsos de resistencia, no como la resistencia masiva que se ve en México. Detener ahí los transgénicos también es urgente. Debemos parar el ingreso de transgénicos porque si no, la enfermedad cundirá y, aunque sea reversible en algún mo-

mento, puede causar un verdadero desastre. Hay que impedir que la enfermedad se continúe inoculando.

La riqueza y la salud de los cultivos es una obra de muchos años, pero es una obra que no está terminada. Por lo tanto, el proceso de recuperar vida siempre es posible. Cada vez que se promueve que la gente converse, comparta sus conocimientos y vuelva a la milpa, ese conocimiento resurge. Se ve en la agricultura urbana. Esa gente ya se urbanizó y “no sabe”, ¡y resurge ahí el conocimiento!

Ese proceso es el que hay que fomentar, pero no podemos admitir que se nos pida esa carga permanentemente, porque mientras se sana por aquí, se enferma por allá. Ahí es donde hay que parar el crimen, que está en la contaminación. En las conversaciones de la Red en Defensa del Maíz de México, cuando las comunidades conversaban acerca del qué hacer, llegaron a la conclusión de que la pelea es eterna.

Eso me cambió el universo

Cuando dices que tu pelea es eterna, te cambia la forma en que enfrentas esa lucha. Si dices: hay que pelear para que mañana suceda tal cosa, siempre el tiempo está en tu contra; con los plazos inmediatos te empiezas a preguntar si cumplimos con el plazo, si alcanzamos a hacer esto y lo otro, si llegamos a tiempo para tal cosa.

Y ahí estamos fritos, porque en la carrera contra el tiempo vamos a perder tarde o temprano. Cuando dices que es para siempre, la elaboración cambia porque reflexionas qué hemos hecho ya, que más nos queda por hacer, y el tiempo está a tu favor porque te permite hacer cada vez más cosas. Hay tiempo, pero eso no significa que no sea urgente porque la enfermedad puede causar estragos. En esa perspectiva vamos a ganar.

<http://desinformemonos.org>

19 de mayo de 2013.

Libre comercio y la epidemia de comida chatarra en México

GRAIN

Hace varios años que las compañías transnacionales de alimentos entendieron que los mercados primordiales para su crecimiento están en el Sur global. Para incrementar sus ganancias necesitan "hurgar en la pirámide", como lo pone una corporación, es decir desarrollar y vender productos destinados especialmente a los millones de pobres en el mundo. Gente que se mantiene con alimentos locales producidos por ellos mismos y mediante mercados informales que les proveen de un sustento propio.

Alcanzar a estos consumidores potenciales implica que las corporaciones alimentarias inunden y se apoderen de los canales tradicionales de distribución, y reemplacen los alimentos locales con comida barata, procesada, chatarra, muchas veces con el respaldo directo de algunos gobiernos. Los acuerdos de libre comercio e inversión son un factor crucial en este proceso de acaparamiento, sustitución y mayores ganancias. El caso de México nos arroja un retrato crudo y oscuro de las consecuencias que esto entraña.

Desnutrición, inseguridad alimentaria y "diabesidad" en México. En México, la pobreza, el hambre, la obesidad y las enfermedades, van juntas. La gente no sólo lucha por pagar la comida suficiente para sobrevivir; muchos de los alimentos que ingiere la enferman.

En 2012, el Instituto Nacional de Salud Pública de México publicó los resultados de una investigación nacional relacionada con la nutrición y la seguridad alimentaria conocida como Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (Ensanut)¹ El estudio de Ensanut se basó en la llamada Escala latinoamericana y Caribeña de Seguridad Alimentaria, para medir el consumo de menos de lo requerido para una vida

sana y activa.² Los resultados dejan claro que esta problemática es mucho peor de lo que se reconoce. Veamos las tablas 1, 2 y 3.³

Tabla 1
Inseguridad alimentaria en México

Inseguridad alimentaria severa %	Inseguridad alimentaria media %	Inseguridad alimentaria leve %	Total %	Población total
10.5%	17.7%	41.6%	69.8%	100%
			78.5 millones	112 millones

Fuente: Ensanut

Tabla 2
Número de niños menores de 5 años que sufre variantes de la desnutrición, de una población total de 11 millones

Desnutrición crónica	Bajo peso	Emaciación aguda desnutrición	Sobrepeso	Anemia	Total
1.5 millones	0.3 millones	0.2 millones	1 millones	2.1 millones	5.1 millones

Fuente: Ensanut

Tabla 3
Número de adultos con sobrepeso y obesos de más de 20 años

	Sobrepeso	Obesidad	Total
Hombres	22.5 millones	8.7 millones	31.2 millones
Mujeres	26.1 millones	13.4 millones	39.5 millones
Total	48.6 millones	22.1 millones	70.7 millones

Fuente: Ensanut

El informe de Ensanut encontró que de 1988 a 2012, la proporción de mujeres con sobrepeso con edades de entre 20 y 49 años había incrementado de 25% a 35.5% y las mujeres obesas en este grupo aumentaron de 9.5% a 37.5%.⁴ Un asombroso 29% de niños mexicanos de entre 5 y once años tenía sobrepeso, al igual que 35% de los muchachos de entre 11 y 19, mientras que uno de cada diez niños en edad escolar sufría de anemia.

El nivel de diabetes en México también preocupa. La Federación Mexicana de Diabetes afirma que entre 6.5 millones y 10 millones de personas sufren de

diabetes en México y que por lo menos dos millones de ellas no lo saben. Un 7% de la población mexicana tiene diabetes. La incidencia crece 21% para la gente entre 65 y 74 años. La diabetes es la tercera causa de muerte en México, directa o indirectamente. En 2012, México ocupó el sexto lugar mundial en muertes por diabetes. Para 2025, dicen los expertos, habrá 11.9 millones de mexicanos con diabetes.⁵

La obesidad y la diabetes funcionan juntas; su interacción es tan fuerte que ya emergió un nuevo nombre: "diabesidad".

"La diabetes asociada a la obesidad es un grave problema de salud para México y su costo total en nuestro país pasó de 2 mil 970 millones de pesos en 2003, a 8 mil 836 millones de pesos en el 2010, un aumento de más de 290% en sólo siete años", señaló Alejandro Calvillo, director de la organización El Poder del Consumidor. "De acuerdo a la Unidad de Análisis Económico de la Secretaría de Salud, se estima que el gasto total para la atención del sobrepeso y obesidad en nuestro país puede crecer de casi 80 mil millones de pesos que se necesitan actualmente a más de 150 mil millones en 2017", dijo también.⁶

Estos datos no se pueden explicar diciendo: "la gente come diferente porque tiene más posibilidades y opciones", como sugieren algunos relatos. La realidad es que ciertos alimentos le son impuestos al país, mientras que los alimentos que la gente cuidaba y producía según sus tradiciones y necesidades reales se vuelven más y más escasos.

El efecto TLCAN. Los varios tratados de libre comercio que México ha firmado a lo largo de los últimos veinte años han tenido un fuerte impacto en los sistemas alimentarios del país. Tras su misión a México en 2012, el entonces Relator Especial para el Derecho a la Alimentación, Olivier De Schutter, concluyó: "Las políticas comerciales que operan actualmente favorecen una dependencia mucho mayor de alimentos muy procesados y refinados con larga vida en anaqueles en vez del consumo de alimentos más perecederos y frescos, en particular fruta y vegetales... La emergencia de sobrepeso y la obesidad que enfrenta México pudo haberse evitado, o en gran medida mitigado, si las preocupaciones de salud ligadas a dietas cambiantes se hubieran integrado al diseño de las políticas".⁷

La liberalización de la inversión provocada por estos acuerdos o tratados es una fuente del problema tanto como los aspectos comerciales.

Según Corinna Hawkes, los instrumentos del TLCAN están, de hecho, impulsando aspectos cruciales, clave, que modelan el tipo de integración económica que impulsan los socios poderosos: "deslocalización de la producción y comercio

global de la comida; inversión directa en el procesamiento de alimentos y un cambio en la estructura del menudeo (es notable el advenimiento de los supermercados y las tiendas de conveniencia); la emergencia de las agroempresas globales y las compañías alimentarias transnacionales; la profundización de la promoción y publicidad global de los alimentos”.⁸ Los instrumentos del TLCAN también promovieron el desarrollo de reglas e instituciones globales “que gobiernan la producción, el comercio, la distribución y la mercadotecnia de los alimentos”, y “la compra de productos y servicios de marca”, algo que crea “incentivos para que las transnacionales alimentarias crezcan mediante integración vertical y dislocación”.⁹

El TLCAN requirió que México aplicara un trato igual a los inversionistas internos y a los extranjeros, al eliminar las reglas que impedían que los inversionistas extranjeros mantuvieran más del 49% de una compañía. También prohibió la aplicación de ciertos “requisitos de desempeño” como el de un mínimo de contenidos nacionales en la producción. Las nuevas leyes que hubieran podido meter en cintura a las inversiones extranjeras una vez establecidas, fueron deshabilitadas por el notorio capítulo de resolución de conflictos entre el Estado y los inversionistas.

El TLCAN disparó un torrente inmediato de inversión extranjera directa (IED) de Estados Unidos a la industria mexicana de alimentos procesados. En 1999 “Las compañías estadounidenses invirtieron 5 mil 300 millones de dólares en la industria de procesado de alimentos, un aumento de 25 veces los 210 millones invertidos en 1987, y más del doble de los 2 mil 300 millones del año anterior al TLCAN”, dice la investigadora Corinna Hawkes. Entre 1999 y 2004, “más o menos dos tercios de los 6 mil 400 millones de dólares de IED en las industrias agrícolas y de alimentos procedían de Estados Unidos. Cerca de $\frac{3}{4}$ partes de esa IED fue a la producción de alimentos procesados, lo que estimuló un crecimiento considerable del sector. Entre 1995 y 2003, las ventas de los alimentos procesados se expandió un 5-10% anual en México”.¹⁰

Las ventas de productos de harina horneada, lácteos, comida chatarra y bocadillos creció mucho más que cualquier otra categoría, en particular las bebidas refrescantes. Las porciones de 8 onzas de gaseosas, jugos, y preparados envasados aumentaron de 275 por persona anuales en 1992 a 487 porciones por persona al año en 2002.¹¹

México es ahora uno de los diez principales productores de alimentos procesados en el mundo, y todas las mayores corporaciones transnacionales del ramo, tales como PepsiCo, Nestlé, Unilever y Danone, han expandido sus enormes operaciones mexicanas.¹²

Estas compañías están haciendo muchísimo dinero. Las ventas totales de los alimentos procesados en México fue en 2012 del orden de los 124 mil millones de dólares, y las corporaciones del ramo se embolsaron ganancias del orden de los 28 mil 330 millones de dólares por estas ventas, 46.6% [unos 9 mil millones de dólares] más que Brasil, la economía más grande de América Latina.¹³

The Economist afirma que no son sólo los bajos costos (“México ofrece ahorros 14.1% respecto de Estados Unidos”) sino otras ventajas competitivas que les ofrece a las “industrias alimentarias”, tales como “la red de tratados comerciales, que le permite a estas empresas acceder con preferencias arancelarias a grandes mercados como Europa y Estados Unidos”,¹⁴ lo cual vuelve a México una especie de refugio para las compañías procesadoras, un refugio donde pese a la crisis económica global “las ventas de los establecimientos comerciales al menudeo han crecido de manera constante en los últimos tres años.”¹⁵ Hasta ahora México ha firmado 12 acuerdos de libre comercio con 44 naciones, 28 acuerdos bilaterales de inversión y 9 acuerdos de cooperación económica.¹⁶

Un impuesto simbólico. En 2014, el gobierno mexicano, bajo presión para lidiar con la creciente crisis de salud, puso en vigor una ley para aplicarle 8% de impuestos a todos los alimentos empacados con alto contenido calórico, incluida la mantequilla de maní (o cacahuete) y los cereales endulzados para desayunar. Aprobó también un impuesto especial de un peso (unos 8 centavos de dólar hasta antes de la más reciente devaluación) por litro de bebidas refrescantes embotelladas.¹⁷ El gobierno divulgó sus acciones como una dura medida para frenar las ventas de la comida chatarra. Pero sin acciones complementarias que alienten opciones alternativas saludables a los alimentos procesados que han inundado el mercado mexicano y los barrios más pobres en particular, el impuesto aparece tan sólo como una manera de tomar su parte del lucrativo comercio de comida chatarra que las propias medidas del gobierno han facilitado. La única diferencia es que los consumidores mexicanos pagan más ahora por los alimentos que los están matando.

Justo después de que se promulgó el impuesto en cuestión, PepsiCo, uno de los principales productores de comida chatarra en el país, anunció una inversión de 5 mil millones de dólares en sus operaciones mexicanas, al tiempo que Nestlé confirmó una inversión de mil millones de dólares.¹⁸ Contrariamente a lo que uno esperaría, la inversión no se aplica tan sólo a publicidad o comercialización sino a innovación, construcción de marca, infraestructura, y nuevos vínculos con la agricultura, relaciones públicas y “proyectos” con las comunidades.¹⁹

El dominio del punto de venta. Una de las razones por las que las grandes corporaciones de alimentos están tan confiadas en su capacidad para incrementar sus ventas, pese al nuevo impuesto, es el alto nivel de control que ejercen sobre la distribución de sus productos. Esto, dice Corinna Hawkes, fue el “segundo efecto” del TLCAN sobre el sistema alimentario mexicano²⁰: un explosivo crecimiento de cadenas de supermercados, almacenes de descuento y tiendas de conveniencia, “de menos de 700 a 3 mil 850 tan sólo en 1997, y 5 mil 729 en 2004”.²¹ El éxito de Wal-Mart en el país —hoy por hoy “la cadena minorista líder de la nación”— y de otros supermercados, sólo la sobrepasa el crecimiento de las “cadenas de tiendas de conveniencia” (que venden “un número limitado de artículos y productos de conveniencia las 24 horas al día”).

En estas nuevas tendencias de la distribución al menudeo los enormes supermercados son, por supuesto, importantes porque concentran bienes, pero el objetivo central es sustituir las tiendas de la esquina (“las tienditas”), apoderándose agresivamente de territorios de comercio antes independientes.

Las corporaciones alimentarias comenzaron colonizando las redes existentes, dominantes, de distribución de alimento de los vendedores en pequeña escala, conocidas como *tiendas, misceláneas, estanquillos*. Expendios en la esquina, en los barrios. Existen todavía 400 mil de estos puntos de venta en México: lugares menores a 10 metros cuadrados, que venden una variedad limitada de productos y cuyo equipo de refrigeración e inventario es limitado.²²

“Las *tiendas* fueron cruciales para la diseminación de la *comida chatarra*; son el medio por el que las compañías alimentarias transnacionales y nacionales venden y promueven sus productos a las poblaciones más pobres en los pueblitos y comunidades”, dijo Corinna Hawkes en 2006. “Más de 90% de todas las ventas de Coca-Cola y PepsiCo [a principios de la década del 2000] provenía de las *tiendas*”.²³

Las corporaciones inundaron los canales de distribución de las tiendas con productos que impulsaban el consumo y bajaban los costos de transportación (empatando las entregas de varios artículos producidos por la misma compañía a cada uno de los destinos seleccionados).

PepsiCo, por ejemplo, no sólo distribuye sus refrescos a las *tiendas* sino también múltiples variantes de sus papas fritas Sabritas y otros bocadillos relacionados, al igual que su línea de dulces Sonric’s. Cada producto tiene una venta enorme por lo que la industria llama “el control absoluto del punto de venta”. Entonces, la disponibilidad se volvió el factor crucial en la compra y el consumo. La gente consumirá lo que encuentre a la mano, y los artículos disponibles son en su inmensa mayoría sólo alimentos procesados.

Debemos entender que las tiendas, pero las de conveniencia aun más, no sólo venden lo que se acepta como comida chatarra. Esos sitios venden una no tan vasta variedad de alimentos procesados, empacados, embotellados, enlatados, haciendo que algunos artículos comestibles procesados específicos sean lo único disponible.

Las tiendas están perdiendo terreno ante los minoristas corporativos que le ofrecen a las compañías procesadoras mucho más oportunidades para vender y ganar.

Hacia 2012, las cadenas minoristas habían desplazado a las tiendas como fuente principal de venta de comestibles, con 35% del mercado nacional, mientras las tiendas mantenían un 30% y los mercados callejeros el 25%.²⁴ Según la Cámara Mexicana de Comercio cierran cinco tiendas por cada tienda de conveniencia que abre.²⁵

Por ejemplo Oxxo (propiedad de Femsa, la subsidiaria de Coca-cola), triplicó sus locales a 3 mil 500 entre 1999 y 2004.²⁶ En julio de 2012, Oxxo estaba abriendo su local número 10 mil, y busca abrir su local 14 mil en algún momento de 2015.

Esto significa abrir unas mil tiendas al año, un promedio de 3 locales diarios.²⁷ Oxxo estaba recibiendo 19 mil millones de pesos (más de mil millones de dólares) durante el primer trimestre de 2012.²⁸ Durante el tercer trimestre de 2014, Oxxo recibió 72 mil 400 millones de pesos (más de 5 mil millones de dólares), 13.2% más que un año antes.²⁹

El crecimiento de las ventas de Oxxo fue diez veces mayor que el de Soriana, la segunda mayor cadena de supermercados en México.³⁰ Durante 2014 Oxxo sobrepasó a Soriana en ventas al menudeo, y se colocó como el segundo minorista del país, dejando a las tiendas, y a las familias que las manejan, literalmente en el polvo.³¹ Ahora, Soriana se apoderó de una de las cadenas más grandes de supermercados en el país, Comercial Mexicana, y los expertos afirman que Soriana recuperará el segundo puesto en el menudeo, atrás de Wal-Mart.³²

¿Dulce remedio para el hambre? Las compañías procesadoras de alimentos factor crucial en la emergencia de salud que vive México, gastan enormes sumas de dinero en relaciones públicas para maquillar los enormes problemas que generan sus alimentos y sus campañas de publicidad. Por todo México, los anuncios asocian sus corporaciones con valores familiares, sostenibilidad, caridad, buena salud y empleos de calidad.³³ Las compañías están muy interesadas en verse asociadas en campañas gubernamentales, y lo extraño es que los gobiernos en México buscan también su participación.

En abril de 2013, la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), firmó algunos convenios con PepsiCo y Nestlé para involucrarlos en la Cruzada Nacional contra el Hambre, promovida por el gobierno.³⁴ Con este convenio Sedesol se compromete a “apoyar con subsidios federales la ejecución de los proyectos en las zonas prioritarias seleccionadas”, mientras las corporaciones dicen que junto al gobierno buscan contribuir a “garantizar la seguridad alimentaria y a hacerla posible a través de productos nutritivos a la población en situación de pobreza y extrema pobreza”.

PepsiCo se comprometió a desarrollar dos productos fortificados con base en la avena de su marca Quaker, y a construir un Centro Global de Innovación en Horneado y Nutrición en Monterrey, México.³⁵

Nestlé prometió una nueva planta de procesamiento de café en Guerrero y la expansión de varios proyectos, incluido uno centrado en “mujeres empresarias” llamado Mi Dulce Negocio que la compañía ya desarrolla en Venezuela y en Bolivia. Con el proyecto, Nestlé planea capacitar a mil 500 mujeres para que confeccionen postres dulces pero “nutritivos” que contengan productos Nestlé además de darle a estas mujeres los instrumentos necesarios para que ellas, a su vez, capaciten a otras diez mujeres cada una. En total, se movilizaría un “pequeño ejército” de 15 mil mexicanas que se movilizarían en las “zonas prioritarias” por todo el país promoviendo el modo Nestlé de nutrir a los niños con el respaldo financiero de la Secretaría de Desarrollo Social.

Apoyar a los ricos, a los pobres compensarlos. México es un país donde 78.5 millones de personas sufre de algún grado de inseguridad alimentaria de lo leve a lo severo.

Además, cerca de 48.5 millones de personas adultas mexicanas son obesas o sufren de sobrepeso —7 de cada 10 adultos— y 22 millones de adultos sufren de obesidad.

“Estas personas estarán enfermas un promedio de 18.5 años durante su tiempo de vida”. Y el problema aumenta en todos los niveles de ingreso, aunque el aumento más rápido ocurre entre el 20% más pobre.³⁶

Las consecuencias son considerables —crecientes tasas de diabetes tipo 2, enfermedades cardiovasculares y diferentes formas de cáncer.

La Cruzada contra el Hambre en México no resolverá el problema. Ninguna campaña contra el hambre será eficaz con tan sólo algunos proyectos demostrativos piloto esparcidos por un territorio tan grande como el mexicano. La Cruzada Contra el Hambre tiene como objetivo sólo 7.8 millones de personas —10 ve-

ces menos que el número de mexicanos que sufren de seguridad alimentaria.³⁷ Las zonas calificadas de prioritarias por el proyecto ni siquiera son las zonas de pobreza o hambre extremos de acuerdo a la definición del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval).³⁸

Se requiere un enfoque mucho más complejo y radical que el impuesto a lo dulce y la cruzada del hambre propuestos por el gobierno. Se requiere ir contra el imperio de los alimentos procesados, cuyos tentáculos ahora llegan a todo el espacio urbano y avanzan y se dispersan por todo el ámbito rural.

La terrible verdad es que “entre 1999 y 2006, el consumo de bebidas endulzadas se duplicó y que hoy, un 10% de la ingesta energética total de los mexicanos proviene de estas bebidas”. Y es crucial que obtengan esa energía. Ponerle impuesto a los refrescos es tan sólo un “instrumento de política suave”, dice el anterior Relator Especial para el Derecho a la Alimentación, Olivier De Schutter, porque “localiza el problema del sobrepeso y la obesidad en la conducta de los consumidores, cuando de hecho el problema surge del sistema alimentario total”.³⁹

De acuerdo a De Schutter, para que un programa enfrente efectivamente el hambre y la desnutrición, tiene que poner su foco en el campesinado y los agricultores en pequeña escala. Ellos constituyen un porcentaje sustancial de los pobres de México, y son los que mejor abastecen a las poblaciones rurales y urbanas con alimentos nutritivos.⁴⁰

Pero en México, “la mayoría de los programas agrícolas no se dirigen a los pobres: tomados globalmente, los gastos públicos en agricultura son muy regresivos [...] Aunque más de 95% de los gastos en programas sociales del gobierno mexicano bajo su Programa Especial Concurrente para el Desarrollo Sustentable (PES) tienen como objetivo a los pobres, menos del 8% del gasto en programas agrícolas se dirige a esa población de pobres”. El Relator insiste: “Estudios recientes indicaron que las políticas agrícolas favorecen a los estados, los municipios y los productores o establecimientos más ricos. En 2005, los seis estados más pobres recibieron sólo 7% del gasto público en agricultura, pese a que esas entidades son el hogar de 55% de los pobres en extremo”.

De Schutter finaliza: “En un país donde 80% de los campesinos tiene menos de 5 hectáreas, sería deseable destinar más recursos a respaldar a los agricultores en pequeño, en áreas deprimidas, ya que los programas en curso no responden eficazmente a la pobreza rural”.⁴¹

Tras escuchar cientos de testimonios por todo el país, el jurado internacional del Tribunal Permanente de los Pueblos, que dictó sentencia en noviembre

de 2013 en el caso relacionado con la soberanía alimentaria, llegó a una conclusión semejante.

México podría alcanzar en poco tiempo la autosuficiencia, si se apoyara a la agricultura campesina con montos semejantes a los que se otorgan a la agricultura empresarial. Una de las condiciones para ello sería reconstituir los instrumentos de apoyo al campo inhabilitados por el TLCAN. La pérdida de soberanía alimentaria que esta política ha provocado tiene como uno de sus componentes principales una modificación inducida de la dieta mexicana con efectos catastróficos. México padece uno de los más altos índices del mundo de obesidad, diabetes e hipertensión. Ocupa el primer lugar mundial en el consumo por persona de refrescos de cola y uno de los primeros lugares en el consumo de la llamada “comida basura”. Al mismo tiempo, ha empezado a disminuir el consumo de productos de maíz por primera vez en la historia. Mientras Vía Campesina plantea que el primer componente de la soberanía alimentaria es la producción autónoma de alimentos y que la propia gente defina lo que come, en México se ha realizado una costosa campaña [la Cruzada contra el Hambre], a través de una alianza cómplice de los gobiernos, las corporaciones y los medios, para impulsar hábitos de consumo que bajo la cobertura de la modernización han estado destruyendo sistemáticamente las preferencias alimentarias de mexicanas y mexicanos.⁴²

Para enfrentar la crisis alimentaria y de salud, México requiere, ni más ni menos, que una reformulación total de las desastrosas políticas mexicanas de comercio e inversión y respaldar plenamente a los campesinos y productores en pequeña escala.

Notas

¹ La Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (ENSANUT) incluye documentos, encuestas, una página web, artículos académicos y una serie de herramientas de investigación: <http://ensanut.insp.mx/>.

² Ver Melgar-Quiñonez, H. 2010. “Informe sobre la aplicación pasada y presente de la Escala Latinoamericana y Caribeña de Seguridad Alimentaria (ELCSA) y otras herramientas similares en América del Norte, Centroamérica y El Caribe. FAO/Ohio State University.” (ver http://www.foodsec.org/fileadmin/user_upload/eufao-fsi4dm/docs/elcsa_aplicacion.pdf). Este método divide la inseguridad alimentaria en tres: **Inseguridad alimentaria leve** (midiendo sobre todo calidad de la comida disponible): Variedad limitada de alimentos, la carencia de variedad alimentaria y la ausencia de comida sana. **Inseguridad alimentaria media**: (cantidad disponible

de comida) Adultos y niños comen menos. Los niños disminuyeron su ingesta. Tal vez algún adulto en la familia se brinca una o dos comidas de vez en cuando. La escasez es crónica). **Inseguridad alimentaria severa:** (Hambre. Los adultos pasan hambre. Algún adulto pasa algún día entero sin comer. Los niños se van a la cama hambrientos o se la pasaron un día entero sin comer. La escasez crónica establece una condición de hambre). Ver Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (Ensanut) 2012: "La distribución de la Inseguridad Alimentaria en México", Instituto Nacional de Salud Pública, 21 de noviembre, 2012. <http://ensanut.insp.mx/doctos/seminario/M0404.pdf>

- ³ Julio Boltvinik, "La Cruzada Nacional contra el Hambre: ve un árbol pero no el bosque", *La Jornada*, 22 de noviembre, 2013. <http://www.jornada.unam.mx/2013/11/22/opinion/029o1eco>. Boltvinik es responsable de resaltar la encuesta mencionada mostrando que las políticas públicas contra el hambre no responden ante los reales problemas.
- ⁴ Julio Boltvinik, *op.cit.*
- ⁵ Accu-chek, "Diabetes en México" y Alianza por la salud alimentaria, "Diabetes: #1 causa de muerte en México", 21 de mayo, 2013
- ⁶ Alianza por la salud alimentaria, "Mueren medio millón de personas por diabetes en el sexenio de Calderón -Ver más: <http://alianzasalud.org.mx/2012/10/muertes-por-diabetes-en-mexico/>, 8 de octubre, 2012.
- ⁷ Informe del Relator Especial para la Alimentación Olivier De Schutter, adenda, Misión a México, Human Rights Council, Decimonovena sesión, Agenda item 3, 17 de enero, 2012, A/HRC/19/59/Add.2
- ⁸ Corinna Hawkes, "Globalization and Health, Uneven dietary development: linking the policies and processes of globalization with the nutrition transition, obesity and diet-related chronic diseases", International Food Policy Research Institute, Washington DC, 2006. <http://www.globalizationandhealth.com/content/2/1/4>
- ⁹ La integración vertical es "cuando una compañía reúne todo el proceso de producción, distribución y venta de un alimento particular bajo su control mediante la compra o contratación de otras empresas o servicios a nivel mundial, lo que reduce los costos de transacción asociados con tener varios proveedores. En la dislocación global la compañía busca sitios de producción, y puntos de venta donde los costos son menores y donde los regímenes regulatorios, políticos y sociales, son favorables. Esto permite que las corporaciones reduzcan costos y se protejan contra la incertidumbre de la producción y de las ventas". Corinna Hawkes, *op.cit.*
- ¹⁰ *Ibidem.*
- ¹¹ *Ibidem.*
- ¹² Roberto Morales, "Alimentos, una industria muy pesada", 25 de octubre, 2013, *El Eco-*

nomista, <http://www.informador.com.mx/economia/2013/493274/6/alimentos-una-industria-muy-pesada.htm>

¹³ *Ibidem*

¹⁴ Ver también Secretaría de Economía y ProMéxico "Inversión y Comercio, Alimentos Procesados", Unidad de Inteligencia de negocios, México, 2013 <http://embamex.sre.gob.mx/rusia/images/stories/Comercio/procesadospromexico.pdf>

¹⁵ Roberto Morales, *op.cit.*

¹⁶ Pro-Mexico, "México y sus Tratados de Libre Comercio con otros países". <http://www.promexico.gob.mx/comercio/mexico-y-sus-tratados-de-libre-comercio-con-otros-paises.html>

¹⁷ Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Servicio de Administración Tributaria (gobierno mexicano), Resolución Miscelánea fiscal 2014. ftp://ftp2.sat.gob.mx/asistencia_servicio_ftp/publicaciones/legislacion13/M_RMF2014.pdf

¹⁸ PepsiCo, "PepsiCo Announces Plans for \$5 Billion Investment in Mexico", 24 de enero, 2014. <http://www.prnewswire.com/bloggers/news-releases/?nrlid=241805301>

¹⁹ Eric Schroeder. "PepsiCo, Nestlé plan big push in Mexico", 24 de enero, 2014. http://www.bakingbusiness.com/articles/news_home/Business/2014/01/PepsiCo_Nestle_plan_big_push_i.aspx?ID=%7B518A090B-4D59-46D6-8195-9EDE23F25A42%7D&cck=1

²⁰ Corinna Hawkes, *op.cit.*

²¹ *Ibidem*.

²² USDA Foreign Agriculture Service Gain Report, "Mexico's Retail Food Sector", 16 de febrero, 2005. <http://apps.fas.usda.gov/gainfiles/200502/146118876.pdf>

²³ Corinna Hawkes, *op.cit.*

²⁴ El 10% restante, que no se toma en cuenta son los hoteles, los restaurantes y los cafés. Ver Agencia Andaluza de Promoción Exterior, "Nota sectorial alimentaria en México", Mayo 2012, PDF.

²⁵ USDA, Foreign Agriculture Service, Gain Report, Mexico's Retail Food Sector, *op.cit.* Citado en Corinna Hawkes, *op.cit.*

²⁶ *Ibidem*

²⁷ Jesús Ugarte, "Oxxo va por 1,000 nuevas tiendas anuales", 29 de octubre, 2012. <http://www.cnnexpansion.com/negocios/2012/10/29/oxxo-abrira-1000-tiendas-por-ano>

²⁸ Jesús Ugarte, "Oxxo, el pequeño emperador minorista", CNN-expansión, 13 de julio, 2012. <http://www.cnnexpansion.com/negocios/2012/07/13/>

²⁹ Jesús Ugarte, "Adquisiciones y Oxxo le ponen 'gas' a Femsá", *El Financiero*, 28 de octubre, 2014. <http://www.elfinanciero.com.mx/empresas/ganancia-de-femsa-suben-3t2014.html>

- ³⁰ Miguel Ángel Pallares, "Oxxo va por el puesto de Soriana en 2014", *El Financiero*, 26 de noviembre, 2013. <http://www.elfinanciero.com.mx/archivo/oxxo-va-por-el-puesto-de-soriana-en-2014.html>
- ³¹ *Ibidem*.
- ³² Silvia Olvera, "Desbanca Soriana a Oxxo", *El Norte*, sección Empresas, 2 de febrero, 2015. <http://www.negocioselnorte.com/aplicacioneslibre/preacceso/articulo/default.aspx?id=454511&urlredirect=http://www.negocioselnorte.com/aplicaciones/articulo/default.aspx?id=454511&urlredirect=http%3A%2F%2Fwww.negocioselnorte.com%2Faplicaciones%2Farticulo%2Fdefault.aspx%3Fid%3Fid&v=2>
- ³³ Vean el folleto de *Sabritas: Performance with Purpose, Sabritas Sustainability Report 2013* www.pepsico.com/Purpose/Performance-with-Purpose/Sustainability-Reporting
- ³⁴ (El programa gubernamental que dice combatir el hambre desde abajo pero que se basa en la intervención de grandes corporaciones (tales como Pepsico y Nestlé, figuras prominentes como Grazziano Da Silva de FAO o el expresidente Lula Da Silva de Brasil y millonarios como Bill Gates y Carlos Slim).
- ³⁵ PepsiCo y Sedesol, "Convenio de Concertación que para la realización de acciones en el marco de la Cruzada contra el Hambre, celebran, por una parte, el Ejecutivo Federal a través de la Secretaria de Desarrollo Social [...] y por otra parte la Fundación Pepsico México AC [...]" <http://sinhambre.gob.mx/wp-content/uploads/2013/04/CONVENIO-PEPSI-CO-.pdf> Su sitio ahora indica que su robot.txt impide que la gente lo acceda. Se puede consultar en Aristegui Noticias, "Documentos, Los convenios de Nestlé y Pepsico en la Cruzada contra el hambre" <http://aristeguinoticias.com/2304/mexico/documentos-los-convenios-de-nestle-y-pepsico-para-la-cruzada-contra-el-hambre/>
- ³⁶ Olivier De Schutter, *op.cit*.
- ³⁷ Julio Boltvinik, "La Cruzada Nacional contra el Hambre" *op.cit*.
- ³⁸ Las zonas están en 125 comunidades urbanas en 24 municipios en 11 estados del país. Norma Trujillo Báez, 13 de mayo, 2013, La Jornada Veracruz en línea, http://www.jornadaveracruz.com.mx/Nota.aspx?ID=130513_055348_602. Ver Sedesol-Nestlé, "Convenio de Concertación que para la realización de acciones de desarrollo de diversos proyectos productivos..." *op cit*, Quinta cláusula.
- ³⁹ Olivier De Schutter, *op.cit*.
- ⁴⁰ El conflicto en México entre el Jarabe de Alta Fructosa de Maíz (JAFM) y la azúcar requiere más argumentos e investigación. La evidencia apunta a que el JAFM está impulsando la importación de maíz industrial a México (posiblemente GM) o aun su producción, alterando más el objetivo tradicional de la agricultura que es producir alimentos y no mercancías o materias primas. Ver "Rompen récord, importaciones mexicanas de maíz", *El Economista*, 7 de enero, 2014 [<http://eleconomista.com.mx>]

com.mx/industrias/2014/01/07/rompen-record-importaciones-mexicanas-maiz]; Alicia Loyola Campos, "Azúcar-fructosa: el sabor amargo de un comercio desigual", febrero, 2003 [http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/15/9/RCE.pdf]; Nydia Egremy, "La amarga guerra de la fructosa", Fortuna, negocios y finanzas, http://revistafortuna.com.mx/opciones/archivo/2006/junio/htm/guerra_fructosa.htm

⁴¹ *Olivier De Schutter*, op.cit.

⁴² Tribunal Permanente de los Pueblos, Fundación Lelio Basso, Mexico: *Libre Comercio, Violencia, Impunidad y Derechos de los Pueblos (2011-2014), Sentencia: Violencia contra el maíz, la soberanía alimentaria y la autonomía de los pueblos*, Ciudad de México, 19-21 de noviembre, 2013. <http://www.internazionaleleliobasso.it.www.tppmexico.org/wp-content/uploads/2014/01/Dictamen-Audiencia-temática-Violencia-contra-el-ma%C3%ADz-la-soberan%C3%ADa-alimentaria-y-la-autonom%C3%ADa.pdf>

<https://www.grain.org/es/article/5201-libre-comercio-y-la-epidemia-de-comida-chatarra-en-mexico>

Los peligros del maíz industrial y sus productos comestibles procesados

GRAIN

Un equipo de investigación mexicano UNAM-UAM publicó en agosto de 2017 un estudio que muestra la presencia de transgenes y del herbicida glifosato en alimentos procesados y tortillas a partir de maíz industrial, por todo México.¹

Este equipo aclara: "Los datos son preocupantes pues el maíz es nuestro alimento básico y hemos perdido la soberanía alimentaria. El consumo de maíz transgénico con glifosato puede tener consecuencias graves en la salud". Y continúan: "de 367 muestras analizadas, 82%, es decir 301 muestras, contenían por lo menos un transgen. De las tortillas analizadas, 90.4% contenían secuencias transgénicas".

También "se detectó glifosato en casi la tercera parte de las muestras de los alimentos que dieron positivo para la presencia del transgen que confiere tolerancia a este herbicida".

Lo que fuera preocupación de muchísimas personas y organizaciones de científicos, consumidores y gente comprometida con la alimentación y la agricultura tras descubrirse contaminación transgénica en el maíz de la Sierra Juárez de Oaxaca en 2001, se pone en el centro de la discusión desde nuevas fuentes de evidencia, con dos aspectos clave relacionados con el devenir de la tecno-ciencia, con la actuación de la agroindustria corporativa y la anuencia de los gobiernos en turno.² Primero, que la contaminación transgénica es vasta y generalizada en los alimentos procesados (sobre todo cereales, harinas, botanas de frituras, tostadas que son productos sólidos de maíz, empacados)³ y en las

tortillas [ese pan plano elaborado con maíz que es la base de la dieta del pueblo mexicano]. Pero el hallazgo se refiere a las tortillas industriales, aquellas elaboradas con maquinaria y vendidas en expendios distribuidos por todo el país, principalmente. Además, una amplia gama de productos contiene contaminación con glifosato en “una tercera parte de las muestras (27%)” —muestras que ya habían dado positivo para eventos transgénicos, lo que es altamente significativo.

Lo segundo que resalta en el estudio es que las muestras de tortillas elaboradas a mano con maíz nativo, casi no muestran contaminación transgénica. Dice el equipo UNAM-UAM: “Las tortillas producidas por las comunidades campesinas y que estén hechas únicamente con maíz criollo (nativo de estas comunidades) prácticamente NO contienen proteínas transgénicas y no contienen glifosato. Dichas proteínas podrían estar potencialmente en el maíz nativo en una proporción muy baja, producto de los casos de contaminación del maíz nativo con transgenes. El cuidado de los maíces nativos por parte de las comunidades mexicanas ha mantenido [desde la aparición de los transgenes en México] sus maíces mayormente libres de transgenes”.⁴

El estudio da sustento entonces a varias discusiones pendientes.

Primero. Existe una disyuntiva en el uso y vida del maíz en México y otros países. Son dos procesos, dos metabolismos diferentes que involucran a dicho cereal.

Por una parte el maíz nativo, atesorado milenariamente en sus semillas por las comunidades en conversaciones antiguas, que convive en el policultivo conocido como “milpa” y que mayormente se “nixtamaliza” (es decir, se le agrega cal o cenizas, y calor para romper la lignina de la cáscara del grano liberando plenamente su potencial de nutrientes).

Por otro, el maíz industrial genérico, híbrido o transgénico, que las grandes corporaciones siembran en monocultivo en grandes extensiones de terreno, con insumos químicos, buscando grandes rendimientos, y cuyo destino no es alimentar de un modo directo, sino servir de materia prima para elaborar toda suerte de piensos y forrajes para animales y productos procesados comestibles, para humanos, entre ellos la tortilla industrializada. Además, dicho maíz sirve de insumo para combustibles, pinturas, almidones o féculas, jarabes endulzantes, plásticos “biodegradables”, pegamentos, cosméticos, textiles, papel y un largo etcétera.

Con claridad, el estudio da peso a que los transgénicos se concentran en el maíz industrial y sus derivados (en este caso alimentos procesados), mientras el

maíz nativo todavía es defendido desde los niveles más locales. Aunque no está fuera de riesgo, su metabolismo impulsa una reflexión permanente en su órbita, que termina promoviendo su defensa.

Segundo. Algo que sería motivo de más estudios de mayor profundidad: el desbalance provocado por la industria y el gobierno cuando exigen la importación de maíz industrial, principalmente de Estados Unidos, aunque la producción nacional (unos 23-24 millones de toneladas) sería suficiente para alimentar a la población, pues con esa cantidad se cubre un 50% más de “la ingesta posible digerible anual de 120 millones de mexicanos”.⁵ Hablamos de unos 6.8 millones de toneladas (29.6%) de subsistencia [o maíz de soberanía alimentaria] que no entra al mercado, más 7 millones que sumados a lo que aporta el maíz campesino de temporal arrojan unos 13.8 millones de toneladas, más de 60% de la producción del país. El resto, son unas 10.6 millones de toneladas de maíz de riego. ¿Por qué entonces la insistencia de importar entre 7 y 10 millones de toneladas de maíz amarillo?

Para Antonio Turrent, investigador de la Unión de Científicos Comprometidos con la Sociedad (UCCS), “No hay insuficiencia de maíz blanco normal para la elaboración industrial de toda la harina de maíz que los mexicanos podríamos consumir directamente como alimento. ¿Es por tanto la decisión de mezclar el maíz blanco nacional (no transgénico) con maíz transgénico para producir harina industrial de maíz, una decisión voraz de mercado de nuestra industria? ¿No sería ésta una mala y hasta cruel decisión a plazo largo, equivalente a autodispararse en el pie?”⁶

El Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam) que ha investigado con mucho detalle la situación, abunda: “México importa anualmente entre 7 y 10 millones de toneladas de maíz amarillo proveniente de Estados Unidos, principalmente para alimento de ganado, aunque también se usa para la alimentación humana. El maíz transgénico —hasta ahora sólo importado— se utiliza mezclado con el maíz convencional en la elaboración de alimentos balanceados, piensos y productos de maíz para consumo humano: harina y masa para tortillas, cereales, aceite, atole”.⁷

Tercero. Los productos comestibles procesados son ahora uno de los destinos principales de la materia prima que representa ese maíz industrial que es una mezcla de maíz amarillo, y tal vez maíz blanco, pero que siempre es un maíz híbrido o transgénico sembrado en monocultivo, retacado de agroquímicos, promotor de acaparamiento de tierras, devastación ambiental y expulsión campesina.

México es una de las 10 principales potencias productoras de alimentos procesados en el mundo, pero decir “México” bajo las condiciones del TLCAN y otros cuarenta y tantos acuerdos comerciales, de cooperación e inversión que ha firmado el país, es una careta para cubrir a las corporaciones transnacionales que operan desde nuestro país por las ventajas comparativas (léase condiciones de desvío de poder).

Según la sistematización de Sergio L. Ornelas, editor de la publicación *MexicoNow*, México es hoy la octava potencia productora de alimentos procesados en el mundo y la tercera del continente americano, tras Estados Unidos y Brasil, en un escenario donde el valor de la producción mundial equivalió en 2014 a 4 billones 900 mil millones de dólares y se supone que llegará a valer 7 billones 850 mil millones de dólares hacia el 2020.⁸

En México, la producción de alimentos procesados alcanzó los 138 mil millones de dólares en 2014, pero según Ornelas citando datos de la consultora IHS, irá creciendo y en 2017 se calcula estuvo en 158 mil millones de dólares.⁹ Las ganancias netas de su industria de alimentos procesados, según datos de IHS, citadas por ProMéxico, instancia del gobierno mexicano en su análisis sectorial de alimentos procesados, fue de 35 mil millones de dólares en 2015. La Secretaría de Economía mexicana afirma que tan sólo en 2015 México recibió una inversión extranjera directa de mil 304 millones de dólares y entre 2005 y 2015 acumuló inversiones por 8 mil 264 millones de dólares para la industria de alimentos procesados.

Algo significativo, en el escenario que el estudio del equipo de investigación mexicano UNAM-UAM ¹⁰ vino a desnudar, es que tales alimentos procesados contaminados con transgénicos y glifosato son parte del 26.9% de la producción de procesados correspondiente a panadería y tortillas, y a 10% adicional que representan los granos y las oleaginosas.¹¹ Es decir, la contaminación se mueve, por lo menos, dentro de 36.9% de la producción de alimentos procesados en México, sin contar el mundo de los edulcorantes.

Tal producción de alimentos procesados incluye a PepsiCo, la gigante productora de frituras, botanas y tostadas. Su directora en México, Paula Santilli, afirmó que “de los 200 países donde tiene presencia, México es su segundo mercado más grande —sólo detrás de Estados Unidos— y donde genera ingresos casi tres veces más altos que en países como Brasil”.¹² En México, PepsiCo cuenta con 17 plantas “e ingresos anuales por más de 3 mil 400 millones de dólares, según su último reporte anual”.¹³ Sus marcas incluyen Sabritas, Quaker y Doritos, entre otras de las revisadas por el estudio del equipo UNAM-UAM.

También está Ingredion, productora de harinas, jarabe de alta fructosa y almidones de maíz entre muchos productos industriales elaborados con dicho cultivo, que en enero de 2016 anunció que invertiría 30 millones de dólares “con la finalidad de aumentar su capacidad de producción de su planta de San Juan del Río, Querétaro”.¹⁴ Están también el Grupo Gruma, empresa líder mundial en la producción de harina de maíz con 18 plantas procesadoras e investigación y tecnología para producir harina maicera y tortilla industrializada, que durante 2016 arribó a los 18 mil 819 millones de pesos en ventas netas (unos mil millones de dólares al tipo de cambio actual) y el Grupo Bimbo, otro gigante mexicano de la panadería y las botanas cuyos ingresos “a nivel consolidado, crecieron 0.3%, ubicándose en 65 mil 390 millones de pesos [3 mil 534 millones de dólares] respecto al tercer cuarto de 2016, y cuyas ventas en México subieron 12.2%”.¹⁵

Toda esa producción se potencia mediante la enormidad de los supermercados en América Latina. Tan sólo Walmex, (la filial mexicana de Walmart) mencionó en su reporte del segundo trimestre de 2017 a la Bolsa Mexicana de Valores que sus ventas totales crecieron 9.1%, llegando “a 135 mil 724 millones de pesos [unos 7 mil 300 millones de dólares].”¹⁶

También comenzó a aparecer en el radar de los medios masivos el crecimiento descomunal de las llamadas tiendas de conveniencia, en particular Oxxo (en parte propiedad de Femsac-Cocacola). Un artículo reciente de BBC Mundo, puso por titular: “Una nueva tienda cada 8 horas: cómo la mexicana Oxxo se convirtió en la mayor tienda minorista de América Latina”.¹⁷

En un informe de 2015, GRAIN había documentado que este tipo de pequeñas tiendas situadas en los barrios establecía cierto estricto control sobre la disponibilidad de alimentos por zonas particulares, imponiendo en los hechos el consumo de productos comestibles procesados, justo las frituras, botanas, tostadas de maíz documentadas en el estudio del equipo de investigación mexicano UNAM-UAM.¹⁸

Según BBC Mundo, Oxxo cuenta con 16 mil tiendas, principalmente en México,¹⁹ y establece una red de distribución de los productos comestibles procesados con base en maíz industrial, lo que hace urgente revisar los criterios de seguridad de dicho maíz, a todas luces transgénico, que está presente en cada barrio de las ciudades e incluso en los poblados rurales mexicanos en tales productos comestibles industriales.

Cuarto. También tenemos que considerar el envenenamiento lento (y no tan lento) con glifosato, si insistimos en que el estudio de los investigadores mexicanos

de la UNAM y la UAM, donde se encuentra la doctora Elena Álvarez-Buylla, recién galardonada con el Premio Nacional de Ciencias mexicano, 2017, encontró que casi la tercera parte de las muestras de comestibles procesados sometidos a escrutinio, incluidas las tortillas industriales, también omnipresentes en los barrios, contenía rastros de ese agroquímico. Dice la investigadora del Grupo ETC, Silvia Ribeiro: “Los resultados adquieren mayor gravedad porque el consumo de maíz en México por persona es mayor que en cualquier otro país. Pese a que la Organización Mundial de la Salud declaró al glifosato como cancerígeno para animales y probable cancerígeno para humanos en 2015, la Cofepri, instancia responsable de autorizar qué alimentos se pueden vender para consumo humano, ha autorizado sin empacho la venta para consumo de maíz transgénico tolerante a glifosato, que deja altos residuos del mismo en alimentos”.²⁰

Es tremenda la invasión transgénica a un flujo tan enorme de maíz en la alimentación de un pueblo cuando no hay certeza de su inocuidad.

Quinto. Es inevitable reseñar la respuesta al estudio del equipo de investigación mexicano UNAM-UAM, por parte de los investigadores paladines de los transgénicos. Ésta es la repetición de todo lo que desde el gobierno, la industria y ciertos científicos, sigue siendo la reivindicación principal: que los transgénicos son inocuos, que se han cumplido todas las regulaciones, nacionales e internacionales, que hay una equivalencia sustancial entre transgénicos y no transgénicos. En la respuesta más directa, los promotores de transgénicos afirman: “En más de 20 años de uso y consumo continuo por más de 1200 millones de humanos y 100 mil millones de animales, no se ha presentado ninguna evidencia científica de daños por su consumo. El supuesto daño reportado en algunos artículos (Seralini *et.al*, 2012 y 2014), no tiene sustento científico relevante”.²¹

Elena Álvarez-Buylla, Cristina Barros, Emmanuel González Ortega, Alma Piñeyro-Nelson, Alejandro Espinosa y Antonio Turrent de la UCCS, contestaron a las críticas diciendo:

La “equivalencia sustancial” favorece a las corporaciones comercializadoras de OGMs y a las industrias alimentarias que hacen negocio con su procesamiento por encima de los intereses de la ciudadanía. Es ética y científicamente inadmisibles que la falta de evidencia de daño por la ausencia de protocolos y seguimiento adecuados, sea tomada por las entidades regulatorias como evidencia de inocuidad de alimentos derivados de OGMs. Urgen protocolos rigurosos que directamente evalúen la hipótesis de que los alimentos derivados de OGMs pueden tener impactos no deseados en la salud humana y animal, bajo diferentes esce-

narios de consumo. La carga de la prueba debe recaer en las empresas y no en la ciudadanía. [...]

Pueden existir muchos artículos con datos negativos para apoyar la equivalencia sustancial o ausencia de daños, pero uno solo con datos positivos debería ser suficiente para rechazar este concepto y regular en consecuencia, previniendo daños [...]. El estudio de Séralini y colaboradores, que desestiman los autores de la nota en cuestión, fue republicado con datos adicionales que lo sustentan. Por otro lado, muchos de los estudios con datos negativos, que sugieren la inocuidad de OGMs, han sido realizados por investigadores con conflictos de interés. Estudios experimentales demuestran que el glifosato es teratógeno en vertebrados y cancerígeno en animales de laboratorio.²²

Conclusiones. Es muy irresponsable que las instancias reguladoras de la sanidad alimentaria no hayan hecho nada por frenar la presencia de productos comestibles procesados que contienen maíz transgénico y trazas de venenos tan poderosos como el glifosato, calificado de cancerígeno por la OMS.

La tendencia creciente a privilegiar una agricultura basada en la producción de materias primas para la industria anuncia que, sobre todo en los ámbitos urbanos, nos veremos sometidos cada vez más a productos comestibles industrializados que no son inocuos.

El maíz con que se fabrica la tortilla industrial, vendida masivamente por toda la república en expendios (tortillerías), debería ser un maíz libre de transgénicos y agroquímicos: porque la producción de tales maíces genéricos sustituye y golpea la pequeña producción nacional no transgénica, campesina o de medianos productores; y porque la promoción de la industria de comestibles industrializados fomenta la producción y / o importación de maíz transgénico, con agrotóxicos, que es vehículo para diseminar problemas de salud como obesidad, diabetes, cáncer y teratogénesis.

Hay que profundizar en tales afectaciones y en las tendencias que buscan controlar la disponibilidad alimentaria de la población, principalmente entre las capas empobrecidas, mercado cautivo de donde extraen sus ganancias las corporaciones que elaboran frituras, tostadas, botanas y tortillas industriales.

La defensa del maíz nativo debe crecer y fortalecer argumentos, narrativa, vínculos y esfuerzos por una soberanía alimentaria.

Notas

- ¹ E. González-Ortega, A. Piñeyro-Nelson, E. Gómez-Hernández, E. Monterrubio-Vázquez, M. Arleo, J. Velderrain, C. Martínez-Debat y E.R. Álvarez-Buylla, "Pervasive presence of transgenes and glyphosate in maize-derived food in Mexico", *Agroecology and Sustainable Food Systems*, volumen 41, núm. 9-10, agosto, 2017 <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/21683565.2017.1372841>
- ² Ver *El maíz no es una cosa: es un centro de origen*, Casifop, GRAIN, Itaca, México, 2012.
- ³ El estudio no abordó las bebidas o emulsiones, mermeladas y otros productos que contienen jarabes de alta fructosa de maíz.
- ⁴ Equipo UNAM-UAM: "Preguntas y respuestas en torno a la presencia de secuencias transgénicas en alimentos elaborados con maíz en México".
- ⁵ Antonio Turrent Fernández, "Maíz nativo mexicano: ¿propiedad privada multinacional?", *La Jornada*, 3 de noviembre, 2017.
- ⁶ *Ibidem*.
- ⁷ Centro de Estudios para el Cambio en el Cambio Mexicano (Ceccam), "Alerta Roja, maíz transgénico en México, en *El Surco*, boletín del Ceccam, núm. 2, abril de 2013.
- ⁸ Sergio L. Ornelas, "Inside Mexico Processed Food Industry", *MexicoNow* núm. 79 <http://www.mexico-now.com/index.php/past-issues/27-mexiconow-issue-79>
- ⁹ *Ibidem*.
- ¹⁰ "Pervasive Presence..." *op.cit*.
- ¹¹ Unidad de Inteligencia de Negocios, ProMexico, gobierno mexicano, *Análisis Sectorial, Alimentos Procesados*, pdf, 19 de febrero de 2016. <https://www.gob.mx/promexico/acciones-y-programas/alimentos-procesados>
- ¹² Francisco Hernández, "México es el segundo entre 200 países para PepsiCo", *El Financiero*, 14 de noviembre, 2017, <http://www.elfinanciero.com.mx/empresas/mexico-es-el-entre-200-paises-para-pepsico.html>
- ¹³ *Ibidem*.
- ¹⁴ Unidad de Inteligencia de Negocios, *ProMéxico*, *op.cit*.
- ¹⁵ Bolsa Mexicana de Valores, "Aumentan ganancias del Grupo Bimbo en el tercer trimestre de 2017", 27 de octubre, 2017, <http://bolsamexicanadevalores.com.mx/ganancias-bimbo/>
- ¹⁶ Redacción, "Ventas de Walmex superan el crecimiento de la ANTAD", *El Economista*, 27 de agosto, 2017, <https://www.eleconomista.com.mx/mercados/Ventas-de-Walmex-superan-crecimiento-de-la-ANTAD-20170727-0037.html>
- ¹⁷ Cecilia Barría, "Una nueva tienda cada 8 horas: cómo la mexicana Oxxo se convirtió en la mayor tienda minorista de América Latina", *BBC Mundo*, 2 de octubre, 2017.
- ¹⁸ GRAIN, "Libre comercio y la epidemia de comida chatarra en México", 2 de marzo, 2015, <https://www.grain.org/es/article/entries/5171>
- ¹⁹ Cecilia Barría, *op.cit*. Eréndira Espinoza, "Cuántas tiendas Oxxo hay en México", *Dinero*

en *Imagen*, 30 de octubre, 2017: "Al cierre del tercer trimestre de 2017, la cadena operaba 15,999 unidades, por lo que, debido a su ritmo de aperturas, en este momento debesumar más de 16 mil", <http://www.dineroenimagen.com/2017-10-30/92472>

²⁰ Silvia Ribeiro, "Tortillas envenenadas", *La Jornada*, 28 de octubre, 2017, <http://www.jornada.unam.mx/2017/10/28/opinion/023a1eco>

²¹ Francisco Bolívar Zapata, Jorge Herrera Estrella y Agustín López-Munguía Canales, "Presencia de maíz transgénico de importación en México, 20 años de inocuidaden productos derivados para consumo y animal, *Gaceta UNAM*, núm 4917, 6 de noviembre, 2017.

²² "Presencia de maíz transgénico y glifosato en nuestro alimento: sin evidencia científica de no toxicidad", *Gaceta UNAM*, número 4924, 30 de noviembre, 2017,



Fotografía: Graciela Iturbide



Fotografía: Rodolfo González Figueroa

Necesidades y equívocos alimentarios

VERÓNICA VILLA

Grupo ETC

El producir para el mercado introdujo un obstáculo entre la producción y el consumo. Esta mediación es que lo producido ya no necesariamente se adecúa a lo necesitado, sino al mercado. Entre producción y satisfacción se interpone el mercado, y posteriormente el capitalismo.

1. Fundamentos materiales de la existencia humana. Dice Karl Polanyi que es un hecho innegable que los seres humanos tienen necesidades fundamentales materiales, y que deben derivar su subsistencia de una interacción constante con sus entornos naturales¹. Karl Marx, en sus Tesis sobre Feuerbach, plantea una definición de la actividad humana (praxis) que radica en su carácter real y objetivo: la acción transformadora que se ejerce sobre la materia prima, sobre los medios o fuerzas productivas². Así que la premisa de la existencia humana es el sustrato material del que deriva su mantenimiento, sobre el que se asienta, desarrolla y complejiza.

La primera necesidad podría entenderse como lo que Bolívar Echeverría llama la praxis económica: el proceso de trabajo que asegura la supervivencia, que además de “vencer la escasez” es una actividad “ilimitadamente creadora, capaz de provocar y satisfacer cualquier tipo de necesidades”³.

No puede negarse la materialidad del cuerpo humano y del mundo en el que existe. Esta materialidad es el sustento de cualquier construcción subjetiva, histórica, cultural de

las necesidades y sus satisfactores: si no existe el cuerpo que las anhele y las gestione, no existe nada.

2. Las necesidades como el momento de síntesis y reproducción de la vida humana.

El sujeto social humaniza la naturaleza y el resultado de esa humanización es el punto de partida para nuevas modificaciones del mundo. Los bienes que produjo al trabajar, al asegurar la supervivencia, son lo que consumirá para recomenzar la dinámica de transformación, trabajo, producción o humanización del mundo. El sujeto social es quien transforma, pero también es transformado a partir de lo que hereda de quienes le antecedieron en la acción. Lo necesario para seguir adelante, el conjunto de condiciones, aprendizajes, instrumentos, impulsos y materiales que hacen posible la continuidad de la vida humana, constituye el "sistema de necesidades" del sujeto social⁴.

Producir (hacer uso y refinamiento de las habilidades, de la capacidad de humanización y transformación de la naturaleza) y consumir (el momento de la satisfacción de las necesidades de supervivencia y la creación de nuevas necesidades, momento de síntesis), son dos estadios del mismo devenir social, separables únicamente para entenderlos, pero en movimiento permanente y protagonizados por los mismos sujetos: todos producen y consumen todo el tiempo. En el momento del consumo se satisfacen las necesidades para la reproducción del individuo y del mundo que vamos recreando y modificando. La forma natural de la reproducción humana supone esta adecuación entre capacidades y necesidades.

3. La ruptura en el flujo natural de satisfacción de las necesidades.

Sin embargo la economía de mercado, y posteriormente el capitalismo, introdujo una mediación en este flujo de producción y reproducción, en esa adecuación de las capacidades infinitas para con las necesidades abiertas. El producir para el mercado introdujo un obstáculo entre la producción y el consumo. Esta mediación es que lo producido ya no necesariamente se adecúa a lo necesitado, sino al mercado. Entre producción y satisfacción se interpone el mercado, y posteriormente el capitalismo. En palabras de Bolívar Echeverría, en la época moderna, "el proceso natural de reproducción [de los seres humanos] no obedece a un telos (fin o propósito) propio capaz de sintetizarlo sino a uno ajeno —enajenado— que es el telos cósmico del valor instalado como sujeto que se autoafirma, que se valoriza: el telos de la acumulación de capital."⁵

Desde la perspectiva de la crítica del capitalismo, el hecho de que se haya roto el metabolismo natural entre la naturaleza y la humanidad llevó a reproducir sistemáticamente la situación de escasez entendida como la permanente in-

satisfacción de las necesidades⁶. Luego esta insatisfacción se “naturalizó” como parte de la condición humana.

David Cayley hace la crítica de este proceso a partir de Karl Polanyi, quien llamó “falacia economicista” el pensar que la economía de mercado (definida liberalmente como la asignación de medios escasos a fines alternativos) es la forma en que la humanidad resuelve su subsistencia. “Hacer lo mejor con lo que se cuenta” es dar por hecho que la gente quiere más de lo que puede tener, que nunca hay lo suficiente para la satisfacción de todos. Equivale a decir que la escasez es una premisa y que por lo tanto, la gente debe pelear por los bienes escasos. Es asumir que la competencia y la insatisfacción crónica de las necesidades son propiamente humanos⁷.

Además de considerar las necesidades como una carga que se padece y como fuente inagotable de frustración, ocurre el sometimiento de las capacidades humanas a la producción de objetos que incluso se crean para terminar con la vida misma (por ejemplo armas).

Los debates sobre las necesidades (qué son, cómo se configuran, cómo se resuelven) son muchos y están abiertos. Sin embargo estas breves premisas desde la perspectiva de la crítica del capitalismo ayudan a entender algunos de los problemas actuales de la alimentación, siendo ésta una de las necesidades fundamentales innegables del ser humano, aparte de la diversidad de sus formas históricas y culturales.

Otro matiz de la ruptura entre capacidades y necesidades. Iván Illich argumenta que el sistema económico dominante ha introducido una lógica de desarrollo que consiste en expropiar las capacidades que tienen las comunidades para resolver su vida en términos propios (autonomía, autodeterminación) y en su lugar satisfacer las necesidades con bienes de mercado. Expropiar las capacidades, explica Illich, incluye el despojo de los medios y los objetos de la producción, del trabajo, pero también la censura de los saberes locales, las tradiciones, las tecnologías adecuadas, (el derecho al precedente), el lenguaje, la percepción, y todas las formas de expresión del intelecto, el espíritu y la epistemología⁸.

Jean Robert llama a este momento en que se despoja a las comunidades de sus fuentes y medios de subsistencia “la enajenación originaria”,⁹ el momento en que “la destrucción de capacidades autónomas permite crear las necesidades de bienes económicos”. Es decir, que para poder expandirse, el capitalismo deshabilita a las comunidades y las sociedades impidiéndoles resolver de manera congruente el metabolismo entre la producción y el consumo. Illich le llama a esto: “man made misery” —miseria fabricada por los propios seres humanos ¹⁰.

Entre más deshabilitados estemos como personas y como colectivos, más necesitaremos de alguien o algo fuera de nuestro control para satisfacer las necesidades. Y no se detiene allí: quien venga tendrá el poder de indicar qué necesitamos, lo que Illich calificó de **monopolio radical**: la situación en que cada persona y cada comunidad se convence de que lo que necesitan es lo que les ofrecen los monopolios: la alimentación que necesito es la que promueven las corporaciones, o los grupos de expertos (nutriólogos, funcionarios de la FAO, médicos); la forma de obtenerla siempre debe tener la lógica industrial. En este punto, las necesidades se hacen equivalentes a las mercancías. Se crea y se expande una red de especialistas cuya misión es convencernos de que necesitamos lo que ellos dicen, a semejanza de como trabaja la mafia¹¹.

4. La canasta básica y la comida chatarra¹² En México, en el momento en que la industrialización requirió fuerza de trabajo barata (para la sustitución de importaciones y procesos paralelos como el crecimiento urbano, el tendido de carreteras, puentes, comunicaciones en general) fue muy importante que hubiera alimentos producidos a bajo costo¹³. Estos alimentos provenían de las unidades campesinas que se reproducían bajo la lógica de la subsistencia, no para colocar excedentes en el mercado, y sin embargo, siendo México a mediados del S. XX un país aún eminentemente rural, esta agricultura de autosustento daba de comer, a precios no fijados por el mercado, a toda la población rural e hizo posible la migración de fuerza de trabajo subsidiada hacia las urbes para consolidar los procesos de industrialización. El establecimiento de precios de garantía, los subsidios directos a la producción agraria, el tope de precios, todo eso contribuyó a mantener barata la canasta básica y por lo tanto, salarios bajos.

Esta lógica de mantener bajos los salarios manteniendo bajo el costo de reproducción del trabajador no ha cambiado, solamente que ahora las calorías necesarias para desempeñarse —hacer los colados de los edificios, aguantar el trayecto a la oficina o a la fábrica, trabajar en la parte más pesada del mantenimiento de la mega urbe, o cualquier actividad que contribuya a la valorización del capital— provienen principalmente no de la agricultura campesina, sino del sistema industrial de producción de alimentos, basado en unos pocos cultivos a partir de los cuales se confeccionan comestibles de larga vida de anaquel, con alto contenido de azúcares, sales y grasas además de los conservadores, saborizantes, aromatizantes y mejoradores de la apariencia (texturizadores, colorantes, etcétera).

Michael Pollan ha reconstruido la historia de las “necesidades nutricias” en Estados Unidos. En sus recuentos explica cómo han ido conformándose los

modelos de nutrición promovidos desde el Estado (en su rol de garante de la salud y bienestar de los gobernados), o los indicadores de la ingesta mínima y máxima de diversos nutrientes, según se desarrolla la producción y venta de ciertos cultivos. Es decir, la agricultura industrial promueve sus excedentes, y sus mercaderes pueden incluso comisionar estudios científicos para colocar exitosamente éste o aquel ingrediente, derivado de éste o aquel cultivo. Pollan dice que los estudios científicos que han promovido en su turno la margarina, la dieta baja en carbohidratos, los licuados de clorofila, los quesos y leches de soya, los endulzantes de maíz, los súper alimentos (hoy en día tenemos al coco, la chía y la quinua) son, más que nada, relaciones públicas e ideología en argot técnico pagada por la industria de los alimentos procesados.¹⁴ (2008).

Está el caso de la fórmula que sustituye al amamantamiento. Aparejada con innovaciones en la división del trabajo que posibilitaron que las mujeres accedieran a trabajos (y salarios) fuera de la casa, la "leche maternizada" se ha ido colocando hasta el día de hoy como algo necesario para que los niños sobrevivan, incluso si la madre tiene buen tiempo de amamantar. Desde su primera noche en la Tierra, los bebés reciben el golpe de azúcar del cual será muy difícil liberarse por el resto de sus vidas. Las familias tienen que destinar enormes presupuestos a comprar fórmulas y toda la parafernalia necesaria por un mínimo de dos años. Como a los niños les hace bien lo dulce, lo pleno de glucosa, y efectivamente ganan peso muy rápido, las leyes laborales sobre permisos de maternidad han quedado intocadas por décadas. Gabrielle Palmer afirma que si todos los bebés que nacen en el mundo recurrieran de entrada a la alimentación en botellas, las ganancias anuales de las compañías que fabrican la leche "maternizada" se incrementarían más de 5 veces. Es éste el mercado tras el que van. Entre las familias pobres del planeta la adquisición de fórmula, botellas y esterilizadores drena una buena parte de sus ingresos. En el espejismo de nutrir al más pequeño, se empobrecen y desnutren todos los demás. Entre más aceptada es la leche artificial, más crecen las ganancias de los fabricantes. La fórmula para bebés es el alimento más caro en las compras cotidianas de cualquier familia, rica o pobre. En Nigeria una ración cuesta más de 2.5 salarios mínimos. En Uganda llega a costar 9 salarios mínimos¹⁵.

El sociólogo Jorge Veraza explica, a partir del concepto "subsunción del consumo"¹⁶, cómo el capitalismo hace que los sujetos necesitemos lo que el capital produce en términos de nuestra reproducción inmediata: lo que consumimos en la vida cotidiana, sean alimentos, ropas, relaciones, emociones específicas, "estilos de vida", de tal modo que los sujetos son producidos a como el sistema requiere.

La imposición de patrones de consumo y la subsunción del consumo se complementan, o pueden entenderse como aspectos del mismo fenómeno. Por un lado ciertas mercancías alimentarias se presentan como las mejores opciones (porque hay excedentes o porque imponerlas en los puntos de accesibilidad y ponerlas de moda es muy rentable) y por otro lado el "productivismo paroxístico"¹⁷ que demanda el ritmo de trabajo en la actualidad, solo puede cumplirlo el cuerpo humano a partir del consumo específico que ofrece el sistema.

Así que por un lado tenemos la "creación de necesidades", mediante propaganda, para que el mercado de bienes y servicios fluya; pero por otro tenemos que en verdad son necesarias las calorías de rápida absorción que brindan los refrescos, las grasas hidrogenadas, las harinas refinadas que se encuentran en cualquier producto de las tiendas "de conveniencia" Oxxo, 7Eleven, Super-K, y todos los supermercados. Esto constituye la "dieta neoliberal"¹⁸.

El resultado, para Illich, a la vuelta de la enajenación de las capacidades, es la "tantalización de las necesidades"¹⁹ es decir que dentro de las economías orientadas al mercado y la "cultura de la commodity", los satisfactores tienen una contrafinalidad intrínseca: lo que dicen resolver lo empeoran, en vez de dar vida, dan muerte²⁰. Veraza dice: "la alimentación se encuentra predeterminada en forma sistemática y, en el caso de la nuestra, por cierto, en un sentido altamente nocivo para la salud".²¹

Regresando al caso mexicano: mantener a la baja los salarios resolviendo la canasta básica con harinas refinadas y azúcar ha redundado en diabetes, hipertensión y obesidad²². Cada vez hay mayor evidencia científica de que la aparición y prevalencia de la diabetes se debe a factores nutricionales²³. "La dieta neoliberal coincide nítidamente con el crecimiento del sobrepeso y la obesidad a niveles de epidemia."²⁴ En México la diabetes ya es la primera causa de muerte y se espera que aumente 40% en los próximos 10 años²⁵. Se calculaba que 100 mil mexicanos morirían de diabetes en 2015²⁶. Siete de cada 10 personas en México padecen sobrepeso y 3 de cada 10 niños. México es el primer lugar mundial de obesidad y sobrepeso en niños y el segundo en adultos²⁷.

En el ámbito global, la FAO espera que la obesidad se duplique para 2030. Las pérdidas en productividad y en gastos por enfermedades relacionadas con la malnutrición y el sobreconsumo excedieron ya los 4 billones de dólares por año, equivalentes a más de la mitad del valor mundial del mercado de comestibles²⁸.

5. Algunas preguntas finales. Así que la pregunta no es si las necesidades actuales son falsas o verdaderas, sino ¿de quién son? ¿son realmente del sujeto, o del

capitalismo? Un sujeto en libertad para trabajar en lo que quiera, ¿necesitaría el golpe de glucosa que hace a los obreros salir a enfrentar la ciudad y la fábrica?

Una mujer que contara con toda la certeza material y emocional para ser madre ¿necesitaría las fórmulas? Tendríamos que entender cómo algunas “necesidades” son en realidad la imposición de ciertos patrones de consumo. El problema con la comida chatarra es precisamente cómo los satisfactores, los bienes que se producen para satisfacer las necesidades, en realidad tienen una finalidad ajena, que es el apuntalamiento del sistema económico de mercado.

Es un hecho que el debate sobre las necesidades no está cerrado, pero eso no obsta para que sea posible hacer una crítica del contenido de las necesidades. La crítica de la satisfacción de las necesidades es una cuestión de vida o muerte, literalmente.

Notas

- ¹ Es la explicación que el escritor David Cayley retoma de Karl Polanyi, a partir de *La gran transformación* y otros trabajos, en su serie de programas para CBC Radio “Markets and Society.” Programa número 3, subido a la red en octubre de 2014. Disponible en <http://www.davidcayley.com/podcasts/?category=Karl+Polanyi>
- ² Tonda M. Concepción (2014) *La definición de cultura en Bolívar Echeverría*. México: UNAM-FCPyS
- ³ Echeverría, Bolívar (1998) La contradicción del valor y el valor de uso en *El Capital* de Karl Marx, p. 44
- ⁴ Tonda, *op.cit.*, p. 24
- ⁵ Echeverría, *op.cit.*, p. 10
- ⁶ David Cayley, *op. cit.*
- ⁷ *Ibidem.*
- ⁸ Illich, Iván (2006). *La convivencialidad*, en *Obras Reunidas I*, México: Fondo de Cultura Económica.
- ⁹ Jean Robert, “Crisis económica y territorialidad”, *Biodiversidad, sustento y culturas* número...
- ¹⁰ Illich, Iván (1978). “Tantalizing Needs”, en *Towards a History of Needs*, Nueva York: Pantheon Books-Random House.
- ¹¹ *Op.cit* nota 8.
- ¹² Definición de comida chatarra por Gerardo Otero (2015): “Entendemos por comida chatarra aquellos alimentos altamente procesados, como harinas refinadas de cereales complejos y azúcar refinada, aceites vegetales y, desde luego, mucho

de la comida de los restaurantes de «comida rápida». Los tres aditivos principales de estos productos son sal, grasa y azúcar. Existe toda una «ciencia» desarrollada desde los años setenta para determinar la combinación «óptima» de estos ingredientes: la que logre el «punto de éxtasis» (bliss point en inglés) para el consumidor. El objetivo principal de la comida chatarra es que tenga un sabor tan atractivo que cause adicción e incremento de ventas. Nada tiene que ver con las necesidades nutricionales ni la vida saludable. Lo que importa son las ganancias.”

¹³ Ésta es una explicación que proponen Armando Bartra y Blanca Rubio para dar cuenta de la industrialización en México y el papel de la economía campesina. Blanca Rubio habla de “la contradicción irresoluble” entre agricultura e industria en México, que es el desarrollo de la industria a expensas de la economía campesina. Rubio, Blanca (1987). *Resistencia campesina y explotación rural en México*. México: ERA

¹⁴ Pollan Michael, (2008) *In Defense of Food*. New York: Penguin

¹⁵ Palmer, Gabrielle (1998) *The Politics of Breastfeeding*, Reino Unido: Pandora Press

¹⁶ Subsunción del consumo bajo el capital: “De hecho el sometimiento del consumo ocupa un lugar estratégico en el sometimiento de la sociedad toda porque es el momento final en el que queda englobado el proceso de vida de la sociedad, es decir, el momento a partir del cual se reproduce en términos celulares y espirituales cada individuo. No se extrae plusvalor en esos ámbitos, pero en ellos se garantiza que se explote plusvalor a todo lo largo y ancho del proceso de trabajo local, nacional y mundial. (Veraza: 2007).

¹⁷ Veraza, Jorge (2007) *Los peligros de comer en el capitalismo*. México: Itaca

¹⁸ Otero, Gerardo (2014) “Dieta neoliberal y comida chatarra”, en *Observatorio del Desarrollo*, Volumen II No. 6. México.

¹⁹ Tantalizar: provocar deseos irrealizables

²⁰ Ivan Illich, “Tantalizing needs”, *op.cit*, p. 93

²¹ Veraza, *op.cit*.

²² GRAIN (2015). “Libre comercio y la epidemia de comida chatarra en México”. En www.grain.org/es. Versión electrónica: <http://www.grain.org/article/entries/5201-libre-comercio-y-la-epidemia-de-comida-chatarra-en-mexico>

²³ Periódico *Crónica*, “Día mundial de la diabetes”, 11 de noviembre de 2010. http://www.cronica.com.mx/especial.php?id_notas=543505

²⁴ Otero, *op.cit*.

²⁵ *Crónica*, *op. cit*.

²⁶ CNN-México: <http://mexico.cnn.com/salud/2013/10/29/100000-mexicanos-mo-riren-por-diabetes-en-2015-calculan-expertos>

²⁷ Secretaría de salud del Distrito Federal, consultado el 12 de junio en : http://www.salud.df.gob.mx/ssdf/index.php?option=com_content&task=view&id=4034

²⁸ Grupo ETC (2014). "En el caos climático quién nos alimentará. La cadena industrial de producción de alimentos o las redes campesinas." Disponible en <http://www.etcgroup.org/es/content/con-el-caos-climatico-quien-nos-alimentara>

Revista Biodiversidad, sustento y culturas,
número 92, mayo de 2017.



Fotografía: Rodolfo González Figueroa



Fotografía: Rodolfo González Figueroa

Los cuidados que sostienen al mundo

MARÍA VERÓNICA VILLA ARIAS

Grupo ETC

Me voy a referir a un problema acuciante, que es el problema de la crisis de alimentación en el mundo. El problema se esboza por todos lados como insuficiencia de alimentos, pues la población crece exponencialmente y no habrá comida que alcance. Según los expertos en nutrición de la ONU, más de 800 millones de personas padecen hambre y más de la mitad de la humanidad tiene problemas relacionados con la alimentación. Sin embargo, no solamente NO se trata de escasez de comida, sino que además quienes están brindando una solución a esa crisis, quienes están subsanando la subsistencia de la mayoría de la humanidad, (Grupo ETC: 2014) son pueblos y comunidades campesinos, acusados de atrasados e ineficaces, *los pueblos vernáculos del mundo*.

“Hay sistemas alimentarios que no sabemos que no conocemos”, dice el Grupo ETC. (2014). No los conocemos porque asumimos como inevitable que todo debe producirse por medios industriales. Presas de este monopolio radical, alimentar al mundo solo podría hacerse con agricultura industrial.

Por otro lado, en las administraciones públicas se considera que lo que producen los campesinos es demasiado poco para investigarlo y también porque los mismos campesinos no se dan el trato de la estadística formal. Una vez que indagué a una organización de agricultores de Oaxaca sobre sus altibajos productivos me dijeron: “no hacemos esas cuentas porque no nos sirven. Quienes quieren saberlo

asumen que no somos eficientes, así que no vamos a contar para demostrarles, nosotros mismos, que somos ineficaces en sus términos. Lo que pudiéramos registrar no entra en sus parámetros de lo que vale la pena.” Así andan los registros de producción de más de 550 millones de parcelas campesinas en el mundo, de los 190 millones de pastores, mil millones de agricultores urbanos y 800 millones de pescadores artesanales. (ETC: 2014). Esos son los sistemas alimentarios que no sabemos que no conocemos.

Más del 90% de las y los agricultores del mundo son campesinos e indígenas, pero acceden a menos de la cuarta parte de la tierra agrícola mundial. (GRAIN: 2014). Y sin embargo, con ello producen, según estudios diversos, entre el 50 y el 70 por ciento de la comida que mantiene viva a la gente. Sustentos básicos (cereales, leguminosas, tubérculos) pero también animales, frutas y hojas verdes que se distribuyen en mercados locales en cantidades importantes, total o parcialmente al margen del mercado, y llegan a sitios inaccesibles para los contenedores rodantes que distribuyen los paquetes de alimentos procesados de marca.

Si asumimos la perspectiva de los *historiadores a contrapelo* (Gilly: 2006), que develan cómo casi la totalidad de la actividad económica la llevan a cabo esa inmensa mayoría de seres humanos sin lugares prominentes en las cifras oficiales, ni en las inteligencias de derecha o izquierda, ni en los liderazgos de opinión, ni en los debates entre élites; si asumimos esa perspectiva, es fácil comprender el hecho de que la mayoría de la alimentación que nos mantiene con vida la provee esa miríada de redes campesinas y urbanas de subsistencia. (Y estamos así rompiendo el monopolio radical que presupone que sólo la industria puede resolver el problema de alimentar a una población planetaria cada vez más numerosa).

Se trata de pueblos con diversos grados de autonomía, de soberanía en lo que permanece de sus mundos vernáculos, pero también se trata –y esto es muy sorprendente— de colectivos que quieren darle la vuelta vivir *comprando* todo: organizaciones en el campo y en la ciudad, personas y colectivos que de alguna forma quisieran ser como los pueblos vernáculos.

El colectivo de investigación en el que participo (el Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración) se planteó recientemente preguntas como ¿quién nos alimenta hoy? ¿cuánta diversidad alimentaria tenemos y cuidamos? ¿cuál es el estado de los bosques? ¿qué nos está ocasionando la industrialización de la comida? ¿cómo se usa la energía para producir alimentos? ¿cuánta comida se desperdicia? ¿cuál es la relación entre trabajo, salud y producción industrial o campesina? Y estas son algunas de las respuestas que estamos obteniendo:

En estos días, con un cuarto de la tierra que se utiliza globalmente en la agricultura y con el 30% de los recursos mecánicos, hídricos, fertilizantes y combustibles, las redes de subsistencia (que incluyen campesinos, pastores, pescadores artesanales, recolectores y combinaciones de todo ello), junto con los agricultores urbanos, producen mayor cantidad, diversidad y calidad de alimentos que las cadenas de la agricultura industrial.

La agricultura industrial se enfoca en únicamente 12 especies. Desarrollar un nuevo cultivo biotecnológico puede llegar a costar 136 millones de dólares. Las redes campesinas manejan más de dos millones de variedades de plantas y animales, y los desarrollan sin ningún costo comercial. La pesca industrial se especializa en 360 especies y cultiva en cautiverio otras 600, mientras que los pescadores artesanales cosechan 15 mil especies de agua dulce y un número desconocido de especímenes marinos. Más de mil quinientos millones de habitantes obtienen su proteína de la pesca no comercial.

En el caso de los bosques, el mercado de productos maderables promueve plantaciones de 450 especies mientras que los habitantes de los bosques cuidan más de 80 mil tipos de árboles, arbustos, trepadores y plantas medicinales.

Se calcula que mil 600 millones de personas habitan esos espacios “ociosos” que el capital no ceja en agredir para meterlos al mercado de tierras. 80% de las poblaciones de los países en desarrollo acuden para satisfacer o complementar sus necesidades terapéuticas a plantas crecidas en los bosques, selvas húmedales (cultivadas en traspatios, balcones o azoteas). Estos lugares “subutilizados” son clave para enfrentar el caos climático por su capacidad de absorción de gases contaminantes.

La comida procesada ha ocasionado más o menos desde 1950 que se pierdan los nutrientes (pues al procesar cultivos fumigados se destruyen sus minerales); que las dietas se uniformen, que la diversidad se reduzca, y que hay un aumento dramático de enfermedades crónicas como la obesidad y la diabetes, la hipertensión, y ciertos tipos de cáncer relacionadas con la alimentación.

Las emisiones de gases con efecto de invernadero provenientes de la alimentación industrial (con los desmontes para monocultivos, con el uso de fertilizantes —cuya fabricación es origen de gases en sí misma— con la transportación trasatlántica, el embalaje, la refrigeración y la basura resultante) dan cuenta de al menos el 50% de los gases que ocasionan el calentamiento del planeta.

Casi el 80% del agua dulce disponible en un año se utiliza en agricultura industrial y procesamiento de alimentos. El agua que se utiliza el procesamiento

industrial de alimentos y bebidas en un año podría cubrir las necesidades domésticas de 9 mil millones de personas.

Entre el 33 y el 40 % de la comida producida con agricultura industrial se desperdicia cada año, por los estándares de producción, por la transportación y almacenamiento, en los procesos de producción y en los hogares donde llega y finalmente se echa a perder o no se consume.

Más de dos mil millones de personas en el planeta tienen deficiencias nutricionales y más de 400 millones tienen sobrepeso u obesidad. El consumo de carne en los países ricos rebasa en más de dos veces las recomendaciones de la Organización Mundial de Salud. Por cada dólar que pagamos en comida producida en la cadena industrial, la sociedad planetaria paga otros dos dólares en remediar desastres ambientales y curar enfermedades.

¿Cómo es posible que con menos de un cuarto de toda la tierra agrícola del planeta, los pueblos y comunidades campesinos provean casi el 70% de la alimentación que nos mantiene con vida como humanidad?

Esos pueblos, comunidades y colectivos calumniados de obstaculizar la modernización, despliegan una potencia que no se enfoca solamente en arrancar la comida a los suelos. Son quienes aún mantienen un tramado de prácticas y saberes que pese al embate modernizador de los gobiernos, de las agencias de financiamiento y de las mega-corporaciones, persiste, a veces como aparente inercia, otras con una reflexividad impresionante, otras veces más en el flujo del desastre, en medio de la vorágine y la incertidumbre.

El tramado de cuidados que sostienen al mundo no se reduce a sembrar y cosechar "cosas que se coman". En el caso de México, los pueblos campesinos no sólo conservan el maíz (cuyo futuro es objeto de debates mundiales). Los pueblos campesinos son quienes resguardan la diversidad de bosques, y con ellos, los ciclos del agua y del aire, y en esos territorios cuyo eje es la milpa, las comunidades tienen la posibilidad de negarse al extractivismo y la imposición de megaproyectos. Así que los pueblos vernáculos de México no sólo arrancan alimentos a la tierra. Con esas formas pertinentes de relación con los territorios, que se materializan en lenguas, modos, ropas, músicas, ritos, celebraciones, organización, luchas, los pueblos vernáculos de México son núcleo de soberanía nacional.

1) En 2013, el Tribunal de los Pueblos, en su capítulo México, escuchó el testimonio de un colectivo de jóvenes de Jalisco. Hijos de agricultores comerciales, acusaban a sus papás por enseñarles el miedo y la desesperanza... Denunciaban que sus mayores los estaban desanimando a relacionarse con el campo, con la naturaleza,

porque la única forma que conocían, la agricultura comercial, es desastrosa, es mal pagada y sin futuro. (¡En eso tienen razón!). Hagan algo que no los meta en problemas, les dicen sus papás. Los regañan porque quieren sumarse al movimiento ciclista de Guadalajara, o porque protestan contra los cultivos transgénicos. Pero los jóvenes no dicen que quieren convertirse en empresarios agrícolas. Dicen que quieren tener el derecho de ser campesinos. (GRAIN: 2014b).

2) Hace poco conocí un “bosque comestible”: en dos hectáreas de tierra yerma, destruida por la agricultura industrial, alguien removió la tierra, construyó declives y se puso a reunir especies de latitudes hermanas, de lugares separados por glaciaciones, por aumento de océanos, por desertificación, por reacomodo de las placas tectónicas; pero también separados por guerras o tratados de paz, o lugares con especies extinguidas por revoluciones verdes, por agricultura comercial y por mera urbanización. Comenzamos la caminata por el bosque comiendo rosas de Mongolia, directas del rosal. Seguimos con manzanas silvestres de Azerbaiján, membrillos de Turquía, peras japonesas; recogimos para la cena unos 20 tipos de hongos; para el desayuno, avellanas, moras rojas, negras, grandes, chicas, ácidas, dulces; kiwis, nueces, castañas, grosellas. Había frijoles silvestres de varios tipos, almendras, higos, lentejas... Ese bosque brinda según temporada más de 400 especies comestibles. Tiene más especies de insectos y aves que los parques naturales de ese país (Holanda). Lo que pide este lugar, dice mi amigo, es acompañar los procesos libres que hacen los bosques para crecer y mantenerse. En 6 años ocurrieron procesos que quienes hicieron este bosque esperaban que ocurrieran en 10 o más años. Están abriendo el entendimiento para alimentarse de otros cultivos además de los 12 “más famosos” en los que se enfoca el sistema industrial de producción de alimentos. Calculan que el ciclo de restauración total de los bosques puede reducirse 50 años de lo que ahora se calcula.

3) Acá en México, durante la presentación de un libro con recetas de platillos elaborados con lo que hay en la milpa “estándar”, un campesino mixteco de Oaxaca dijo que estamos acostumbrados a ver al bosque como algo muy grandioso y a la parcela campesina como algo pequeño en comparación. Dijo que la milpa es precisamente un bosque donde convive todo, lleno de matices y de espesura, donde todos los seres pueden existir y potenciarse.

4) Durante los años 1992 y 2010 en el Estado mexicano dirigió una cruzada contra la propiedad colectiva de la tierra, una campaña nacional para que las tierras

de cultivo se “regularizaran” en títulos de propiedad individuales, y que toda esa tierra entrara en el mercado, junto con la proletarianización de sus habitantes. A la vuelta de 20 años únicamente menos del 30% de los campesinos registró sus tierras a título individual para poder venderlas, lo que tiene francamente intrigado al Banco Mundial.

En México se siembran y cosechan casi 22 millones toneladas de maíz, de las cuales 14 millones de toneladas se cultivan con semillas que provienen de la cosecha propia, en tierras colectivas. Más de 8 millones de toneladas se destinan a la subsistencia de las comunidades sin pasar por el mercado. (CECCAM: 2013). Eso es sumamente subversivo.

Puede ser que estemos viendo el momento de la historia en que no sólo estudiamos las dinámicas económicas campesinas como parte de una etnografía de los sistemas económicos “alternos” o “subalternos”, o cómo se hacen las clasificaciones y los registros de aquello que está por extinguirse; sino que es muy visible, muy evidente, el proceso de reflexiones y de acciones desde lo profundo de las comunidades vituperadas, calumniadas de ineficaces, desgarradas por las migraciones, arrinconadas en las mega-urbes.

Aún sigue sin comprenderse plenamente la distinción que hizo Iván Illich sobre la subsistencia autónoma (con sus límites y sus problemas a resolver) y la miseria en la que caemos cuando se nos imponen los planes de desarrollo, las tecnologías, la modernización y lograr ese entendimiento es una tarea urgente.

En una reunión reciente de la “Red en Defensa del Maíz”, llegamos a la conclusión de que defender la vida campesina es un imperativo para todos, no solo para los pueblos vernáculos que persisten. Como explica la organización GRAIN, la tierra en manos campesinas es cada vez menor y si esta tendencia persiste no serán capaces de continuar alimentando al mundo.

Andrés Barreda, profesor de la Facultad de Economía de la UNAM, cofundador de la Red en Defensa del Maíz lo dijo así al resumir las discusiones de la última reunión de la Red en este 2016:

“La resistencia campesina tiene un claro significado universal para toda la gente porque defiende y muestra el sentido de la subsistencia autónoma, de la posibilidad de ser libre manteniendo relación con la tierra, con el territorio. Pero tiene un significado más, referido al peor drama de nuestro tiempo, el peor drama que vive toda la humanidad en el momento actual, que es el de la ruptura entre naturaleza y sociedad. Eso tiene a la humanidad no solo al borde del cambio climático, la tiene al borde de desaparecer.

“La separación entre sociedad y naturaleza, que avanzó durante cientos de años, en los últimos 80 alcanzó unos niveles brutales que ponen en peligro la vida de todos los seres humanos. Los campesinos son quienes detentan en vivo y en directo qué significa la relación entre la sociedad y la naturaleza. Es muy importante subrayar este punto para percibir de otra manera la situación de guerra social en la que estamos hundidos. Los campesinos se sienten solos. Los indígenas se sienten solos en sus territorios. Imagínense cómo se sienten 9 millones de compañeros indígenas que ya se fueron a trabajar como jornaleros, lejos de sus tierras, a los ranchos de agro-exportación. Sobre todo los que caen en ranchos en los desiertos, nadie puede escaparse de allí. Cómo se sentirán los obreros, sin el sentido de organización comunitaria de las comunidades campesinas, cómo se sienten las mujeres víctimas de asesinatos masivos. O cómo se sienten los jóvenes que no tienen ni en el campo ni en la ciudad —ni en la tierra ni en el cielo— ninguna oportunidad de nada.

“Todos nos estamos sintiendo solos, pero los campesinos tienen un fuego entre las manos. ¿Cuál es ese fuego que tienen? Es la relación con la naturaleza. Tienen la brújula de cómo se compone el mundo. Si el capitalismo es algo, si algo define el capitalismo, es que separa a la sociedad respecto de la naturaleza. Y esta separación está llegando a un nivel que implica el suicidio de la humanidad. En esta situación de suicidio civilizatorio, la vida campesina tiene algo que sí es significativo para toda la humanidad. Esto es muy importante de comprender, que aunque seamos el último campesino en el planeta, eso no va a quitar nunca en ningún momento, que somos quienes estamos teniendo la única posibilidad de futuro.”

Bibliografía

- Ceccam, Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano, *Boletín El Surco*, no. 2, 2013. @Alerta roja, maíz transgénico en México”, en <http://ceccam.org/node/774>
- GRAIN, *Hambrientos de tierra. Los pueblos indígenas y campesinos alimentan al mundo con menos de una cuarta parte de la tierra agrícola mundial*, 2014. En <https://www.grain.org/es/article/entries/4956-hambrientos-de-tierra-los-pueblos-indigenas-y-campesinos-alimentan-al-mundo-con-menos-de-un-cuarto-de-la-tierra-agricola-mundial>
- GRAIN, Compilador. *¡No toquen nuestro maíz! El sistema agroalimentario devasta y los pueblos en México resisten. Sentencias del Tribunal Permanente de los Pueblos-México sobre el eje Maíz, soberanía alimentaria y autonomía de los pueblos*, 2014. México: Itaca-GRAIN.

Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo*. 2006, México: ERA.

Grupo ETC., *En el caos climático, quién nos alimentará. ¿La cadena industrial de alimentos o las redes campesinas de subsistencia?* 2014. En <http://www.etcgroup.org/es/content/con-el-caos-climatico-quien-nos-alimentara>

Iván Illich, *Obras reunidas*, México: Fondo de Cultura Económica.

Programa mundial de alimentos, 2006 "Hambre", página web consultada el 10 de agosto de 2016. En : <https://es.wfp.org/hambre/datos-del-hambre>

www.etcgroup.org/es
Agosto de 2016.



Fotografía: Rodolfo González Figueroa

CAPITULO V

Nuestras semillas
nuestros saberes



Fotografía: Graciela Iturbide

Nuestras semillas, que son saberes, que son semillas

«Junto a las miles de tareas que forman la diversidad de formas de vida que tenemos los pueblos también está la naturaleza de la que formamos parte y que nos ha permitido alimentarnos, sanarnos, protegernos, vestirnos y gozar también de las maneras más diversas y ricas»

En estas reflexiones, del cuidado más cotidiano y sutil a las prefiguraciones de la ciencia crítica para oponerse a los inventos de la tecno-ciencia, pasando por la reivindicación de la agroecología, y lo que campesinas y campesinos impulsan todos los días desde sus regiones, queremos mostrarles este mosaico: semillas que son saberes, que son semillas.

La semilla es el corazón de la soberanía alimentaria. Está tan claro para nosotras que, si nuestro corazón deja de latir, inevitablemente se acaba la vida; si nuestra semilla desaparece se acaba la vida, nuestra vida, la vida de las comunidades campesinas, de las comunidades indígenas. Pero también se acaba la vida de la que respiran nuestros países. *Francisca Rodríguez en entrevista con Biodiversidad, sustento y culturas, 2006.*

Cuidar es también poder experimentar. La ribera del río Casamance aloja kilómetros de manglares. Mariama Sonko nos muestra las estructuras de madera donde tejen los cultivos de ostras que campesinas y campesinos djola de la región de Ziguinchor mantienen como parte de sus cuidados de la vida y su soberanía alimentaria. Es la comunidad de Niagui, en la costa atlántica de África, en Senegal.

Estamos en la sabana, plenas de árboles y arbustos y humedales.

La gente de Niagui está muy involucrada en su soberanía alimentaria, con semillas que les permitan sembrar sus propios alimentos.

Mariama Sonko, una de las comuneras que mantiene la tradición de custodiar las semillas, nos muestra hileras de vasijas de barro de diversos tamaños alineadas a las paredes de adobe de una casa en un barrio de la comunidad: “El barro regula la temperatura, algo fundamental para conservar las semillas. Hacemos ollas especiales, y al guardarlas ahí las intercambiamos con más facilidad. Las mujeres hacemos las ollas con sus tapas poniendo frases diversas a los costados para ayudarnos a reflexionar sobre las semillas y su importancia”.

Mariama Sonko aclara que no tienen la idea de promover bancos de semillas, “porque lo más importante es la conservación a largo plazo de las semillas ‘activas’, es decir, semillas que todo el tiempo estén en los campos, y que sembrándose se intercambian entre cosecha y cosecha. Una variedad de arroz, de lo más sembrada en la región, es la variedad ‘brikissa’ que todo el tiempo se intercambia; y dura unos 50 días para sembrarla”. Con gran orgullo prosigue su relato: “fue una mujer de ésas que en la ciudad llaman ‘analfabetas’ quien comenzó a reconstituir las variedades tradicionales, porque entendió que las variedades ‘mejoradas’, convencionales, comerciales, erosionaban nuestras semillas tradicionales, mucho más resistentes y adaptables a las veleidades del clima y la humedad. Somos las mujeres quienes transmitimos los cuidados y saberes de nuestras semillas de generación en generación. Surgen de tener confianza en nosotras mismas. Las semillas convencionales no le permiten a la gente observar, calcular, experimentar, porque vienen con recetas precisas que nos quitan posibilidades. Hablamos de unas veinte variedades de arroz, hay sorgo, maíz y mijo. Nosotras no queremos centralizar los cuidados. Promovemos autonomía, porque además las condiciones están cambiando, la fertilidad del suelo se pierde, hay falta de lluvia, demanda de semillas. Las prácticas mantenemos, pero las condiciones no son las mismas. *GRAIN*, en el Boletín Nyeleni número 38: Semillas campesinas, el corazón de la lucha por la soberanía alimentaria, diciembre de 2019, <https://nyeleni.org/spip.php?article733>

En el horizonte de los milenios es difícil imaginar los cuidados que como obsesión continua emprendían uno tras otro —a modo de existencia— los pueblos, las comunidades.

La gente, de sol a sol y a lo largo del año, buscaba afanosa el agua, recoger en los días precisos las moras, las bayas, los tubérculos, las flores, las ramas, las hojas, la sal, en los sitios especiales descubiertos en los recorridos de peregrina-

naje estacional o simplemente cíclico. En ese recorrer el entorno fueron delimitando los alcances de su saber, los alcances de lo compartido como grupo, como familia, como colectivo-comunidad. Así fueron entendiendo dónde el agua, dónde de los animales, cuándo la lluvia, qué iba con qué, cuáles los cuidados para hacer más probable que algo, que todo, siguiera existiendo.

Y la reciprocidad que definía los descubrimientos, el cumplimiento de las apariciones, fue delineando esos cuidados que, con los años y los siglos y los milenios habrían de mantener la permanencia.

Las llamadas albarradas se fueron hallando entonces esas esas ollas, esos cuencos que la gente descubría en sus recorridos, y que con un poco de trabajo funcionaron como humedales “artificiales” que permitían que la gente obtuviera agua y la almacenara, siempre con formas comunitarias de ubicarlas, trabajarlas, adaptarlas y mantenerlas. Entender el funcionamiento del agua en la región, su relación con las lluvias, las bajadas, el lomerío del las pendientes, y los manantiales y acuíferos subterráneos asociados, es una cultura ancestral que sigue viva. Pueden ayudar a recargar los mantos subterráneos y a fortalecer las bondades de los ecosistemas aledaños. Hablamos de unos 4 mil años de continuidad, y se tienen noticias de tales sistemas en todo el continente, notablemente en Ecuador, Colombia, Bolivia, Perú desde donde los páramos iban alimentando los escurrimientos filtrados por la roca hasta las caídas y luego a las pozas naturales que se cuidan entre varias comunidades, porque es un trabajo regional, aunque también puede ser local.

No hay que confundir los tanques reservorios familiares con las albarradas, porque lo crucial de éstas es su relación con los pisos verticales y todo el sistema de escurrimientos y trasiegos a la recarga de los mantos, en una relación de mucho detalle y cuidado. Los tanques son sólo captadores de agua que no consideran estas sutilezas. *Fernanda Vallejo y Ramón Vera-Herrera, “De la naturalidad, la reciprocidad y los cuidados”, sin publicar.*

Siempre tuvimos de todo; nuestros niños no lloraban de hambre, ni éramos gente en necesidad. Los rápidos del Río Roca nos abastecían de pescado excelente y la tierra, siendo fértil, producía buenas cosechas de maíz, frijol y calabazas. Nuestro pueblo estuvo aquí más de cien años, durante los cuales fuimos los únicos dueños del Valle del Mississippi. Estábamos sanos y la caza no podía ser mejor. Si un profeta hubiera llegado a decir que todas estas cosas dejarían de existir, nadie le habría creído. *Ma-ka-tai-me-she-kiak, o Halcón Negro, jefe de los sauk y los zorra. “Tocar La Tierra: autorretratos de la existencia india compila-*

dos por TC MacLuhan”, traducidos por Hermann Bellinghausen, Ojarasca 228, abril 2016.

Queremos empezar a mirar y a nombrar la realidad de una forma nueva, diferente, intentando trazar nuevas líneas transversales que alcancen (porque alcanzan) a todos aquellos espacios sociales que se nos muestran desarticulados, escindidos, sin conexión. Queremos aportar algo de luz a la confusión reinante en el uso de términos como “políticas de igualdad” o “conciliación de la vida familiar y laboral”, porque tras esos términos suelen esconderse los viejos discursos, vestidos para la ocasión con lo “políticamente correcto”, pero sin variar prácticamente un ápice el lugar al que miran y desde el que nombran: público, mercados, masculino, occidental, blanco, heterosexual. Con los mercados situados como epicentro de la organización social, en un mundo que nos hace imaginar un espacio público y otro privado, nosotras queremos distanciarnos de los análisis que tienen a los mercados como objeto de interés preferente (aunque sea desde una posición antagonista).

Afirmar la primacía de la satisfacción de las necesidades humanas y la sostenibilidad social como objetivo básico de la sociedad, nos obliga a iluminar el lugar social prioritario en el que se realizan dichos objetivos: el grupo doméstico. Entendiendo por tal una red de afectos, de fidelidades, de responsabilidad y de interdependencia, pero también una red de juegos de dominación y subordinación, que tiene límites poco precisos y a la que todavía no sabemos dar otro nombre. Una red de atención y cuidados tendida a través de la sociedad, que se extiende y se ramifica, pero que a veces también se contrae o se rompe y se re-crea buscando nuevas formas e itinerarios para cumplir su papel de infraestructura básica de la vida humana. Queremos poner en el centro de la cuestión los requerimientos del grupo doméstico para resolver las necesidades materiales e inmateriales de las personas que lo integran, porque consideramos que es desde estos procesos desde donde se debe partir para mirar y nombrar la realidad social en la que vivimos. *Amaia Pérez Orozco y Sira del Río, “La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados”, Rescodos, de la Asociación Cultural Candela, “Mujeres”. noviembre de 2002.*

“¿Usted se acuerda de aquel tiempo?” ¿Tiempo en el que para plantar, se usaba nuestra propia semilla? No se necesitaba fertilizante, porque la tierra era buena y el abuelo había enseñado a papá que se plantaba un tiempo y después se dejaba la tierra descansar.

En la cosecha anterior, ya teníamos escogidas las mejores plantas, aún durante el cultivo, para coger por separado y guardar las semillas para la próxima siembra. Después de algunos años de uso de la misma semilla, papá cambiaba con amigos de otras comunidades, para no dejar debilitar. Eso él también lo aprendió con el abuelo.

En aquel tiempo, se producía de todo: arroz, frijol, maíz, trigo, gallinas, puercos, vacas lecheras, hortalizas, frutos. La despensa siempre estaba llena de harina del molino colonial, el tendedero lleno de salchichas, las latas llenas de manteca y de carne de lata, el estante con queso ya duro de lo viejo que estaba.

No se usaba herbicidas, porque las familias eran numerosas y limpiaban sus cultivos a través de colectivos de trabajo. Esos colectivos eran una conjunción de gente del barrio que venía a trabajar en común. Ese día, se mataba un animal capado gordo, se hacía comida en ollas grandes para poder alimentar toda la gente y generalmente se terminaba con un baile. La gente trabajaba mucho, pero se divertía, vivía en comunidad, se alimentaba de comida saludable, producida en su propia tierra. Las familias campesinas eran felices..." *Valter Israel da Silva, Clase campesina, modo de ser, de vivir y de producir, https://www.academia.edu/8334886/Clase_campesina_modo_de_ser_de_vivir_y_de_producir_Valter_Israel_da_Silva._MPA-V%C3%ADa_Campesina_Brasil*

Los blancos nunca cuidaron la tierra ni el venado ni el oso. Cuando nosotros matamos carne, la comemos toda. Cuando sacamos raíces hacemos hoyos pequeños. Cuando construimos casas, hacemos hoyos pequeños. Cuando quemamos la yesca para los saltamontes, no arruinamos las cosas. Agitamos los troncos para coger bellotas y nueces. No tumbamos los árboles. Sólo usamos madera muerta. Pero los blancos levantan la tierra, tiran los árboles, matan todo. El árbol dice: "No lo hagas, estoy adolorido. No me lastimes". Pero le dan con el hacha y lo pedacean. El espíritu de la tierra detesta a los blancos. Explotan los árboles y los remueven hasta el fondo. Asierran los árboles. Los lastiman. Los indios nunca lastiman. Los blancos destruyen todo. Explotan las rocas y las esparcen por el suelo. La roca dice: "No lo hagas. Me estás lastimando". Pero la gente blanca no pone atención. Cuando los indios usan rocas, las recogen redondas. ¿Cómo le iba a gustar el hombre blanco al espíritu de la Tierra? Por donde el blanco ha pasado hay dolor. [Los wintu de California vivían en la espesura de grandes bosques donde era difícil encontrar un claro para las casas. Sin embargo, escribe la antropóloga Dorothy Lee, "sólo empleaban madera muerta como combustible, por respeto a la naturaleza". En este pasaje, una **sabia wintu** lamenta la innecesaria destrucción

de la tierra donde vivía, un lugar al que la minería del oro y del agua le desgarraron los suelos.] *"Tocar La Tierra: autorretratos de la existencia india compilados por TC MacLuhan"*, traducidos por Hermann Bellinghausen, Ojarasca 228, abril 2016.

El dejar de ser campesinos y campesinas y transformarnos en "agricultores familiares", nos convierte en un sector atrasado frente a la modernización, cuya única posibilidad de sobrevivencia sería especializarnos, integrarnos a la industria y convertirnos en precarios trabajadores y trabajadoras asalariadas, y o en meros consumidores de insumos y tecnología, con el agravante de que bajo esta categoría la actividad productiva y el trabajo de nosotras las mujeres se invisibilizan totalmente. Éste es uno de los puntos centrales del libro y se refiere a lo que es hoy una de nuestras grandes preocupaciones: cómo el capital no sólo ha logrado aumentar los niveles de explotación de quienes trabajamos en el campo, sino que ha dado una guerra ideológica cuyo resultado es indiferencia o desprecio hacia nuestra labor por amplios sectores de la sociedad, incluso permeando en parte nuestra propia la conciencia.

Sin lugar a dudas, son estos procesos de expansión del capital y de guerra ideológica los que han alimentado el mito del fin del campesinado. Nos encontramos así, enfrentando procesos que han desembocado en un cambio radical del paisaje y de la agricultura campesina tradicional: por primera vez en la historia de la humanidad la mayor parte de la población es urbana. Desde el pensamiento dominante se nos dice que esto es un avance a la superación del mal llamado "tradicional atraso campesino", pero poco o nada se dice de cómo el éxodo ha contribuido al aumento extremo de la pobreza y al hacinamiento que hoy sufre la población con todos los conflictos sociales que esto acarrea.

Lo cierto que como señala Valter da Silva, "el campesinado sigue vivo y cada año gana más visibilidad". Para hacer más justa, habría que decir que el campesinado sigue vivo y que hoy cuenta con la incorporación activa y en todos los ámbitos de las mujeres del campo organizadas y luchando a la par con nuestros compañeros. *Francisca Rodríguez, dirigente de Anamuri y CLOC-Vía Campesina, "Un modo de ser, de vivir y de producir, razón de nuestro existir", en Valter Israel da Silva, Clase campesina, modo de ser, de vivir y de producir, Brasil, 2013*

La agroecología no es una mera técnica de producción. Esa discusión no es inocente y amerita un serio análisis político, con el foco puesto en las grietas que hoy lucen los modelos de producción masivos. "Hoy el modelo agroindustrial hegemónico a base de transgénicos y venenos está en crisis; la misma FAO está

diciendo que se llegó a un límite y que necesitamos cambiar. Y ahí la agroecología surge como la agricultura del futuro. Lo decimos nosotros convencidos, pero también lo dicen algunos personajes que fueron parte de la Revolución Verde y que ahora, como ratas, están buscando cómo adaptarse a lo que viene. Ahora dicen que abrazan la agroecología, después de denostarla durante muchos años diciendo que era un cuento, que no era productiva. Y éstos son justamente los que hacen ese recorte de la idea de agroecología; es el capital que intenta re-inventarse —ahora en modo verde. Y creemos que es importante defender esa palabra que está bajo asedio. Creemos que hay que defender la perspectiva política amplia de esa propuesta, y defender a los sujetos que la van a sostener y a desarrollar; los que son y fueron sus guardianes. Parece una palabra nueva pero es una práctica que las comunidades llevaron a cabo durante miles de años. Por eso hablamos de agroecología de base campesina, porque entendemos que es imposible disociarla de la idea de soberanía alimentaria, que es el gran aporte del movimiento campesino mundial. Que los pueblos decidamos qué comemos. Que tengamos el control del proceso productivo de lo que nos alimenta, que podamos discutir el territorio y cómo construimos un vínculo con el ecosistema y, a partir de ahí, debatir qué pasa con nuestra sociedad. Creemos que a través del plato de comida es posible discutir toda la sociedad". *Nicolás Esperante Alonso, Agencia de Noticias Biodiversidadla, "Para derrumbar narrativas hegemónicas". biodiversidadla.org como parte del proyecto Profundizando debates sobre experiencias agroecológicas para la soberanía alimentaria"realizado con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo.*

En este punto de quiebre de la historia, es esencial para nosotros reclamar la diversidad de nuestras semillas, nuestros ecosistemas biodiversos, nuestros territorios, que son el soporte de sistemas alimentarios seguros y nutricios, que salvaguardan millones de modos de vida y sustento. A la luz de la pandemia, exigimos una plena protección y el cumplimiento de los derechos de los pueblos originarios y de campesinas y campesinos en pequeña escala por todo el planeta.

Como sociedad civil llamamos a la transformación urgente de nuestros sistemas agrícolas y alimentarios creando economías localizadas y circulares construidas a partir de prácticas ecológicas que permitan la resistencia a todos los niveles, y que protejan los derechos campesinos y los sistemas tradicionales de semillas. Deben desecharse las barreras a la diversidad, en particular aquellas que atentan contra los recursos genéticos agrícolas, y no debemos inhibir el

pleno y libre uso ni el intercambio responsable de variedades y razas genéticamente diversas entre el campesinado, las comunidades o los criadores públicos.

Llamamos a los gobiernos a que reorienten e institucionalicen los subsidios agrícolas y las inversiones en investigación hacia la agroecología, y que inviertan y apoyen los sistemas de semillas campesinas y los mercados locales. Todas las leyes y políticas sobre semillas y agricultura deben reevaluarse redactarse de nuevo para que apoyen a plenitud estos sistemas alimentarios.

Juntos, debemos resistir este sistema de semillas privatizado que invade y busca incrustarse y debemos restaurar los ecosistemas mediante una producción agroecológica y sistemas alimentarios localizados. Un sistema alimentario y de semillas mucho mejor, es posible. Uno que responda a las necesidades de la gente, y que tome en cuenta el cuidado de la Tierra. Hagamos nuestra la responsabilidad de proteger quienes salvaguardan nuestro futuro. *Más de 300 organizaciones de todo el mundo, de 46 países declaran: La ciudadanía y los pueblos del mundo nos oponemos a la propiedad intelectual sobre las semillas, y reivindicamos restaurar nuestros sistemas alimentarios locales y la biodiversidad agrícola, 1 de junio de 2020.*

Las semillas son organismos vivos que pueden reproducirse y es por esto que ha sido difícil la acumulación de capital basada en la apropiación privada, por lo que fueron (y en parte aún no son) consideradas “bienes comunes” de la humanidad.

Sin embargo, el capital buscó siempre estrategias diversas para sortear esa dificultad y cuando la agricultura empezó a “modernizarse” y luego cuando llegó la posibilidad de controlar los genes de las semillas con el fin de impedir que otros los usen, se transformaron en mercancías negociables, sitios de contienda política, temas de discursos antagónicos sobre los derechos, y motores de la exclusión social y el despojo.

A partir de mediados del siglo XX, acontecieron dos hitos en las transformaciones técnicas de las semillas que dieron pasos importantes en ese sentido. Por un lado, la aparición de las semillas híbridas (masificadas en el marco de la Revolución Verde) que rompieron la identidad semillas-grano y por lo tanto, significaron la separación del agricultor de su capacidad de replantar y el comienzo de la dependencia de las empresas que proveen los insumos. Por otro lado, la expansión de las biotecnologías aplicadas al agro dio lugar a las semillas transgénicas generando grandes cambios en las estrategias de privatización del conocimiento, habilitando nuevos mecanismos de acumulación de capital.

De manera articulada, se produjeron mecanismos jurídicos que acompañaron los cambios en las formas de apropiación de las mismas: leyes de semillas, que exigen el obligatorio registro y certificación; contratos que realizan las empresas de manera asimétrica con los productores; y sobre todo, legislaciones de propiedad intelectual. De esta manera, esos bienes comunes que circularon libremente durante miles de años, ahora pueden ser privatizados y controlados por una persona o empresa que se adjudica la obtención de una nueva variedad. *Tamara Perelmutter, "El derecho a las semillas como condición para la soberanía alimentaria", 20 de julio de 2020, <http://www.biodiversidadla.org/Recomendamos/El-derecho-a-las-semillas-como-condicion-para-la-soberania-alimentaria>*

Lo que nosotros como gente del campo buscamos es el diario vivir. Desde lo más básico, que son los alimentos, pero para ello pues está el agua, las semillas, las diferentes plantas silvestres comestibles como también las diferentes verduras que producimos para alimentarnos día con día. A la mayor parte de la gente del campo sus preocupaciones más grandes son tener agua, maíz, frijol y verduras, más que otras cosas. Aunque la cultura moderna nos quiere meter en el rol de que las cosas electrónicas también tienen que ser parte de nuestra vida, como el celular (ya los niños, porque su mamá tiene celular y ellos no, se sienten fuera del mundo moderno). Pero en realidad eso no es parte de la vida, porque si no tenemos alimentos, pero tenemos celular, pues ¿para qué nos serviría? si a ése no le podemos quitar un pedazo para comer. En cambio, si tenemos nuestro maíz, nuestro frijol, los chepiles, las guías, las calabazas, eso sí nos ayuda y nos alimenta, nos ayuda a tener una mejor salud, y con mejor salud no te preocupas tanto en acumular dinero para ir al médico.

Vender lo que cultivamos no es un objetivo muy específico de nuestra organización. Nuestros principios básicos siguen siendo tener primero para comer que para vender. Lograr tener la suficiente producción, y claro que es bueno de allí mismo sacar un ingreso, pero no nos podemos pasar directo a la comercialización si no tenemos para comer. Nuestro punto básico sigue siendo tener primero para comer y después lo que nos sobra podemos mandarlo al mercado para que los demás vecinos gocen también de esa producción. Y sobre todo, qué mejor que sea de manera local, que no tenga que haber certificación (orgánica, o pertenecer a alguna marca, pues los costos del papeleo hacen que los precios de los productos se eleven). Si la venta es directa el precio es menos. Y seguimos en ese reto, que es producir primero para comer.

La idea de vender nos impulsa a tener más volumen y variedad, no es el dinero el que nos mueve.

Queremos impulsar entre nosotros ser más productivos, más volumen y más variedad y sobre todo contribuir a la salud de nuestras y otras familias, y además el dinero que le daríamos a distribuidoras comerciales, que traen la semilla de quién sabe dónde, ese dinero se queda en la comunidad, y lo podemos invertir en otra cosa. Es llegar a revalorar lo que ya tenemos y revalorar lo que nosotros producimos. Pasa muchas veces que allí está nuestro árbol de frutas, pero tenemos la idea de que es mejor lo que viene de afuera. Nuestra naranja está allí tirada bajo el árbol y vamos a comprar a otro lado los jugos de fábrica, o pasa con los huevos, vendemos los huevos de nuestras gallinas y vamos a comprar los empaquetados de granja, que ni están sanos. Yo creo que es una cuestión educativa, nos enseñan que todo lo de fuera es mejor que lo que tenemos lo que somos nosotros. Tenemos que hacer un trabajo grande de concientización, de que lo que nosotros tenemos es mejor que lo que nos están vendiendo, y con esa intención fortalecemos la venta de los productos dentro de la misma comunidad, no tanto estar pensando en exportar y ganar dinero; es fortalecer el trabajo comunitario. *Verónica Villa, Entrevista con Teófanés Josefina Santiago, de la Organización de Agricultores Biológicos, marzo de 2015.*

Biodiversidad sustento y culturas,
número 105, julio de 2020.

Epílogo

Es necesario aclarar la idea errónea de que la producción de alimentos y la seguridad alimentaria, sólo pueden estar en manos de la agroindustria y sus corporaciones, pues es evidente que la devastación ambiental y de salud que están dejando a su paso son más costosas de lo que producen y pueden llegar a ser irreversibles para la humanidad y la naturaleza. Es urgente replantearnos este modelo de desarrollo; quienes tienen las herramientas técnicas, políticas, organizativas e históricas son las mujeres y hombres del campo. Actuando en colectivo con personas de la ciudad, ejidos, comunidades, organizaciones civiles, científicos e investigadores comprometidos con la sociedad, construyen una propuesta de producción sustentable y agroecológica de alimentos en armonía con su entorno ecológico y cultural, que incluya la distribución justa de la tierra, la libertad de las semillas en manos de los pueblos campesinos, el comercio y los sistemas de salud locales. Todo esto es la verdadera soberanía alimentaria y conforma la vida campesina y rural que hoy se enfrenta, como nadie, a un voraz gigante agroindustrial.

Colectivo por la Autonomía

La vida campesina frente al gigante agroindustrial

EVANGELINA ROBLES / JOSÉ GODOY

COMPILADORES

Se terminó de imprimir el 22 de octubre de 2020
en Grafisma editores S.A. de C.V.

Jaime Nunó 670 / Colonia Santa Teresita, Guadalajara, Jalisco.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de los editores y el autor.

Su tiraje fue de 500 ejemplares, y en su diseño
se empleó la familia tipográfica *Aller light*.

ESTA EDICIÓN ES DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA



csf/wml



colectivo por la autonomía
saberes locales a. c.



Es necesario aclarar la idea errónea de que la producción de alimentos y la seguridad alimentaria, sólo pueden estar en manos de la agroindustria y sus corporaciones, pues es evidente que la devastación ambiental y de salud que están dejando a su paso son más costosas de lo que producen y pueden llegar a ser irreversibles para la humanidad y la naturaleza. Es urgente replantearnos este modelo de desarrollo; quienes tienen las herramientas técnicas, políticas, organizativas e históricas son las mujeres y hombres del campo. Actuando en colectivo con personas de la ciudad, ejidos, comunidades, organizaciones civiles, científicos e investigadores comprometidos con la sociedad, construyen una propuesta de producción sustentable y agroecológica de alimentos en armonía con su entorno ecológico y cultural, que incluya la distribución justa de la tierra, la libertad de las semillas en manos de los pueblos campesinos, el comercio y los sistemas de salud locales. Todo esto es la verdadera soberanía alimentaria y conforma la vida campesina y rural que hoy se enfrenta, como nadie, a un voraz gigante agroindustrial.

Colectivo por la Autonomía



csf/wml